Los Hollister



14

Y LA BRUJA DORADA

JERRY WEST

En la víspera de la fiesta de Todos los Santos, los Hollister se encuentran con una lápida que lleva un misterioso mensaje que habla de un tesoro…





Jerry West

Los Hollister y la bruja dorada

Los Hollister - 14

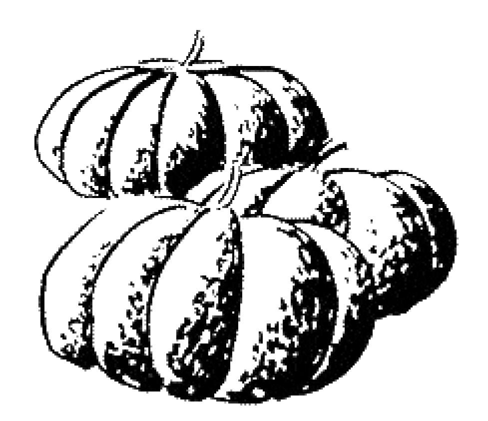
ePub r1.2
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Mystery of the Golden Witch*
Jerry West, 1966
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell & Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



CALABAZAS EN ESTAMPIDA



—¡Calabazas! ¡Qué bien! —exclamó la chiquitina Sue Hollister, de cuatro años—. Me gusta la víspera de Todos los Santos. ¡Es una fiesta «preciosa»!

La pequeña brincaba en el asiento posterior de la furgoneta, en la que toda la familia se trasladaba a la granja del señor Johnson. Junto a Sue iba la nerviosilla Holly, que tenía seis años y se peinaba con dos trenzas En aquel momento, Sue se metió los dos dedos pulgares en la boca y tiró de las comisuras, hacia uno y otro lado.

—¡Sue, por favor, no hagas eso! —suplicó Pam—. Puede quedarte la cara así, para siempre.



—Es una carota igual que las que pintan en las calabazas —exclamó el pelirrojo Ricky, de ocho años, que luego añadió—: ¡Canastos! ¿Cuántas podremos tener?

—Una calabaza para cada uno —contestó Pete, esperando.

Pete, que tenía doce años (dos más que Pam), iba sentado en el asiento delantero, entre la madre y el padre que era el que conducía la furgoneta.

Cuando se acercaban a la granja, situada no lejos de su casa de Shoreham, Pam lanzó un gritito, diciendo:

—¡Papá, cuidado!

Tres gruesas calabazas rodaron, veloces, por un caminillo, y desembocaron en plena carretera.

¡Plaf! ¡Chaf! ¡Plof! Las tres chocaron con la furgoneta y quedaron hechas una masa.

El señor Hollister llevó la furgoneta a un lado de la carretera donde la detuvo para que todos bajasen. Había pedazos de calabaza incrustados en el guardabarros y la rueda delantera derecha estaba cubierta de semillas de aquel fruto. También el parachoques había sido alcanzado.

Prestando mucha atención a los coches que iban llegando constantemente en aquella tarde de domingo, Pete y Pam se encargaron de quitar del vehículo los resbaladizos pedazos de calabaza.

—¿Por qué se habrán escapado las calabazas? —preguntó Sue,

dando insistentes tirones a la mano de su madre.

La señora Hollister, joven y guapa, sonrió a su hijita y repuso:

—Tal vez no quisieron que las convirtiesen en caras de payaso. No estoy segura. Puede que papá lo sepa.

El señor Hollister era un hombre alto y atlético, de simpática sonrisa. En aquel momento acababa de sacar un paño del interior del coche para limpiarlo todo.

—El caminillo por donde han rodado las calabazas es el que lleva a la granja del señor Johnson. Iremos a ver qué es lo que ha ocurrido.

El padre, la madre y los cinco hijos retrocedieron hacia el camino. Los siete formaban una familia feliz que, muy a menudo, resolvía misterios y vivía emocionantes aventuras. A veces, viajaban a lugares nuevos y bellos, pero con frecuencia resolvían los misterios en la misma población en que vivían. Shoreham se encontraba bañado por las aguas del Lago de los Pinos y la acogedora casa de los Hollister estaba a la orilla de aquel lago, a una milla de distancia de la granja del señor Johnson. Los Hollister iban a la granja a buscar calabazas, con objeto de convertirlas en caras cómicas, como las que se dibujaban en los cocos, para una fiesta de víspera de Todos los Santos, que los niños habían planeado.



Llegaron al caminillo y avanzaron por él. Era estrecho y pedregoso y subía hacia una colina de poca altura. La bonita Pam, de cabello moreno y ondulado, tomó a Sue de la mano para ayudarla a subir la cuesta. Pete, que iba delante de todos, hizo a los demás un signo con la mano y dijo, entusiasmado:

—Ya sé lo que ha pasado.

—¿Qué ha sido? —preguntó Ricky, corriendo hacia su hermano.

—Allí arriba veo un tractor que ha ido a parar a una zanja.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. Se ha volcado un carretón lleno de calabazas.

Los cinco hermanos echaron a correr y llegaron a la zanja antes que sus padres. El señor Johnson, un hombre de mediana edad, con el rostro curtido, levantó la cabeza desde la zanja en donde se había metido a comprobar qué desperfectos había sufrido el tractor y el carretón que remolcaba.

—Hola, señor Johnson —saludó el señor Hollister—. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre se quitó la gorra, se enjugó la frente y subió al camino para explicar:

—Se ha roto el eje. Mi tractor resbaló a la zanja y miren lo que ha ocurrido con mi carga de calabazas.

—¡Tres calabazotas grandísimas han rodado por el camino y han chocado con nosotros! —explicó Holly, retorciéndose una de sus trencitas castañas.

—Confío en que nadie haya sufrido daños —dijo el señor Johnson.

—Durante unos momentos nuestro coche ha quedado convertido en un pastel de calabaza, pero ya se ha arreglado todo —dijo Pam, procurando mostrarse bromista y alegrar al enfurruñado señor Johnson.

Pero el granjero no sonrió, sino que volvió a mirar, tristemente, al tractor y la carga de calabazas, desparramada por tierra.

—Primero, mi empleado me deja a mitad de la cosecha, y ahora esto…

—¿Y no puede usted buscar otro empleado? —preguntó Ricky.

—Ya lo he intentado —contestó el señor Johnson—, pero hay escasez de jornaleros este otoño. Tendré que arreglarme sin ningún peón y puedo asegurar que no es ninguna broma.

—A lo mejor nosotros podríamos ayudarle —se ofreció Pete.

Esta vez sí asomó una sonrisa al rostro del señor Johnson que contestó, agradecido:

—Eres muy amable. Pero ¿cómo ibais a ayudarme vosotros?

El muchachito se pasó una mano por el cabello cortado a cepillo, y dijo:

—Antes que nada, podemos levantar el carretón y recoger las calabazas.

—Buena idea, Pete —alabó el señor Hollister—. Ya podemos

empezar.

Y saltando a la hondonada, el señor Hollister ayudó al granjero a desenganchar el carretón del tractor. Luego, con la ayuda de toda la familia, que empujó con fuerza, el carro fue sacado del hoyo y llevado al camino. Mientras la señora Hollister se encargaba de colocar una piedra junto a las ruedas traseras, su familia empezó a recoger las calabazas que habían rodado por el prado cercano. Hasta la rubita Sue se puso a la tarea de llevar al carro las calabazas más pequeñas. Mientras lo hacía, la niña reía y gritaba alegremente.

—¡Ricky, Pete! ¡Venid aquí! ¡Necesito que me ayudéis! —llamó el padre.

Entre los tres levantaron una gigantesca calabaza amarilla y la llevaron al carretón.

—Uno, dos…, tres… ¡Arriba! —dijo el señor Hollister, y el inmenso y pesado globo rodó por el carro.

El pecoso Ricky quedó tan fatigado que tuvo que respirar una gran bocanada del cortante aire otoñal.

—¡Canastos! ¡Vaya monstruo! —exclamó el pelirrojo.

El granjero, viendo que se estaba poniendo el sol, se volvió para decir al señor Hollister:

—Perdonen si les dejo un momento. Voy a telefonear al mecánico, para que vengan antes de que se haga de noche.

—Que tenga usted suerte y pueda localizarle en domingo por la tarde —deseó el señor Hollister—. Entre tanto, nosotros le llevaremos el carretón al patio.

—¡Canastos! Me gustaría hacer de caballo —declaró Ricky, con emoción, tomando el armatoste por las varas.

Pete, Pam y el señor Hollister lo agarraron también por la parte delantera, mientras la señora Hollister y los niños pequeños empujaban por detrás. Con grandes chirridos de las ruedas, el carretón empezó a ascender por la colina, avanzó por una curva y después de seguir un trecho llano, llegó al patio trasero de la linda casita granjera del señor Johnson. Por el camino, los Hollister pasaron ante un bosquecillo de sauces con grandes hojas, ya amarillentas. Junto a la arboleda había una especie de laguna, cuyas aguas procedían de un arroyuelo que bajaba serpenteando por la falda de la ladera. En un prado inmediato se veían tres

cabritos sujetos con largas cadenas.

Cuando los Hollister llegaron al granero, Holly corrió hasta una cerca de alambrada que vio a un lado.

—¡Huy! ¡Gallinas! —gritó.

Al acercarse la niña al gallinero, aparecieron el señor y la señora Johnson, sonriendo.

—Muchas gracias por la ayuda —dijo la dueña de la granja, que era una señora alta y delgada, con el cabello negro recogido en un moño tirante.

Holly se acercó a ella y la señora Johnson la abrazó, explicando:

—Yo estaba haciendo pastelillos de calabaza, cuando ha llegado mi marido a explicarme sus apuros. —Luego, con un profundo suspiro, la señora añadió—: No sé qué haremos ahora, con tantas calabazas para recolectar y sin tractor o caballo para tirar del carro.

—Eso es lo malo de los tractores —comentó el granjero, sonriendo con desgana—. A veces se estropean.

—Pero los caballitos no se estropean —razonó Sue, con su vocecita cantarina.

Cuando la niña dijo aquello, al rostro de Pete asomó una expresión de alegría.

—¡Zambomba! ¡Tengo una idea! —dijo—. ¿Por qué no prestamos al señor Johnson a nuestro «Domingo»? Él podría ayudarle a recoger las calabazas.

—«Domingo» es nuestro burro —se apresuró a aclarar Holly.

—Yo tengo una idea mejor —declaró Pam—. ¿Por qué no ayudamos todos al señor y la señora Johnson?

—¿Cuándo? ¿Al salir del colegio? ¡Canastos! ¡Sería estupendo! —exclamó Ricky.

Las personas mayores intercambiaron miradas divertidas, pero Pam afirmó:

—Lo decimos en serio.

—Me resultaría muy útil y, naturalmente, os pagaría por el trabajo —ofreció el señor Jonhson.

—No sería necesario —dijo Pete.

Ricky se puso tan contento que dio una voltereta sobre la hierba. Cuando quedó con las piernas hacia arriba, de su bolsillo cayeron una navajita, un pito de plástico, un espléndido clavo y dos

centavos. A toda prisa recogió el pequeño sus tesoros y corrió hacia la ladera boscosa que se hallaba a poca distancia del granero. Desde allí llamó a sus hermanos, diciendo:

—Venid. Podemos jugar al escondite.

El pequeño echó a correr, de nuevo, y al cabo de un rato, se oyó su voz, preguntando:

—Señor Johnson, ¿tiene usted aquí otro granero?

Ricky señalaba un viejo edificio con la techumbre hundida. Estaba casi totalmente escondido entre los abetos, cuyas estrechas hojas habían adquirido colores rojizos y dorados.

—¿No os habíais fijado nunca en eso? —preguntó el señor Johnson, sonriendo al ver chispear de curiosidad los ojos del niño.

—No.

—Yo tampoco —dijo Pete—. Debe de ser porque, en verano, queda escondido entre las hojas de los árboles.

El granjero explicó que el granero derruido había quedado en desuso hacía muchos años. Y la esposa del señor Johnson añadió:

—Nosotros no hemos vuelto por allí.

—Vamos a explorar —propuso la traviesa Holly.

Pero, antes de que los niños hubieran podido dar un paso, desde el derrumbado granero surgió un grito escalofriante:

¡Uuuu-ga, uuuu-ga!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pam.

—El grito de un fantasma —declaró, riendo, Ricky—. Seguro que el señor Johnson nos está gastando una broma.

Pero el granjero frunció el ceño, como preocupado.

—No es ninguna broma mía —aseguró.

Y, a paso largo y decidido, se dirigió al viejo granero. Mientras todos los Hollister seguían al hombre, Ricky dijo a Pete:

—¡Canastos! ¡Otro misterio! ¡Es estupendo!

—Puede que no sea ningún misterio —razonó el hermano mayor.

Todos se abrieron paso, entre los arbustos y maleza, hasta la puerta del granero. La madera estaba podrida y los goznes oxidados, por lo que la puerta quedaba medio desprendida. Pam se estremeció.

—Parece el ala rota de un murciélago —dijo.

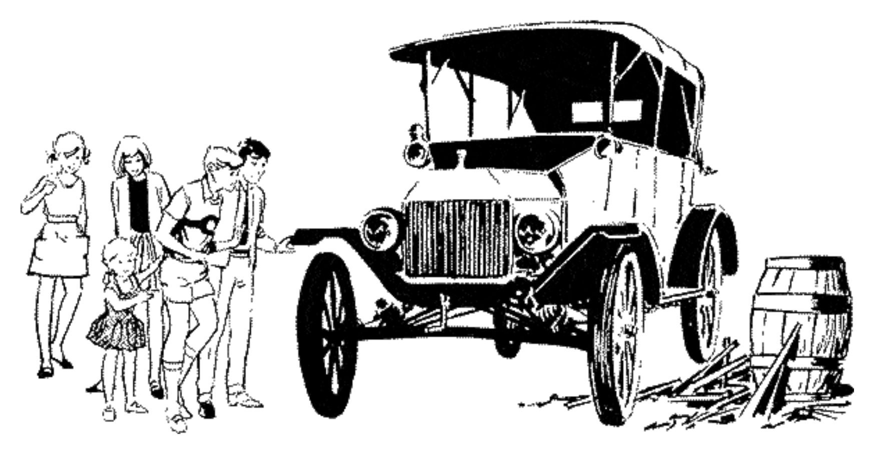
Cuando entraron en el sombrío interior, se vieron envueltos en un fuerte olor a moho. Atisbando a la escasa claridad que allí había, pudieron ver que el derruido techo había caído sobre lo alto de varios pesebres para caballos y una desvencijada escalera que llevaba a un altillo donde crecía el musgo, semejante a una corta cabellera, alborotada y áspera.

En un rincón, Pete distinguió algo que tenía ruedas. Con precaución se acercó allí. Y entonces gritó:

—¡Mirad! Un coche antiguo.

El señor Hollister se acercó a su hijo y anunció, riendo:

—Es un «Ford», modelo T. Un «Lizzie Hojalata».



—Cierto. Así es como nosotros llamábamos a estos coches.

El viejo coche estaba cargado de polvo por todas partes. El capó faltaba de allí desde hacía muchos años y las ruedas estaban a bastante distancia del suelo, porque, bajo los ejes, había cuatro grandes tacos de madera.

—¿Y eso de ahí? —apuntó Pam.

Cerca de la portezuela de la izquierda había una antigua bocina, y en ella un botón en el que, ¡cosa extraña!, no se veía polvo. Pam apoyó el dedo en el botón y de la bocina surgió un sonido gutural.

—No había visto un claxon como éste desde hace muchos años —comentó el señor Hollister, y oprimió el botón, entusiasmado.

¡Uuuu-ga, uuuu-ga! El sonoro alarido invadió el granero.

—Ha sido esto. ¡Esto ha sido lo que hizo el ruido extraño! —exclamó Ricky.

—Pero ¿quién pudo apretar la bocina? —preguntó con asombro la señora Hollister.

Todos miraron alrededor del granero, buscando en cada rincón en donde hubiera podido ocultarse alguien. Pero no encontraron a ser alguno.

—Indudablemente es un misterio de la víspera de Todos los Santos —declaró el señor Johnson.

—¿De quién es este coche viejo, señor Johnson? —preguntó Pete.

—Era del anterior dueño de esta granja y lo dejó aquí cuando yo la compré.

Pete miró con envidia el coche, pero no dijo nada más. Un momento después, Ricky declaraba:

—¡Canastos! ¡Éste sí podría ser un lugar estupendo para celebrar una fiesta fantasmal!

—Desde luego, es un sitio fantasmal —dijo Pam, llevándose la mano a la frente para apartar un rizo que le caía sobre los ojos—. Pero está muy sucio.

—Si buscáis un lugar para celebrar una fiesta, ¿por qué no utilizáis mi granero nuevo? —ofreció el granjero, mientras salía con la familia de la derruida edificación—. Allí hay muchísimo espacio.

—¿De verdad podríamos utilizarlo? —preguntó Pam.

—Claro que sí. Así es como puedo pagaros vuestra ayuda.

Los niños Hollister se mostraron entusiasmados con aquel ofrecimiento. Todos se encaminaron riendo y saltando a la casa y, de pronto, Sue tropezó en unos matorrales. ¡Un instante después la pequeñita daba un grito y desaparecía de la vista!

LA PISTA DE UN TESORO



Pam corrió hasta la maleza en la que había desaparecido su hermanita. En seguida encontró a la pequeña, tendida de bruces en el suelo, llorando. Sue había tropezado en una cerca colocada a muy poca altura del suelo.

—¡Ay, ay! —lloriqueó Sue, mientras Pam le ayudaba a levantarse.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —preguntó la señora Hollister, que llegaba corriendo, junto a sus hijas.

La madre quedó mirando la pequeña cerca metálica, oculta por hierbas y hojarasca, que rodeaba un trecho rectangular de terreno. Entre tanto llegó el resto de la familia, seguido por el granjero Johnson y su esposa.

—¿Qué es esto? —preguntó Ricky, apresurándose a utilizar la cerca para balancearse en ella de puntillas.

—Es un cementerio particular —repuso el señor Johnson.

—¡Es verdad! —asintió Pete, abriéndose paso entre las altas hierbas para llegar hasta una losa casi oculta.

Mientras el chico separaba las hierbas para ver mejor cómo era la losa, la señora Johnson explicó que, en tiempos pasados, muchas

granjas tenían un cementerio particular.

Pam se acercó a Pete, cuando éste se estaba arrodillando para leer una inscripción de la losa en la que decía:

ADAM CORNWALL
QUIEN LEYESE MI LOSA Y UNA LÁGRIMA CAER DEJASE
UN TESORO EN EL AIRE TAL VEZ HALLASE

Cuando Pete acabó de leer aquello en voz alta, Ricky se acercó a mirar la losa atentamente.

—¡Ja, ja! —rió el pecosillo—. Eso cualquiera puede descifrarlo.

—¡Mirad qué presumido! —se burló Holly, haciendo reír nuevamente a su pelirrojo hermano. Luego, la niña añadió—: Sue tendría que encontrar el tesoro. ¿No veis cómo está llorando?

Pam miró al granjero, preguntando:

—¿Qué puede querer decir ese verso, señor Johnson?

—No lo sé —confesó el hombre, mientras su mujer movía de un lado a otro la cabeza, sin comprender.

De repente, Sue anunció a gritos:

—¡Ya lo veo! ¡Ya lo veo!

Echó a correr, dio un fuerte manotazo en el aire y volvió con una gran polilla amarillenta, anunciando muy orgullosa:

—Éste es el tesoro que he encontrado en el aire.

—Pero, Sue, deja volar al pobre animalito —pidió Pam.

La pequeña separó sus dedos gordezuelos y la polilla se alejó, zigzagueando, en el aire otoñal. Y Sue la contempló, sonriendo alegremente, a través de las lágrimas que todavía humedecían sus ojos.

El granjero Johnson explicó que había muchas más losas en aquel espacio de tierra cuando él compró la granja, pero los buscadores de curiosidades se las habían ido llevando.

—¿Creéis que habremos encontrado otro misterio para resolver? —preguntó Pam, cuando la familia se encaminaba al granero nuevo.

La señora Hollister dijo que sí con la cabeza y Pete exclamó:

—Claro que sí. ¿No es verdad que por aquí debe de haber alguien husmeando? Y la losa habla de un tesoro en el aire.

El señor Hollister hizo un guiño a su esposa y luego al cielo azul, comentando:

—Es una lástima que el aire sea un sitio tan grande. Uno puede pasarse la vida entera buscando ese tesoro.

Delante del granero había varias hileras de canastas, llenas de rojas manzanas.

—Son de mi pomarada —dijo el granjero, señalando una arboleda al final de sus propiedades—. ¿Os gustaría tomar un poco de sidra, niños?

—Sí. Gracias. Nos gustará mucho —contestó Pam, por todos.

Mientras los Hollister seguían al granjero y su esposa a la puerta trasera de la casa, el señor Johnson dijo que empleaba las manzanas de su cosecha para hacer la sidra. Las manzanas se prensaban en el Lagar de la Tía Nettie. Aquel lugar estaba en lo alto de la colina. El granjero se detuvo a señalar los sombríos bosques que se encontraban detrás de su granja.

—Hay un camino de carros que lleva directamente al lagar.

—Nosotros podríamos encargarnos de llevarle un carro de manzanas allí —se ofreció Pete, añadiendo que en su casa tenían una carreta de dos ruedas de la que el burro «Domingo» podía tirar.

—Muy bien —agradeció el granjero—. El jueves os tendré preparada una buena carga de manzanas.

—¡Estupendo! Vendremos al salir del colegio —dijo Pete.

En fila india entraron en la cocina, donde la señora Johnson llenó unos grandes vasos de riquísima y dorada sidra. Mientras los demás bebían, Pam, con el vaso de sidra en la mano, se acercó a la ventana, para contemplar el bosque. De repente Pam dejó el vaso y dio un tirón del brazo de Pete.

—Mira allí —cuchicheó.

El muchachito se acercó a tiempo de ver una mujer joven en las lindes de la arboleda. Llevaba una chaqueta roja, con un dibujo amarillo en la espalda. Después de mirar a su alrededor nerviosamente, la joven se dirigió velozmente al viejo granero.

¿Podía ser ella la persona que, al parecer, andaba rondando sigilosamente por la granja? Sin que los demás les vieran, Pete y Pam salieron por la puerta trasera en el momento en que la mujer desaparecía entre los árboles, frente al granero derruido.

—¡Vamos! —apremió Pete.

Y echó a correr, seguido de Pam. Cuando llegaron al borde del bosque se detuvieron y empezaron a moverse de puntillas, camino del granero viejo. Pete acercó el oído a un resquicio que vio entre el maderamen. ¡Dentro algo se movía!

Un momento más tarde oyó crujir la puerta. Los niños miraron por la esquina del granero y vieron que la persona de la chaqueta encarnada se alejaba rápidamente. Pete y Pam la siguieron con sigilo. La muchacha se agachó ante la cerca metálica y empezó a separar las hierbas y mirar entre ellas. De repente se puso de pie y miró a los bosques.

—Hola —dijo Pete—. Nos gustaría hablar con usted.

Ella volvió la cabeza, sorprendida y un momento después echaba a correr y desaparecía en los bosques.

—¡Zambomba! Se porta de una manera muy extraña —dijo Pete.

—Parece que está buscando algo. A lo mejor busca una pista del tesoro.

Cuando los dos hermanos mayores volvieron a la casa de la granja y contaron lo ocurrido, Ricky preguntó cómo era la muchacha.

—Tiene el cabello castaño —contestó Pete—, pero no he podido verle bien la cara.

—¿No sería ella la que tocó la bocina del coche viejo? —preguntó Holly.

—Puede que sí —contestó Pete—. Mañana, cuando empecemos a ayudar al señor Johnson, procuraremos encontrarla.

La señora Johnson sonrió, y luego dijo:

—Veo que, además de peones de granja, sois detectives.

—Creo que hemos sido muy afortunados al recibir hoy la visita de los Hollister —añadió el granjero.

—Ahora le compraremos unas cuantas calabazas —dijo el señor Hollister, sacando la cartera.

—No tiene usted que pagarme nada —contestó el señor Johnson —. Puede escoger todas las calabazas que quiera.

Cada uno de los niños eligió de la carreta la calabaza que más le gustó para convertirla en la cara de un payaso. Luego dieron las gracias a los Johnson, dejaron las calabazas en la parte posterior de

la furgoneta y emprendieron el regreso a casa.

Después de cenar, el señor Hollister pidió a sus hijos mayores que fuesen a sacar del coche las calabazas y las llevasen al garaje.

—El garaje es un sitio fresco, donde las calabazas se conservarán bien hasta el momento de hacer los dibujos en ellas.

Los niños fueron al garaje, que era muy grande, y allí colocaron las calabazas en hilera, apoyadas en una pared. La única que no quedó allí fue la calabaza de Pete que fue a colocarla en el pesebre de su burro.

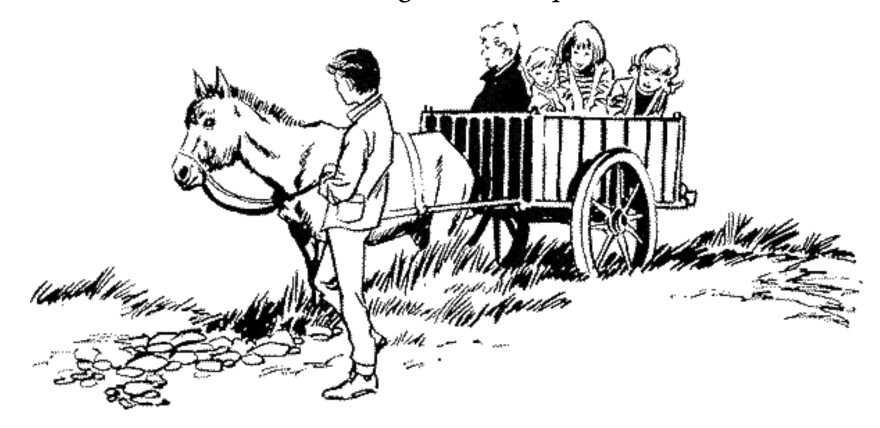
—Hola, «Domingo» —dijo Pete, rascando las orejas del animal —. ¿Qué hay?

El burro levantó la cabeza y rebuznó alegremente:

¡Ahiií!

—¿Te gustaría trabajar en una granja? —volvió a preguntar el chico.

Y el animal le contestó de igual modo que antes.



—Adiós, chico —se despidió Pete.

Y cuando volvió a la casa dijo a su familia:

—Acabo de hablar con «Domingo» de su nuevo trabajo y dice que le parece muy bien.

—Ya le hemos oído —contestó Holly, arrugando la nariz, cómicamente—. Será mejor que nos llevemos también a «Zip».

«Zip» era el bonito perro pastor de los Hollister. Además de aquel perro de pelambre color canela, tenían los niños seis gatos. «Morro Blanco» era la madre y tenía cinco hijitos que se llamaban: «Medianoche», «Bola de Nieve», «Humo», «Tutti-Frutti» y «Mimito».

Su hogar era una acogedora cesta colocada en el sótano.

La chiquitina Sue encendió la luz y descendió las escaleras del sótano para acariciar a cada uno de los algodonosos gatitos y darles las buenas noches, antes de irse a acostar.

A la mañana siguiente, camino de la escuela, Pete y Pam, Holly y Ricky contaron a sus amigos que se habían enterado de un nuevo y apasionante misterio.

—¡Ojalá averigüéis qué es el tesoro! —les deseó Ann, la mejor amiga de Pam. Tenía diez años y el cabello muy negro y rizado. Sus ojos grises despidieron chispitas de entusiasmo cuando añadió—: Si necesitáis ayuda, podéis contar con nosotros.

Ann hablaba pensando en el club de detectives que los Hollister habían formado tiempo atrás.

—Muy bien —contestó Pam, alegremente, mientras entraban en el patio del colegio—. A lo mejor, para resolver este misterio, necesitamos la ayuda de todos.

Aquel día fue muy difícil para todos, y sobre todo para Pete, fijar la atención en las lecciones, y el muchachito se sintió muy contento cuando, por fin, sonó el timbre y pudo correr a su casa para enganchar a «Domingo».

Al entrar en el camino del jardín, cargado con los libros, Pete se detuvo en seco. La puerta del garaje se encontraba abierta y delante de la puerta estaba el carretón. Del interior del garaje salió Ricky, conduciendo a «Domingo».

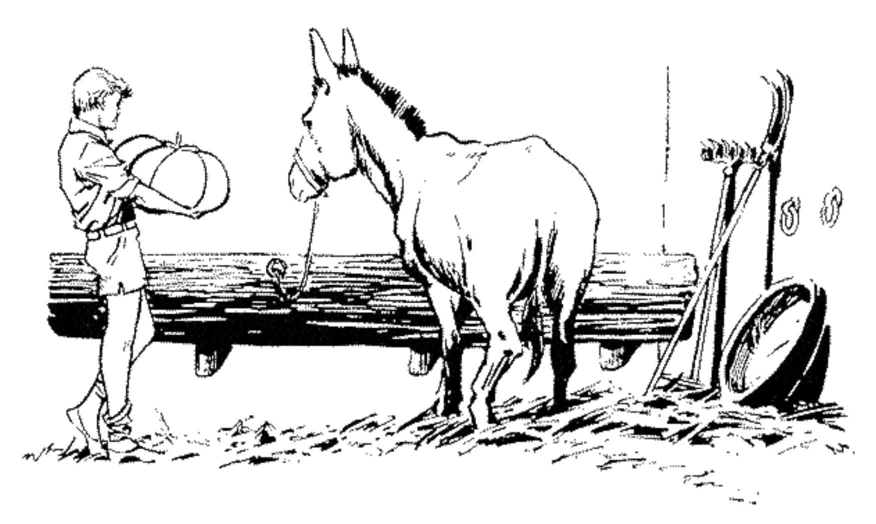
—¿Cómo has llegado a casa antes que yo? —le preguntó Pete.

—Mi maestra me ha traído en coche —contestó el pecoso—. Le dije que tenía que ir a trabajar a una granja y que necesitaba llegar en seguida a casa.

—No debiste hacer eso —le reprendió su hermano.

—¡Si me ha traído muy contenta! —se defendió Ricky, mientras colocaba a «Domingo» entre las dos varas del carro, apoyadas en el suelo—. Además, tenía que pasar por aquí.

Conteniendo la risa, Pete ayudó al pelirrojo a sujetar a «Domingo».



—Ahí llegan los otros —anunció Ricky.

Pam y Holly entraron en el jardín a la carrera y subieron corriendo las escaleras para dejar los libros en la casa. Pete siguió a las niñas, para dejar sus libros.

—¿Podemos llevarnos a Sue? —preguntó Pam.

—Desde luego —contestó la madre—. Pero tened cuidado con ella.

Bien abrigados, los niños salieron muy decididos a realizar su trabajo en la granja. Ricky cogió las riendas del carro tirado por «Domingo». Pam, Holly y Sue se sentaron detrás, y Pete caminó al lado del carro. ¡Clap, pataclop, clap, pataclop!, hacían las herraduras de «Domingo» sobre el pavimento. Los rostros de los cinco hermanos resplandecían de emoción. No habían recorrido más que un cuarto de milla cuando, inesperadamente, aparecieron dos muchachos en bicicleta.

—¡Vaya! —se lamentó Holly—. Ahí llegan Joey y Will.

Joey Brill tenía doce años, pero estaba muy desarrollado para su edad, y Will Wilson era su amigo. Joey, sobre todo, tenía envidia de los Hollister y de lo mucho que se divertían los cinco hermanos. Muchas veces fanfarroneaba con los pequeños y hacía bromas pesadas a todos. Joey frenó la bicicleta y fue a detenerse junto al carro.

—¡Tiene gracia! Los Hollister se trasladan —dijo.

—¡Sería estupendo! —declaró Will.

—¿A dónde vais? —preguntó Joey.

—A un recado —contestó Pete, sin detenerse.

—Vamos, «Domingo». ¡Arre! —apremió Ricky.

Pero Sue intervino para informar:

—Vamos a ayudar a un granjero.

—Sí. Vamos a recoger calabazas —añadió Holly.

—¡Calabazas! ¡Qué idiotez! ¡Mira que preocuparse por unas calabazas…! —se burló Joey, poniendo en marcha su bicicleta.

Cuando estuvo otra vez delante del carro se detuvo y se agachó a coger una ramita del suelo.

—Vamos, «Domingo». De prisa —dijo Ricky, sacudiendo ligeramente las riendas contra los lomos del animal.

Con un ademán brusco, Joey arrojó la rama ante las ruedas del carro, que se detuvo en seco.

—¡Oooh! —protestó Ricky, mientras se veían lanzados fuera del carro.

DINERO FALSO



Ricky se vio lanzado de cabeza sobre el lomo de «Domingo» y por fin cayó al suelo. Mientras se levantaba, se frotó la nariz, y Pam pudo ver que el pequeño llevaba allí un arañazo. Joey y Will, entre tanto, ya corrían en sus bicicletas, pero Pete salió tras ellos, agarró el guardabarros de la bicicleta de Joey y obligó a detenerse al camorrista.

—¡Suelta! —gritó Joey, sacudiéndose de encima la mano de Pete.

Ya «Zip» llegaba a toda prisa por la carretera y, viendo la actitud de los dos muchachos, empezó a ladrar, frenéticamente.

—¡Baja de tu «bici», Joey! —ordenó Pete—. Voy a darte un puñetazo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y has traído tu perro, para que me muerda?

—«Zip» no te hará nada.

—Pelearé contigo en cualquier sitio, menos aquí —protestó el chicazo.

Por encima de los ladridos del perro y de los gritos de los niños, se oyó la vocecita de Sue que declaraba:

—Joey tiene miedo de mi hermano.

—¡No! ¡No tengo miedo! —protestó Joey, dando otra sacudida, para soltarse de las manos de Pete.

—Déjale marchar, o llegaremos tarde a la granja del señor Johnson.

Joey pedaleó, desesperadamente para reunirse con Will, que se había detenido a media manzana de distancia.

—Será mejor volver a casa para que mamá cure a Ricky la nariz —opinó Holly, acercando su cara a la nariz del pecosillo, para verle mejor la herida.

—¡Pero si casi no duele, canastos! —contestó Ricky—. Vamos, que tengo ganas de recoger calabazas.

Subió al carro y cogió las riendas, mientras Holly llamaba a «Zip» para que subiese a su lado. El pelirrojo hizo que «Domingo» marchase al trote y todos se encaminaron a la granja de los Johnson.

—Me tranquiliza mucho que «Zip» nos cuide —declaró Holly, mientras pasaban por el trecho en donde habían tenido el encontronazo con las calabazas.

Muy pronto se encontraron en la entrada principal de la granja. Ricky llevó al burro hacia un caminillo lateral y fue a dejarle en la parte trasera de la casa. Todos bajaron del carro.

La señora Johnson salió a ˆrecibirles y, al ver la nariz despellejada de Ricky y enterarse de lo ocurrido, se llevó al pequeño al interior de la casa. Le lavó la cara y le aplicó un trocito de esparadrapo en la herida.

Cuando se reunió con sus hermanos, Ricky lucía muy orgulloso la tira de esparadrapo atravesándole la nariz. Y Holly le dijo:

—Pareces un héroe, Ricky.

—Yo también «quero» una vendita —solicitó Sue.

De modo que la señora Johnson no tuvo más remedio que cortar otro pedacito de esparadrapo y colocarlo en la naricilla de Sue. La pequeña se sintió tan feliz que se irguió de puntillas para dar un beso de agradecimiento a la amable señora. La granjera dijo a los Hollister que su marido había ido a llevar algunas gallinas al mercado. Luego les mostró un campo de calabazas, diciendo:

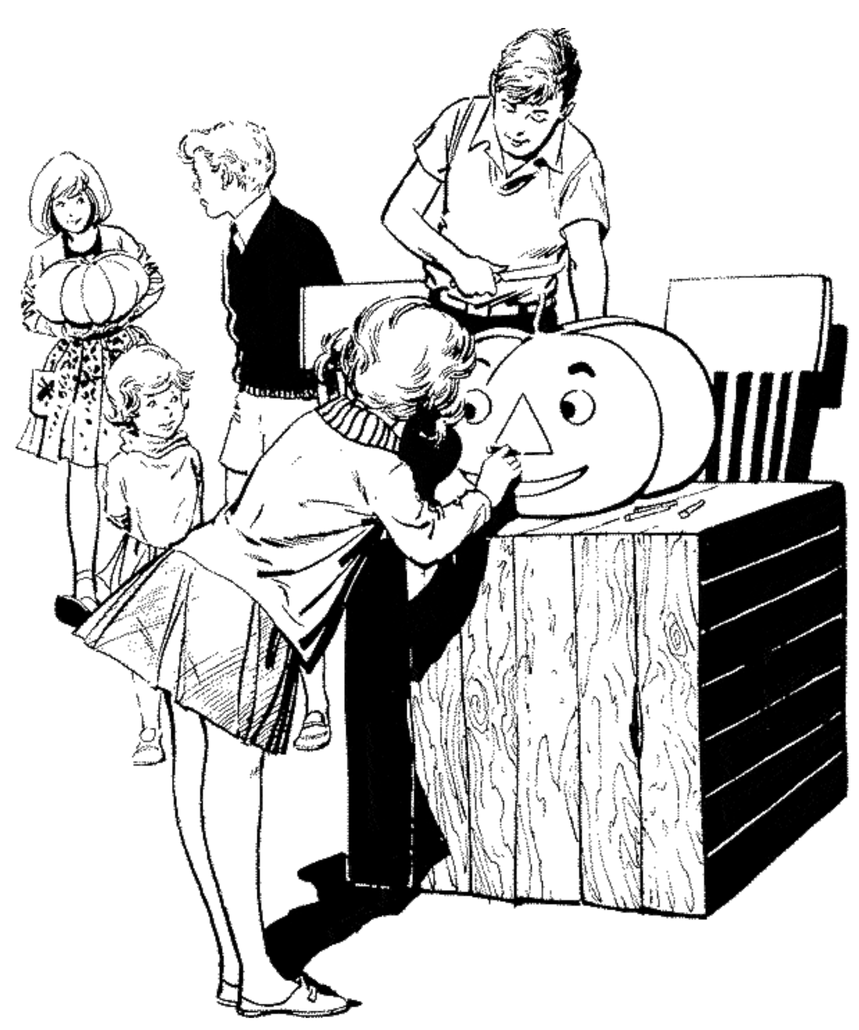
—Algunas irán al puesto de la carretera y tendremos que hacer una cara cómica como anuncio.

—Yo le ayudaré a hacerla —se ofreció inmediatamente, Holly.

—Gracias —repuso, sonriendo, la señora Johnson—. Tú y Sue podríais quedaros conmigo, mientras los demás recogen las calabazas.

Mientras los tres mayores llevaban el burro hacia el campo, las dos hermanas menores entraron en la cocina, en cuya mesa encontraron una calabaza gigantesca. Holly tomó un lápiz y dibujó con todo esmero una nariz triangular, dos grandes ojos y una boca riendo, en la corteza del fruto. Luego la señora Johnson cortó un trozo circular en la parte del tallo y las tres se turnaron en el trabajo de ir vaciando el interior de la calabaza con unas grandes cucharas.

Cuando estuvieron recortadas las facciones de la calabaza, la señora Johnson propuso:



—¿Qué os parece si convertimos esta calabaza en algo extraespecial?

—¿Cómo? —preguntó Holly.

La señora desapareció en la despensa y regresó con una gruesa zanahoria, un gran pimiento rojo y un puñado de perejil. Las niñas prorrumpieron en alegres risas cuando la mujer colocó a la calabaza una nariz de zanahoria.

—Ya sé para qué es el pimiento —anunció Holly—. Para las orejas.

—Eso es —contestó la señora Johnson, partiendo en dos trozos el pimiento. Después, con unos palillos, clavó las extrañas orejas en

la calabaza—. Y ahora, un poco de pelo —concluyó la señora, colocando el perejil en la parte alta de la calabaza.

Cuando fueron a llevar la graciosa carota al puesto de la carretera, Pete, Pam y Ricky llegaban con la primera carga de calabazas. Las colocaron en el suelo, formando hileras; las más pequeñas delante y las gruesas detrás. Estaban ocupados en aquello cuando se detuvo un coche y de él salieron un señor y una señora.

—¡Oh, qué hermosa calabaza para Todos los Santos! —exclamó, entusiasmada. Y volviéndose a su marido, preguntó—: George, ¿crees que nosotros sabremos hacer una igual?

El hombre asintió, sonriendo, y eligió una gruesa calabaza.

—Ésa vale un dólar —dijo la señora Johnson, cogiendo el billete que el señor le entregaba.

—¡Hurra! Estamos haciendo un negocio gordísimo —gritó Ricky, antes de marcharse en el carro con Pete y Pam, para recoger más calabazas.

—Esta vez llevaremos una carga mayor —propuso Pete, y al ver que otros dos coches se detenían ante el puesto del camino, exclamó —: ¡Zambomba! Vamos a tener que darnos mucha prisa recogiendo calabazas.

Mientras el paciente «Domingo» esperaba, los niños fueron arrancando el fruto de las matas y cargándolo en el carro.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Os acordáis de aquella vez que papá se subió en ese extremo del carro y «Domingo» quedó volando por los aires?

—Tuvo mucha gracia —dijo Pam.

—¿Por qué no lo hacemos otra vez? —preguntó Ricky, mientras levantaba del suelo dos calabazas, cogiéndolas por el tallo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete.

—Que podemos ver por cuántas calabazas vale el peso de papá —replicó Ricky.

—Si el carro no se rompe —murmuró Pam, preocupada.

—No lo creo —repuso Pete, tranquilizador.

Se apresuraron a colocar calabazas en la parte posterior del carro y, cuando Pete puso un enorme fruto sobre la pila que ya se había formado, se realizaron los deseos de Ricky.

—¡Ya está! ¡Ya está! —gritó el pelirrojo, viendo que «Domingo»

quedaba con las pezuñas a varios centímetros del suelo.

—¡Aaaah! —protestó «Domingo».

—No ocurre nada, «Domingo» —dijo Pete, apresurándose a bajar al suelo la última calabaza.

Después de contar la carga, Pam anunció a carcajadas:

—El peso de papá es igual a veinticuatro calabazas. ¿Estás satisfecho, Ricky?

La respuesta fue una amplia sonrisa en la cara del chiquillo, mientras conducía a «Domingo» hacia el puesto de calabazas.

—¡Dios mío! ¡Qué enorme carga! —exclamó la señora Johnson cuando las calabazas estuvieron alineadas en tierra.

—Estamos ganando mucho dinero para el señor Johnson —declaró, muy orgullosa, Holly.

—Todos habéis trabajado mucho por hoy —dijo la granjera—. ¿No queréis jugar un rato?

—Sue y yo preferimos quedarnos atendiendo el puesto —decidió Holly—. Puede usted dejarnos solas, si tiene trabajo.

—Gracias. Os dejaré un ratito, mientras preparo la cena.

Mientras ella se alejaba por el camino, Pete llevó aparte a Pam y a Ricky, para decirles:

—¿Por qué no vamos a inspeccionar ese pequeño cementerio, para ver si encontramos alguna pista del tesoro?

—A mí ese sitio me parece muy «fantasmoso» —confesó Ricky, algo inquieto.

—No puede pasarnos nada —aseguró Pete—. Vamos a ver.

Estaba anocheciendo cuando los niños llegaron al pequeño cementerio. ¡Qué silencioso estaba!

Pete y Pam separaron las altas hierbas para mirar atentamente la losa.

—Será mejor que volvamos en seguida —opinó Ricky, medroso.

—No seas bobo —dijo Pam—. No hay nada de que tener miedo.

Ricky se acercó a sus hermanos mayores para echar una ojeada a la lápida. De repente se oyó un murmullo entre los arbustos, a espaldas de los tres niños. Y luego, ¡crag!

—¡Huuy! —exclamó Ricky, aterrado—. Es un fantasma.

También Pete y Pam se asustaron un poquito y volvieron la cabeza lo suficiente para ver a «Zip» que estaba persiguiendo un

conejo por entre los matorrales.

Todavía con el corazón latiéndole apresuradamente, Pete se echó a reír, diciendo:

—¿Por qué estaremos tan nerviosos?

Todos rieron apagadamente y Ricky, sintiéndose más valeroso, se arrastró a cuatro pies hasta el otro lado de la losa.

—¡Pete, Pam! ¡Mirad esto! Hay algo más inscrito.

—¿Dónde?

—Aquí.

El otro extremo de la losa quedaba al norte y un extremo de ella estaba desgastado por la lluvia y el sol. Pero, a pesar de todo, se podía identificar el descubrimiento de Ricky como un círculo provisto de alas.

—Es muy raro —comentó Pete, arrodillándose para ver mejor la inscripción—. ¿Qué son esas marcas de ahí, Pam?… ¿Puedes reconocerlas?

La niña observó unos momentos el círculo y, al fin dijo:

—Me parece que es una brújula. ¡Claro que sí!

Y pudo comprobar que las letras inscritas eran: N, S, E, W.

—Es verdad. Son los cuatro puntos cardinales. La uve doble quiere decir «oeste» —dijo Pete—. Pero ¿qué quieren decir las alas?

—¿La brújula está volando como un ángel? —preguntó Ricky, riendo.

—¿Crees que podría ser el tesoro en el aire de que habla el verso? —preguntó Pam, poco convencida.

—¿Cómo va a ser un tesoro una cosa tan tonta como una brújula? —se burló Ricky.

—¡Zambomba! Me gustaría saber lo que puede ser —murmuró Pete, mientras seguía estudiando la extraña pista.

Pero, en aquel momento, unos gritos interrumpieron sus reflexiones.

—Es Holly —dijo Ricky.

—¿Qué pasará ahora? —se lamentó Pam, mirando hacia el camino.

Los gritos de Holly iban en aumento y ahora se oía también chillar a Sue.

—¡Vamos! —exclamó Pete, echando a correr.

Atravesó las hierbas, aplastando sin querer un cardo lechero que invadió el aire de burbujitas blancas. Pam y Ricky seguían a su hermano a toda velocidad.

Al llegar al camino comprendieron lo que sucedía. Joey y Will habían llegado en sus bicicletas al puesto de calabazas. En la parte posterior de la bicicleta de Joey se había colocado una cesta de alambre y dentro de la cesta se veía una gruesa calabaza. Holly estaba luchando por sacar de allí la calabaza, mientras Joey y Will empujaban a la niña, queriendo apartarla de allí.

—¿Qué ocurre? —gritó Pete.

—¡Esta calabaza es mía! —afirmó Joey.

—Apartad las manos de mi hermana —ordenó Ricky.

—Ha pagado por la calabaza —afirmó Will.

Sue levantó la mano para mostrar un billete.

—¡Es dinero falso! ¡Falsísimo! —gritó la pequeñita.

Pam examinó el billete y dijo, en seguida:

—Es dinero de broma, Pete.

—¡Entonces, la calabaza no te pertenece, Joey! —declaró Pete, tomando al chicazo por la espalda y obligándole a volverse.

—¡Déjame en paz! —vociferó Joe, soltándose dé las manos de Pete y aferrando la calabaza.

Pete intentó arrebatársela. Los dos muchachos forcejearon, hasta ponerse colorados como pimientos. De improviso, Joey arrancó la calabaza de los brazos de Pete y retrocedió, tambaleándose, hacia la graciosa cara que habían hecho la señora Johnson, Holly y Sue en la calabaza gigantesca.

—¡Cuidado! —gritó Will.

Pero ya era demasiado tarde. Joey quedó sentado sobre la calabaza que, con un sonoro crujido, quedó hecha pedazos. Al mismo tiempo, Joey soltó su botín y Pete se apoderó definitivamente de él. Cuando el camorrista se levantó del suelo, la parte trasera de sus pantalones estaba cubierta de una blanca masa de calabaza. Todavía estaba el chico quitándose furiosamente pepitas y tiras pegajosas de la calabaza, cuando llegó la señora Johnson a ver a qué se debía tanto alboroto.

—¡Joey tiene pantalones de calabaza! —dijo Sue a gritos y con los ojitos brillantes de risa—. ¿Verdad que es gracioso, señora

Johnson?



Furioso, Joey levantó un puño amenazador hacia los Hollister.

—¡Me vengaré! —gritó, al tiempo que saltaba a su bicicleta. Pero sus pantalones estaban tan resbaladizos que en lugar de sentarse tuvo que apoyarse sólo en los pedales y seguir el trayecto erguido, sin tocar el sillín.

—¡Qué chico tan travieso! —comentó la señora Johnson, mientras Pete recogía los pedazos del fruto y los dejaba en un campo, detrás del puesto de calabazas—. Habéis hecho un gran trabajo hoy, pero creo que ya es hora de que volváis a casa.

Apenas la señora Johnson había acabado de hablar cuando una camioneta se detuvo en el camino.

—¡Ahí está «Indy»! —anunció Ricky, al ver al hombre robusto que bajaba del vehículo.

«Indy» Roades trabajaba para el señor Hollister en el Centro Comercial, una tienda que era una combinación de ferretería, juguetería y artículos deportivos, situada en Shoreham.

—Vuestro padre me ha enviado a recogeros —dijo «Indy», mientras Sue corría a abrazarle.

«Indy» era bajo y ancho, con la piel curtida, el cabello negro

como el ala de cuervo y una alegre sonrisa. Era un indio verdadero que procedía de Nuevo Méjico, en donde vivía su tribu.

—¿Qué hacemos con «Domingo» y el carro? —preguntó Holly.

«Indy» contestó que el señor Hollister había sugerido que el burro se quedara en casa de los Johnson, mientras los niños trabajasen para los granjeros.

—Y «Zip» puede quedarse también para que «Domingo» no esté solito —declaró Sue.

—Me parece muy bien —dijo la señora Johnson—. «Zip» y «Domingo» serán una buena compañía para nuestras cabras, en el granero nuevo.

Cuando el burro estuvo desenganchado y se encontró en el granero, junto a las cabras, los niños dijeron adiós a sus animales, subieron a la camioneta de su padre y muy pronto se encontraron en su casa.

Después de la cena, cuando Pete estaba terminando sus deberes del colegio, llamaron a la puerta. Salió a abrir Holly, y Da ve Meade entró en la casa. Da ve era un muchachito alto y risueño, muy amigo de Pete. Aquella noche, como siempre, su cabello lacio estaba despeinado y le caía sobre los ojos. Dave vivía en la misma calle que los Hollister, unas cuantas casas más allá.

—Hola, Dave. ¿No te salen los deberes? —preguntó Pete.

—Sí. Los deberes, sí; ya los he acabado.

—Yo también —sonrió Pete.

—Quería enseñarte algo —añadió Dave—. Creo que es interesante.

—¿Un misterio? —preguntó Pete.

—Algo de eso —respondió su amigo.

Pete hizo señas a Dave, con la cabeza, para que le siguiera a su habitación del piso alto. Allí, Dave se sentó en la cama y empezó a decir:

—He visto algo esta tarde, en el supermercado.

—¿Venden carretillas metálicas, para hacer la competencia a mi padre?

—No. No es nada de eso —repuso Dave, sacudiendo la mano—. Es ese nuevo tablero de información.

—¿Ése en el que la gente anuncia lo que quiere comprar o

vender?

—Sí. He visto algo muy interesante. Y el supermercado está abierto esta noche.

Pete contestó, sonriendo:

—Muy bien. Me has convencido. Iremos.

Después de pedir permiso a su madre para salir, Pete se puso una gruesa chaqueta y fue al garaje a coger su bicicleta. Probó si funcionaba el faro y en seguida pedaleó, junto a Dave, que también iba en bicicleta.

Mientras avanzaban por la carretera, Pete contó a su amigo los detalles del último misterio que estaban queriendo desenredar.

—¡Estupendo! —dijo Dave—. Bueno, ya estamos en el supermercado.

El gran almacén estaba situado en una nueva plaza, en los límites de la ciudad. Los dos chicos dejaron sus bicicletas en un bastidor y entraron en el local, cuya puerta electrónica se abrió cuando ellos se acercaron.

Los dos amigos recorrieron a toda prisa el blanco y resplandeciente supermercado, abriéndose paso entre los carritos de los compradores, y pronto llegaron al fondo, donde se había colocado un gran cartel en una pared. Allí se leían toda clase de noticias.

Pete contuvo la risa, mientras leía:

CAMADA DE GATITOS BUSCA UN HOGAR

Y más abajo:

UN PAR DE ESQUÍES
CAMBIARÉ POR UNA BICICLETA PEQUEÑA

Dave señaló una tarjeta escrita con pulcritud, donde decía:

BUSCO VELETA ANTIGUA EN EL ÁREA DE SHOREHAM.
SI TIENE USTED UNA, DEJE AQUÍ UN MENSAJE.

La firma era «Curio-Us».

Pete se encogió de hombros y miró a Dave.

—Parece que alguien busca una veleta antigua. Pero ¿por qué no pone su verdadero nombre?

—Eso quería yo decirte —contestó Dave—. ¿No te parece un poco misterioso?

—Me gustaría saber si es un chico o un hombre.

—Será una mujer —afirmó Dave—. ¿Verdad que las mujeres son más curiosas que los hombres?

—Pues nosotros estamos siendo muy curiosos viniendo aquí a leer esto… ¡Y somos chicos!

—En la buhardilla de casa tengo una veleta vieja. ¿Crees que debo dejar un mensaje para Curio-Us?

—Claro. ¿Por qué no? A lo mejor ganas un poco de dinero, si la vendes.

Dave sacó de su bolsillo un pedazo de papel en el que ya había escrito: «Póngase en contacto con Dave Meade». Y debajo anotó su dirección. Tomó una cajita de chinchetas y clavó el papel en el tablero, junto a la nota de Curio-Us.

—¡Zambomba! ¿Qué pasará ahora? —dijo Pete, mientras salían del establecimiento.

A la mañana siguiente, camino de la escuela, los amigos de los Hollister quisieron saber qué había ocurrido en la granja, la tarde anterior. Pam lo explicó y, al llegar a la parte de Joey Brill, todos rieron a carcajadas.

—Nos gustaría ir hoy a ayudaros, si pudiera ser —dijo Ann Hunter.

Y su hermano Jeff, de ocho años, añadió:

—A mí también.

—Y a mí —anunció con su vocecita musical Donna Martin, la amiga de Holly.

Donna era una niña gordita de siete años, con graciosos hoyuelos en las mejillas. También Dave Meade preguntó si sería posible unirse a los Hollister para ayudar al granjero Johnson.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, que estaba comprobando lo de prisa que podía caminar sin pisar más que el borde de la acera—. ¡Cuántos más seamos, más nos divertiremos!

Antes de entrar en el colegio, Dave dijo a Pete, en un cuchicheo:

—¿Tú crees que Curio-Us contestará hoy a mi nota?

En aquel momento, sonó el timbre y cada uno de los niños fue a su clase. Después de la escuela, los Hollister esperaron, a la entrada de la casa, a los amigos que tenían que llegar. Sue, que se quedó con su madre, despidió con alegres sacudidas de su mano a la caravana de bicicletas que emprendió la marcha camino de la granja.

En cuanto llegaron, se enganchó a «Domingo» al carro y todos rieron y bromearon, mientras el burro era conducido al calabazar. Con tanto ayudante, el carro quedó muy pronto lleno y en seguida se alinearon las calabazas junto al puesto del camino.

El señor Johnson, que se ocupaba en otros quehaceres de la casa, quedó muy complacido viendo lo mucho que los niños trabajaban. No cesaban de detenerse coches para comprar calabazas.

—¡Caramba! ¡Qué gran familia tiene usted! —comentó uno de los compradores.

Y la señora Johnson contestó, sonriendo:

—Los niños no son míos. ¡Pero ojalá lo fuesen!

Aquella tarde los niños acabaron muy pronto el trabajo y cuando «Domingo» fue desenganchado y llevado al granero, Ricky dio una zapateta y gritó:

—¡Vamos, que ahora podremos divertirnos de verdad!

El pecoso corrió delante de todos hacia el viejo granero y se instaló en el asiento delantero del empolvado «Ford».

¡Uuu-ga, uuu-ga!, aulló la bocina y, desde el otro granero, «Domingo» rebuznó sonoramente.

Sin importarles el polvo ni las telarañas, los demás niños se metieron en el viejo vehículo. Jeff Hunter y Ricky empezaron a balancearse de delante a atrás.

—¡Canastos! —exclamó el pecoso—. ¡Estamos viajando a cien millas por hora!

Estaba moviendo entusiasmado el volante, cuando el taco de madera de detrás resbaló del eje y el «Ford» cayó hacia atrás con una sacudida.

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena! —exclamó Pete,

apurado, mientras todos bajaban del derrengado coche.

—No ha sido nada importante —dijo Pam, tranquilizando a todos—. Si nos unimos podremos levantar el coche y volver a colocar el tarugo de madera.

Pero el viejo «Ford» era demasiado pesado para que los niños pudiesen hacer tal cosa.

—Ya sé cómo podemos arreglarlo todo —anunció Ricky—. Quitando los otros tres tacos.

Pete estuvo de acuerdo con su hermano y a Dave Meade también le pareció buena la idea. De modo que, entre todos, empujaron el coche y pudieron moverlo unos cuantos centímetros.

¡Bing! ¡Bam! ¡Buump! Las otras tres ruedas del coche se posaron en el suelo y el vehículo volvió a quedar horizontal. Pete lo miró con desconsuelo.

—¡Zambomba! Los cuatro neumáticos están desinflados.

Ahora fue Dave quien se colocó ante el volante, haciéndose la idea de que conducía.

—¡Vamos, «Lizzie Hojalata», echa a andar!

De repente vieron aparecer en la puerta del granero al señor Johnson que decía:

—¡Dave! ¡Dave Meade!

—¡Huuy! —murmuró el chico—. A lo mejor no le gusta lo que estamos haciendo. —Y después de carraspear, para aclarar la voz, dijo—: Lo siento mucho, señor Johnson. No quiere usted que juguemos con su coche, ¿verdad?

—No hay nada de eso, Dave —contestó, sonriente, el granjero—. Lo que pasa es que ha venido un hombre que desea verte. Está esperando junto al puesto de calabazas.

Dave y Pete se adelantaron a los demás y llegaron corriendo al puesto para ver quién era el que estaba aguardando. Se trataba de un joven bajo y ancho, de unos veinte años, que preguntó:

—¿Quién de vosotros es Dave Meade?

—Yo.

—Tu madre me ha dicho que podría encontrarte aquí.

—¿Necesita usted algo de mí? —preguntó Dave, cortésmente.

—Puede que sí. He visto que has contestado a mi anuncio. Yo soy Curio-Us.

Pete se fijó en seguida en las ropas del muchacho. Llevaba un abrigo gris, un traje de lana azul y zapatos negros y puntiagudos.

—Me gustaría ver esa veleta que tienes —dijo el hombre—. Sube a mi coche y te llevaré a tu casa.

Dave intercambió una mirada con Pete y luego repuso:

—Gracias, señor. Pero prefiero ir en mi bicicleta. Le veré a usted en mi casa.

El hombre asintió y, tras poner su coche en marcha, se alejó.

Cuando todos los niños se hubieron despedido del granjero y su esposa, la procesión de bicicletas volvió a ponerse en marcha. Ante la casa de los Hollister todos se separaron, Ricky, Holly y Pam se quedaron con su madre, pero Pete se marchó con Dave a casa de los Meade, para reunirse con Curio-Us, que había aparcado en frente.

—Espere un momento, señor, que le traeré en seguida la veleta —dijo Dave.

Él y Pete subieron corriendo a la buhardilla y estuvieron rebuscando unos minutos hasta encontrar una vulgar veleta negra, en forma de gallo. Salieron a toda prisa para mostrársela al hombre que, en cuanto la vio, sacudió la cabeza, diciendo:

—No es esto lo que busco. Esta veleta es fea. A mí me interesa una de gran tamaño.

—¿Cómo es? —preguntó Dave.

—De mayores dimensiones… Más gruesa…

—Me parece que ya sé lo que quiere usted decir —dijo Pete.

Curio-Us miró atentamente a los dos chicos, como calculando las palabras que pronunció a continuación:

—¿Os gustaría trabajar para mí? Os pagaré bien.

—¿Qué tendríamos que hacer? —preguntó Pete.

Y el hombre repuso:

—Ayudarme a buscar una veleta especial.

—¿Qué cosa especial puede tener una veleta? —se extrañó Dave.

—Tiene la forma de una bruja y es dorada —repuso Curio-Us.

UNA PISTA TELEFÓNICA



—¿Una bruja dorada? —murmuró Da ve, perplejo—. Nunca he visto una veleta en forma de bruja. ¿Va montada en una escoba?

—Eso es —contestó el hombre—. Hace años se hacían veletas de muchos tipos… En forma de indios, de locomotoras, de peces…

—Esa bruja no será de oro macizo, supongo —comentó Pete.

—Claro que no —contestó el hombre—. Es de hierro, con un baño de oro. Pero eso poco importa. ¿Qué decís? ¿Queréis trabajar para mí?

Pete fue el primero en contestar, diciendo:

—Ni siquiera sabemos su nombre, señor.

—¿Y eso qué importa? —replicó Curio-Us, haciendo un ademán de impaciencia—. Os pagaré diez dólares a cada uno si encontráis la bruja dorada.

Dave miró a Pete, esperando su aprobación. Al darse cuenta de aquello, Curio-Us se apresuró a añadir:

—Bien. Os pagaré por adelantado.

Sacó en seguida la cartera, pero Pete no tenía ninguna prisa por coger el dinero.

—Creo que será mejor que primero hable de esto con mi padre

—dijo.

—No hagas eso —contestó Curio-Us tajante—. No digáis nada de esto a nadie. Es un gran secreto.

A pesar de que el hombre les tendía los billetes, Pete no los cogió y Dave tampoco.

—Si encontramos la veleta en forma de bruja, ya nos pagará usted —dijo Pete, con una sonrisa.

—Está bien —asintió Curio-Us, mientras se guardaba el dinero —. Aquí tenéis.

Escribió un número telefónico en un pedazo de papel y se lo entregó al muchachito rubio.

—Si encontráis la bruja dorada, llamad a este número, preguntando por el hombre de la veleta.

Una expresión traviesa iluminó los ojos de Pete, que exclamó:

—¡Zambomba! ¿Cuántos nombres tiene usted?

Las palabras de Pete no gustaron a Curio-Us.

—Basta de bromas —gruñó—. Encontrad la bruja dorada y nos divertiremos de verdad.

Entonces fue a su coche y, sin volver ni una sola vez la cabeza, puso en marcha el motor y desapareció.

—¿Qué te parece ese hombre? —preguntó Dave.

—Es un poco extraño. Esa veleta debe de ser muy valiosa.

Dave movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Creo que nos hemos metido en un misterio.

Pete sonrió, mientras se sentaba en la bicicleta.

—Entre Curio-Us y el trabajo de la granja vamos a estar muy ocupados.

Después de sacudir la mano, despidiéndose de su amigo, Pete se encaminó a su casa. No habló a su familia de Curio-Us hasta que se sentaron a cenar. Cuando Pete acabó de hablar, la señora Hollister dijo:

—Has hecho muy bien, hijo. Nunca os compliquéis en una cosa extraña como ésta, sin el permiso de vuestro padre y el mío.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. Podemos buscar todos la bruja dorada. Nos valdrían para muchas cosas diez dólares.

—No pienses en el dinero —dijo Pam—. Yo creo que habría que hablar con el oficial Cal. A lo mejor él puede averiguar de quién es

el número telefónico y sabrá quién es verdaderamente Curio-Us.

Cuando los padres dijeron que era una buena idea, Pete telefoneó al oficial Cal Newberry, a la central de policía de Shoreham. El oficial era un buen amigo de los hermanos Hollister y varias veces les había ayudado a resolver misterios. Pero el atlético y joven policía decía siempre que eran los niños quienes le habían ayudado a él muchas veces a desenmarañar casos complicados.

Esta vez, el oficial Cal prometió ayudar a los Hollister y una hora más tarde, mientras los niños estaban en el comedor, haciendo deberes, sonó el teléfono. Pete acudió a contestar y después de una breve conversación, volvió para explicar a su familia:

—¿A que nadie habría adivinado esto? El número de teléfono es del hotel Shoreham y el hombre ha dado el nombre de C. J. Yagar y una dirección de Cleveland, Ohio.

Los niños y sus padres estuvieron un rato hablando de aquel nuevo misterio. ¿Cómo habría sabido Yagar que había aquella bruja en los alrededores de Shoreham?

—Puede que sea un coleccionista y haya leído muchos libros sobre veletas raras —sugirió Pam.

—¿Crees que la bruja dorada la harían en Shoreham, papaíto? —preguntó Holly.

—Es posible. Hace años había en esta ciudad casi tantas fábricas y talleres como ahora.

—¿Puedes explicarnos cosas de antes? —pidió Ricky.

Pete se acordó entonces de un amigo que era editor del periódico de la localidad.

—Seguro que el señor Kent podrá contarnos muchas cosas. Hablaré con él mañana.

A la mañana siguiente, cuando los niños se despertaron, la lluvia golpeteaba en los tejados, de modo que todos tuvieron que ponerse botas e impermeables para ir a la escuela. Por el camino, Pam se encontró con Ann y le habló de Curio-Us. Los ojitos de Ann se iluminaron de emoción.

—¡Una bruja dorada! Ése sí que es un misterio estupendo para la fiesta de Todos los Santos.

Cuando sonó el timbre de salida, en el colegio, llovía con mucha más fuerza, aunque hacía menos frío.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mientras caminaban hacia la casa—. Éste no es un buen día para vender calabazas.

—Pero sí podemos echar barquitas a nadar —propuso Holly, que caminaba por el extremo del bordillo para contemplar mejor el agua que corría a los lados de la calzada.

Se agachó a coger una rama caída junto a un árbol y exclamó:

—¡Esto es igual que un río! ¡Mira, Pam, la rama parece una canoa!

Mientras los muchachos corrían delante, Holly dejó caer en el agua la rama y salió en su persecución. La ramita avanzó, empujada por las aguas, hasta la próxima esquina.

—¡Tómala, Pam! —dijo Holly—. ¡La canoa va a irse a las cataratas!

Pam se adelantó, inclinándose para recoger la ramita. Y en aquel momento el sombrero le resbaló de la cabeza y cayó en el enorme charco.

—¡Ayudadme! ¡Mi sombrero!

Pete y Ricky, que estaban ya en la esquina, se volvieron a tiempo de ver que el sombrero era arrastrado hacia la boca de la alcantarilla. Pete saltó al agua y cazó el sombrero por el ala, en el momento en que iba a desaparecer.

—¡Lo habéis salvado! —exclamó Holly, corriendo junto a los chicos.

—Tengo los pies empapados —dijo Pete, al subir a la acera, chapoteando—. ¡Zambomba! Me ha entrado el agua por encima de las botas. Me parece que voy a quitármelas.

—Pues yo también —decidió Holly—. Quítate las botas, Pam.

—No sé si debemos hacerlo —contestó Pam, indecisa.

—¿Por qué? —repuso su hermana—. No es nada malo mojarse los pies. La cabeza ya la tienes chorreando agua.



Pam se echó a reír y, unos minutos después, los cuatro hermanos corrían por la calle con los pies desnudos, y chapoteaban en todos los charcos.

Cuando llegaron a casa, las dos niñas entraron delante, riendo tan alegremente como los chicos.

—¡Esta tarde podemos hacerlas! —gritó Holly.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Ricky.

—Las invitaciones para la víspera de Todos los Santos.

—Yo quiero ayudar —pidió Ricky, mientras todos se quitaban los impermeables en el vestíbulo, antes de entrar en la cocina.

Al ver entrar a sus hijos con los pies desnudos, la señora Hollister movió la cabeza, sonriendo, y envió a Sue arriba en busca de toallas. Al poco rato, los cuatro se había puesto calcetines y

zapatos y Pam se había secado el cabello. La madre sirvió chocolate caliente con un poco de licor de malvavisco.

En cuanto acabaron la merienda, Pam buscó papel color naranja, mientras Holly iba a su habitación por un lápiz. Limpiaron la mesa de la cocina y empezaron a dibujar calabazas. Ricky fue recortándolas y Pam le enseñó a hacer sombreritos para encajarlos en la parte alta de la calabaza, donde se hacía un cortecito. Si la persona invitada pensaba ir a la fiesta, debía quitar el sombrerito y devolverlo a los Hollister.

Sue estuvo mirando cómo Pete dibujaba cara a las calabazas, mientras Pam hacía la lista de invitados. En primer lugar anotó los nombres de los que formaban el Club de Detectives: Ann Hunter, Dave Meade y Donna Martin.

—Alma Brown y Mary Hancok —dijo Pam, incluyendo a dos amigas del colegio.

—Y Ralph, el hermano de Mary —le recordó Holly.

—Podríamos invitar a Jimmy Cox y Ned Quinn —dijo Ricky, riendo con malicia—. Ned es el novio de Holly.

—¡No es verdad! —protestó Holly, muy encarnada.

—¿Podemos invitar a Jimmy, por lo menos? —pidió Ricky, todavía burlón.

Holly se puso aún más roja y contestó:

—Pues que no vuelva a tirarme de las trenzas o se acordará de mí.

—Ya se lo advertiremos —prometió Pam, sonriente—. Invitaremos también a Bobby Reed.

Bobby era un chiquillo delgado, de diez años, a quien los Hollister habían conocido tiempo atrás, mientras resolvían un misterio.

Los Hollister decidieron también invitar a Roger Kent, el hijo del editor del periódico, a Don Wells, que era amigo de Pete, y a algunos compañeros del colegio. Y entonces Pam preguntó:

—¿Qué hacemos con Joey y Will?

—¡Uf! Ellos no —gruñó Ricky.

—Vamos, Ricky, hay que ser benévolo con los demás —reprendió, dulcemente, la madre—. No creo que esos niños sean siempre traviesos y camorristas.

—Sólo un noventa por ciento del tiempo —refunfuñó Ricky.

—De todos modos, hay que invitarles —opinó Pam.

—Sí, sí, claro. Pero seguramente buscarán líos —afirmó Ricky, poco contento.

Después de que las calabazas, con sus sombreros, estuvieron metidas en sobres y en ellos se hubieron escrito las direcciones, Pam dijo:

—Ahora tendremos que prepararlo todo para la fiesta. Es el jueves que viene, de mañana en ocho días.

—Sé una cosa que podemos hacer ahora mismo —anunció Ricky.

—¿Qué es? —quiso saber Sue.

—Podemos practicar la pesca de manzanas.

Pete preparó en seguida un cubo de agua y lo llevó a un rincón de la cocina. Luego echó tres manzanas rojas que flotaron en el agua.

—A Holly le toca la primera —dijo Ricky.

La niña se ató las trenzas en la nuca, para que no se le mojasen, e inclinó la cara hacia las flotantes manzanas. Ricky se aproximó a su hermana y cuando la niña rozó el agua, el pecoso alargó una mano hacia la cabeza de ella.

—¡Ricky! ¡No hagas eso! —le reprendió Pam.

Ricky bajó la mano y con expresión de infinita inocencia, dijo:

—Pero si sólo iba a darle unas palmaditas.

—No. No digas mentiras —contestó Pam, muy severa.

En aquel momento, Holly sacó una manzana del agua. Le había cogido con los dientes por el rabo y la mostró a todos, triunfante.

«¡Canastos! Tengo que gastar esa broma a alguien», se prometió Ricky interiormente. Y en voz alta, añadió:

—Muy bien, Holly. Ahora ha llegado mi turno.

Pero Ricky tuvo que pasear la cara una y otra vez sobre el agua, antes de lograr «pescar» la manzana. Cuando al fin logró aprisionar una entre los dientes, tuvo que coger una gruesa toalla para secarse.



Entre tanto Pete había telefoneado al señor Kent, el editor del «Águila de Shoreham». Por el señor Kent supo Pete que años atrás hubo en Shoreham una fábrica que manufacturaba, entre otras cosas, veletas. Su nombre era Compañía de Fundición Bennet.

—La fundición cerró hace un tiempo —dijo el señor Kent—. Ahora en el mismo edificio se hacen vasos de papel.

El editor recordó un artículo que había aparecido en el periódico, años atrás, hablando de la Fundición Bennet. Y añadió:

—El vigilante de la fábrica de vasos de papel trabajaba antes para la fundición. Ahora está en la fábrica por las noches. ¿Por qué no vas a verle, Pete?

Había dejado de llover poco después de terminada la cena, y era la noche del miércoles, cuando el señor Hollister tenía abierto el establecimiento. Pete y Pam rogaron a su padre que les llevase en la furgoneta hasta la fábrica de vasos de papel, antes de ir al Centro Comercial.

—No te preocupes por nosotros —dijo Pete, al bajar de la furgoneta—. Iremos a la tienda, al salir de aquí.

Ya había oscurecido y la única luz que se veía en la fábrica brillaba en una ventana próxima a la puerta. Los dos hermanos se aproximaron y Pete oprimió el timbre. Salió a abrirles un hombre alto y delgado. Era ya anciano y miró a los niños por encima de sus lentes, con montura de oro. Al ver a Pam, detrás de su hermano el hombre se llevó la mano a la gorra, saludando cortésmente.

—¿Estuvo usted trabajando aquí cuando esto era una fundición? —preguntó Pete.

—Exactamente. Yo soy Josiah Applegate —contestó el guarda nocturno, sonriendo—. ¿Queréis entrar?

Los niños pasaron a una pequeña oficina con una mesa y una silla de madera. Pete preguntó al hombre, si en la fundición se habían hecho veletas alguna vez.

—Desde luego —replicó el señor Applegate—. Fabricábamos cosas muy diversas. En el almacén aún quedan varios moldes de hierro de las veletas.

—¡Zambomba! ¿Le importaría a usted que los viéramos? —preguntó Pete.

El guarda sacó un reloj de oro de su bolsillo y después de consultar la hora, contestó:

—No tengo tiempo de enseñároslo ahora, pero podéis ir a mirar vosotros mismos.

Sacó una llave de su bolsillo y, mostrando a los niños un largo y oscuro pasillo, explicó:

—Es la última puerta a la izquierda. Tomad esta linterna. La necesitaréis.

Pam llevó la linterna y Pete la llave. Los dos avanzaron, silenciosos, por el pasillo hasta llegar a la puerta. Pete introdujo la llave, pero no pudo hacerla girar. Después de probar tres veces, al fin consiguió abrir y Pam encendió la linterna, enfocando el haz de luz en el interior de la estancia. Se notaba un fuerte olor a hierro, a pesar de que una ventana del fondo estaba entreabierta.

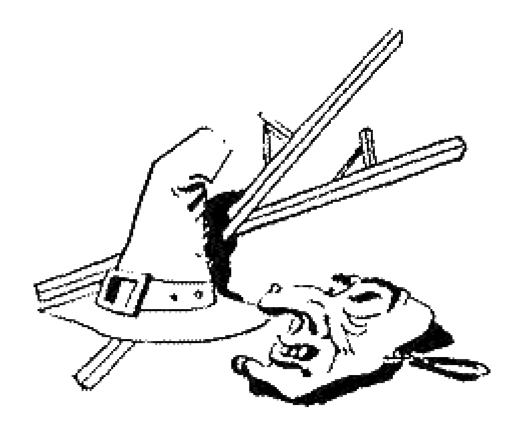
—¡Vaya, qué montón de chatarra! —exclamó Pete.

De pronto Pam asió a Pete por el brazo.

—¡Mira! —gritó con asombro.

Una veleta de hierro que se apoyaba en un viejo molde ¡estaba girando lentamente!

UN SUSTO



La veleta giraba misteriosamente en la estancia vacía.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¿Qué será lo que hace que se mueva?

—No hace viento, ni brisa siquiera —dijo Pam, enfocando la linterna en la ventana—. Alguien ha debido de salir por ahí y ha rozado la veleta, al pasar.

Pete y Pam cruzaron entre pilas de hierro para ir a mirar por la ventana. Un farol cercano iluminaba el húmedo pavimento, pero en la calle no se veía a persona alguna.

—A lo mejor la persona que haya entrado habrá dejado alguna pista —dijo Pete, sacando la cabeza sobre la carcomida madera del marco de la ventana. Luego se acercó a detener la veleta, que tenía la forma de una flecha, y en seguida exclamó:

—¡Mira!

Pete señalaba un trocito de tela, adherida a la punta de la flecha. Con todo cuidado lo recogió.

—Es un trocito de paño azul —observó Pam—. ¡Dijiste que Curio-Us llevaba un traje azul oscuro! ¿Tú crees…?

—¡Sí! ¡Claro! Apuesto algo a que ha sido él. ¿Qué otra persona

puede interesarse por estas cosas viejas? Curio-Us ha estado buscando aquí una pista, lo mismo que nosotros.

—Pero él lo hace misteriosamente. ¿Por qué?

—Vamos a ver si está aquí el molde —propuso Pete—. Si lo encontramos, sabremos que la Compañía de Fundición Bennett fabricaba veletas en forma de bruja.

Valiéndose de todas sus fuerzas, Pete y su hermana fueron levantando moldes y más moldes y examinándolos todos. Encontraron un águila, un gallo, un caballo tirando de un calesín, una vaca y un barco, pero ninguna bruja.

—Puede que el molde de la bruja se rompiera o lo tirasen —dijo Pete—. Si pudiéramos encontrar algún archivo de la antigua fábrica…

Pero, aunque buscaron por todos los rincones, no vieron ningún archivador ni libros de caja. Desencantados, Pete y Pam cerraron la ventana y echaron la llave a la puerta.

Cuando los niños llegaron a la oficina del vigilante, la encontraron vacía, de modo que dejaron la llave y la linterna sobre la mesa. Se encaminaron, entonces, a la puertecilla lateral.

—¡Eh! —les llamó una voz que les dejó aterrados—. ¿A dónde vais?

Con el corazón latiendo a toda velocidad, Pete y Pam se volvieron, encontrándose ante la luz de la linterna del vigilante.

—Nos vamos a casa —dijo Pete—. Gracias por habernos permitido ver el almacén.

Luego, entre él y Pam, contaron al hombre lo que había pasado. El guarda nocturno frunció el ceño.

—El cerrojo de la ventana del almacén está roto desde hace algún tiempo. Ya se lo he advertido al portero pero no lo han arreglado todavía.

Antes de que Pete hubiera podido hacerle preguntas sobre la bruja dorada, el señor Applegate se disculpó, diciendo que tenía que seguir haciendo la ronda por la fábrica.

Cuando estuvieron fuera, Pam se mostró muy desanimada.

—No hemos podido preguntarle al señor Applegate si ha oído hablar de una bruja dorada.

—Tendremos que hablar con él mañana —decidió Pete.

Mientras bajaban por la calle, Pam preguntó:

—¿Tú crees que Curio-Us habrá encontrado el molde de la bruja y se lo habrá llevado?

—Supongo que ha podido hacerlo, aunque el molde fuese pesado. Pero no ye o cómo el molde puede servirle para encontrar la veleta.

—Yo tampoco lo comprendo —dijo Pam.

De camino al Centro Comercial, se detuvieron en la Central de policía de Shoreham, para informar de lo ocurrido al oficial Cal. Pete le dio a Cal el trocito de paño azul oscuro y le dijo que sospechaba que pudiera ser de Curio-Us.

—Hay muchos hombre que llevan traje azul —dijo el policía—, pero hablaré con el director del hotel, para saber si Yagar ha salido esta noche.

El oficial telefoneó al hotel y, al recibir la respuesta a su pregunta, sonrió.

—Se ha ido —dijo a Pam y Pete, mientras colgaba—. Yagar ha pagado su cuenta esta tarde y se ha marchado del hotel sin dejar dirección.

—Puede que haya encontrado la bruja dorada y se haya ido a su casa —dijo Pam, poco convencida—. A lo mejor es de verdad un coleccionista.

—Si lo fuera, ¿por qué lo hace todo con tanto secreto? No. Yo creo que es un hombre raro.

El oficial Cal estuvo de acuerdo con Pete y también lo estuvo el señor Hollister, cuando los niños le explicaron más tarde, su aventura.

—Pero ¿por qué hará todo eso? —comentó el padre, mientras apagaba las luces del almacén.

De regreso en la furgoneta, los tres hablaron sobre los dos misterios, pero no pudieron encontrar ninguna explicación ni a la desaparición de Yagar, ni a las inscripciones de la granja de los Johnson.

Cuando llegaron a casa, el señor Hollister aparcó en el camino del jardín y todos entraron por la puerta trasera. En la sala no había luz, pero la de la cocina estaba encendida y desde ella llegaban las voces de la madre y los tres pequeños.

Pete y Pam entraron los primeros y encontraron a su familia entretenida con un juego de mesa.

—Hola —saludó Holly, levantando la cabeza—. Yo gano.

Pam iba a contestar, pero las palabras se helaron en sus labios. Tomando a Pete por el brazo, señaló a la ventana.



—¡Mira! —exclamó con angustia.

¡Contemplándoles desde el otro lado de los cristales se veía el rostro arrugado y temible de una bruja!

Sue dio un grito de terror y corrió al lado de su madre.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, poniéndose en pie de un salto.

En aquel momento, el rostro de la bruja desapareció.

—Alguien nos está gastando una broma —dijo Pete.

Salió a toda prisa por la puerta trasera, seguido de Pam, Ricky y Holly. Dieron la vuelta en la esquina de la casa y atisbaron a todas partes. Pete ordenó:

—Escuchemos…

Los cuatro quedaron muy quietos, bajo el helado aire de la noche, pero no pudieron oír el menor ruido indicador de que alguien huyese corriendo.

Pam fue la primera en examinar el suelo, bajo la ventana iluminada de la cocina. Allí señaló dos agujeros cuadrados en la tierra.

—¿Qué creéis que ha sido? —preguntó Holly, estremecida.

—Alguien que andaba con zancos —opinó Pete.

—A ver quién lo adivina —dijo Ricky, sonriendo—. El buenecito de Joey…

—O el bueno de Will —añadió Pete.

—Deben de haberse enterado de que estamos buscando la bruja dorada —dijo Pam.

—Es una pena que «Zip» esté en la granja —reflexionó Holly—. Él habría descubierto a esa bruja con zancos.

A la mañana siguiente, los Hollister se repartieron entre los cuatro mayores las invitaciones y las entregaron a sus amigos del colegio. Pam contó a Ann el susto que había tenido a causa de la bruja en la ventana, pero sonó el timbre antes de que su compañera hubiera podido contestar nada.

Aquella tarde Pam y Ann regresaron a casa juntas, haciendo planes para la fiesta.

—Las invitaciones son preciosas —dijo Ann—. Desde luego, yo iré. Y Jeff también.

Luego Ann añadió que su padre conocía a un fabricante de caramelos.

—Yo puedo llevar gatitos de caramelo con sabor a licor y calabacitas rellenas de crema.

—Será estupendo —contestó Pam.

Cuando las dos amigas se acercaban a casa de los Hunter, Pam vio a Joey Brill que desaparecía por la esquina del porche.

—¿Qué estará haciendo? —preguntó Pam.

Las dos corrieron al porche, pero el chicazo ya había desaparecido. Al mirar al suelo, Pam exclamó:

—¡Mira, Ann!

¡Había huellas de zancos alrededor de la casa!

—Se ven esos agujeros por todo el jardín. También a ti te visitaron anoche esos chicos —añadió Pam.

—Es verdad que parecen huellas de zancos concordó Ann, examinando el suelo.

—Tengo que irme. Mamá me está esperando.

Y tras prometer volver al día siguiente, Pam marchó a su casa, donde encontró a la señora Hollister sentada al volante de la furgoneta y dispuesta a llevar a sus hijos hasta la granja del señor Johnson.

Cuando llegaron, el granjero les recibió muy contento y prometió acompañar a los niños a casa en su camioneta. Mientras todos se reunían ante la casa, Ricky y Holly se ofrecieron para despachar en el puesto.

—Está bien —contestó el señor Johnson—. En ese caso, Pete y Pam pueden llevar una carga de manzanas en el carro, al lagar.

—Yo también «quero» montar en el carro —anunció Sue.

—Me da miedo que vuelques el carro, hijita —dijo la señora Hollister, haciendo un guiño a los otros.

—Déjala quedarse, mamá. Nosotros la cuidaremos —prometió Pam.

—Está bien, Pam —contestó la madre.

La señora Hollister se marchó en la furgoneta y Ricky y Holly se quedaron en el puesto de calabazas, mientras los demás seguían al señor Johnson hasta el granero. Pete y Pam colocaron los arneses a «Domingo», mientras el granjero cargaba cinco altas banastas de manzanas, en el carro. Pam subió a Sue al carro y luego trepó ella y tomó las riendas.



—¿Tenemos que traer la sidra, al regresar? —preguntó Pam.

—No —contestó el granjero—. No creo que tía Nettie pueda machacar todas estas manzanas hoy.

El señor Johnson explicó a los niños que en algunos lugares se entregaba a los clientes la sidra en el acto, pero era sidra hecha con otras manzanas.

—Pero yo quiero la sidra de mi fruta. Mis manzanas son muy

buenas. Mezclo las dulces con las ácidas. Conviene mezclar varias clases para conseguir buena sidra. Probad ésta —añadió el señor Johnson, dando a cada niño una hermosa manzana.

Mientras Pete daba un mordisco en la brillante piel de la fruta, el señor Johnson señaló una pequeña separación en la arboleda.

—Éste es el viejo camino de carros. Seguid por él, colina arriba, hasta el otro lado de la ladera. Los lagares están abajo. No podéis perderos.

—¿Hay osos en el bosque? —preguntó Sue, inquieta.

El granjero se echó a reír.

—No. Sólo ciervos y alguna liebre.

Pete hizo un chasquido con la lengua y «Domingo» empezó a andar al lado de su amo. La carreta penetró en los bosques y a los pocos momentos pasaba ante el viejo granero. La desmoronada edificación se levantaba entre los árboles y parecía inclinarse hacia los niños. No se percibía más ruido que el crujido de las ruedas del carretón y el repicar de las herraduras de «Domingo».

Cuando el camino resultó más empinado, Pete ayudó al animal, empujando el carro por detrás. Se detuvieron al llegar a un repechón.

—Chist —dijo Pam—. Me parece que he oído a un ciervo.

Sue se llevó un dedito a los labios y quedó silenciosa. Un cuervo graznó desde la copa de un árbol distante.

—Es mejor seguir adelante —decidió Pete.

De repente, a su espalda, oyeron un chasquido.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —dijo Pam, y Pete hizo detenerse al burro.

—Alguien anda sobre la hojarasca —dijo Pete.

El ruidillo resultaba cada vez más cercano.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Pete.

Cesó el ruido, pero nadie dio respuesta.

EL ASTA DE BANDERA OSCILANTE



A Pam le latía el corazón aceleradamente, mientras cambiaba miradas significativas con Pete. ¿Quién podía estar siguiéndoles a través de los bosques?

Los pasos se reanudaron tan rápidamente como habían empezado. Pam rodeó con un brazo los hombros de Sue y estrechó a su hermanita contra ella, mientras una mancha roja aparecía entre los árboles.

Y de pronto, una mujer joven, con chaqueta escarlata, se detuvo en el camino, junto a los Hollister.

—¡Qué sorpresa! No esperaba ver un carro y un burro —dijo la mujer.

—¡Zambomba! También nosotros estamos sorprendidos —dijo Pete, con un suspiro de alivio.

Y en seguida se fijó en que la joven era baja y tenía el cabello negro, igual que la mujer a quien él y Pam habían visto andando furtivamente por la granja del señor Johnson.

—Hemos preguntado «¿Quién anda ahí?» —dijo Pam—. ¿No nos ha oído usted?

—Me pareció oír algo, pero no estaba segura.

Mientras hablaba, la joven se acercó a «Domingo». Entonces los dos hermanos pudieron ver en la chaqueta de ella un ciervo amarillo y debajo las palabras: «Granja de ciervos Ardina».

—¡Qué burro tan lindo! —dijo la joven, acariciando al animal detrás de las orejas—. Veo que vais camino del lagar. Yo también voy por aquí.

Pete se había quedado inmóvil, junto a «Domingo», con los ojos fijos en la extraña chaqueta. La joven se dio cuenta de la expresión recelosa de Pete y, al mirar a Pam, sentada en el carro, vio que también la niña se mostraba suspicaz.

—¿Ocurre algo malo?

—Es que… Nosotros la hemos visto a usted antes —dijo Pete.

—¿Sí? ¿Dónde?

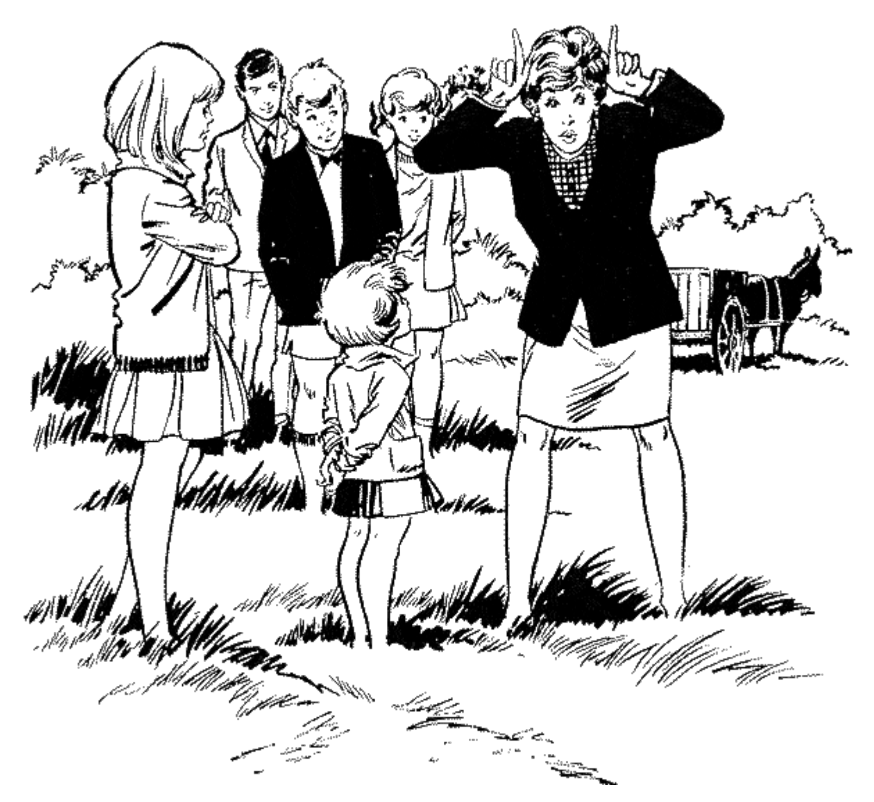
—El domingo, en el granero viejo de la granja Johnson.

—Y en aquel cementerio pequeño —añadió Pam— la llamamos y usted echó a correr.

La mujer miró los rostros serios de los niños y contuvo la risa al decir:

—No me miréis así. No he hecho nada malo.

—Pues actuó usted de un modo muy sospechoso —dijo Pete.



—Es verdad que debí contestaros. Pero, en aquel momento, vi a «Ambrosio», entre los árboles, y corrí a buscarlo.

—¿Y quién es «Ambrollo»? —preguntó Sue, haciendo reír a todos.

—Es mi ciervo —contestó la joven, apoyando una mano a cada lado de la cabeza, a modo de cuernos.

Ahora los tres Hollister rieron de buena gana.

—Veréis. Yo tengo una granja donde crío ciervos, frente al lagar. «Ambrosio» es mi ciervo doméstico, pero le gusta escaparse de casa. El domingo yo estaba buscándole.

—¿Lo encontraste? —preguntó Sue.

—Sí, pero esta tarde ha vuelto a escaparse y ya me tenéis aquí, buscándole.

Mientras el carro marchaba colina abajo, los niños dieron sus nombres a la joven, quien les dijo que ella era Katherine Ardina.

Al oír esto, los ojitos de Sue giraron repetidamente en las

órbitas, y muy intrigada, preguntó:

—¿Y tienes orejas tiesas y rabo, señorita «Ardilla»?

Katherine Ardina rió alegremente.

—¡Qué apodo tan simpático! ¿Por qué no me llamáis todos «Ardilla»?

—Está bien, «Ardilla» —contestó Pam, muy tranquilizada al ver que la joven era tan amable.

Mientras se dirigían al lagar, ella habló a los Hollister de los ciervos.

—Tenemos muchos visitantes que acuden a ver y jugar con los ciervos. En realidad, nos está haciendo falta un terreno más grande.

—¿Y por qué no habla con el señor Johnson? Él dice que quiere vender una parte de sus tierras —dijo Pete.

—¿Es verdad? Gracias por decírmelo. Le telefonearé.

La joven explicó que, si tuviera más espacio, pondría en la granja una zona dedicada a animalitos recién nacidos.

—Tendría pollitos, patitos, corderos y cabritas. Y vendería biberones con leche para que los niños que nos visitan pudiesen alimentar a los pequeñuelos.

Sue palmoteo con entusiasmo.

—Y nosotros «irimos» a acariciar a los corderitos de lana blandísima.

Por fin el camino llegó a un trecho llano y pronto salieron a un claro. A un lado había una casita de madera, pintada de rojo y detrás un cobertizo lleno de cestas de manzanas. Cerca de allí se veía un «jeep».

Aquí os dejo —dijo «Ardilla». Y señalando a un extremo del camino que llevaba al molino, explicó—: Mi granja está allí, a dos pasos de la carretera, a la derecha. Venid a verme en cuanto podáis.

—¡Espere un momentito! —pidió Pam.

Y a media voz preguntó a la joven si había sido ella quien tocó la bocina del automóvil antiguo, el día que la vieron junto al granero viejo.

—No —repuso «Ardilla»—. No fui yo. ¿Por qué me lo preguntas?

Confiando ya en su nueva amiga, Pam le habló del misterio del tesoro.

—Siento no poder ayudaros —dijo «Ardilla», amablemente.

Luego se despidió, dando a Sue un beso, y se marchó a toda prisa. Al pasar ante el lagar, llamó a la puerta, diciendo:

—¡Nettie, salga! Tiene usted clientes.

Un momento después se abría la puerta y por ella salía una mujer muy alta y ancha, con un delantal amarillo. La mujer se aproximó al carro, mientras Pam saltaba de él.

—Ya sé quiénes sois. El señor Johnson me ha llamado para decirme que veníais —dijo la mujer con voz potente y, después de ajustarse los lentes, extendió sus poderosos brazos y bajó a Sue del carro.

—Vosotros sois los niños Hostiller, ¿verdad? —dijo la dueña del lagar, empezando a bajar del carro las canastas de manzanas.

—Hollister —rectificaron los tres hermanos a un tiempo.

—Nunca había oído ese nombre —dijo tía Nettie—. Llevo viviendo aquí muchos años y creía conocer a todo el mundo. Pero no sabía nada de los Hostiller.

Sue abrió la boca para protestar de aquel nombre, pero Pam le indicó, por señas, que se callase. Ella y Pete tuvieron que hacer grandes esfuerzos para disimular la risa. De repente, Pete tuvo una idea.

—Si ha vivido aquí mucho tiempo —dijo el chico—. Habrá oído hablar de una veleta en forma de bruja dorada.

—¿Una veleta? —repitió tía Nettie con asombro—. ¡Una bruja dorada! No puedo decir que haya visto semejante cosa. Pero esperad. Hay una veleta dorada en el asta de la bandera del colegio viejo.

—¿Es una bruja?

Tía Nettie se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. Nunca he visto bien a distancia y tampoco me he fijado.

—¿Dónde está la escuela? —preguntó Pam.

—A una media milla de aquí, camino abajo —repuso la mujer, señalando a la izquierda.

Rápidamente, Pete y Pam decidieron ir a ver aquella veleta. Sue quería ver el interior del lagar y tía Nettie se ofreció a vigilarla hasta que sus hermanos regresasen.

Pete y Pam se marcharon a toda prisa y por el camino pasaron

ante muy pocas casas. Por fin llegaron a un edificio blanco que se levantaba en un prado y estaba rematado por una cúpula de madera. Sobre la puerta se veía un viejo cartel donde decía:

ESCUELA MUNICIPAL DE CLARETON

—Aquí debe de ser —dijo Pam—. ¿Dónde está el asta de la bandera?

—Ahí. Detrás de esos arbustos. En la parte posterior de la escuela.

Los dos hermanos avanzaron entre unos arbustos, para llegar a la parte en que estaba el asta de la bandera, formada por un tubo de acero.

Pete y Pam miraron arriba. Y pudieron ver un resplandor dorado, pero no distinguieron de qué figura se trataba.

—Si es una bruja, resulta muy ridícula —dijo Pete—. Tendré que trepar a ver cómo es.

Pete empezó a trepar, mientras Pam sostenía el largo tubo, pero no podía impedir que el asta se bambolease.

De repente, cuando Pete estaba llegando al extremo más alto, el asta se inclinó peligrosamente hacia el edificio de la escuela.

—¡Se va a romper! —gritó Pam.

Pete siguió colgado donde estaba y luego fue descendiendo hacia el tejado del colegio. Cuando aterrizaba sobre las tejas, el asta se partió y el objeto dorado del extremo salió disparado como una piedra desde un tirador.

Pam corrió al lateral de la escuela.

—¿Estás bien? —preguntó a su hermano.

—Yo sí, pero la veleta ha desaparecido —contestó Pete, colocándose una mano a modo de visera para mirar a lo lejos, sin que le molestase el sol—. Aunque veo brillar algo por allí.

Mientras Pete la orientaba, diciéndole «frío» o «caliente», según se acercaba o se separaba del objeto brillante, Pam llegó hasta tocar una pieza metálica.

—Es un águila dorada —anunció Pam a gritos—. Pero no es una veleta. Parece sólo una figura de adorno.

Desencantado, Pete bajó al suelo por el desagüe del tejado y fue

a ver qué era lo que llevaba su hermana.

—¡Zambomba! Ni siquiera tiene cabeza. ¿Qué vamos a hacer con esto?

—Ya no podemos dejarlo donde estaba.

Por lo tanto, Pam propuso que el sábado llevasen la figurilla al Ayuntamiento de Clareton. Pete estuvo de acuerdo con su hermana y, en seguida, emprendieron los dos el regreso al lagar. Cuando llegaron, reinaba la semioscuridad de esa hora que oscila entre la noche y el día y olía a hojarasca húmeda.

—Me gusta el otoño —dijo Pam, respirando profundamente.

En seguida se dieron cuenta de que ni «Domingo», ni el carro estaban a la vista. Pero no tardaron en oír la voz de su hermanita, desde el cobertizo de las manzanas.

—¡«Domingo», no comas tanto! —reñía Sue.

Pete y Pam corrieron hasta la esquina del cobertizo. Y vieron a «Domingo», todavía sujeto al carro, con el morro hundido en un pilón de algo que parecía una masa de periódicos, empapados en lluvia. Sue, valiéndose de sus reducidas fuerzas, intentaba apartarle de allí, pero el burro seguía comiendo.

—¡Zambomba! ¿Qué es eso? —preguntó Pete.

Y la tía Nettie, que se acercó por detrás de los niños, contestó:

—Es bagazo de manzanas. Lo que queda de las manzanas, después que han sido prensadas para hacer la sidra. A todos los animales herbívoros, y especialmente a los ciervos, les gusta.

—Sentimos mucho que «Domingo» se haya comido tanto —se disculpó Pam, siempre educada.

—No os preocupéis —dijo tía Nettie—. Tengo montones de bagazo. Os puedo dar una cantidad para que «Domingo» coma toda una semana.

Con la ayuda de Pete, la mujer llenó a paletadas dos barriles con bagazo de manzana. Después de darle las gracias, los niños subieron al carro. Pete tomó las riendas y se pusieron en camino a través de los bosques.

Era casi completamente de noche cuando se acercaron al derruido granero. A pesar de ser un muchacho valiente, Pete se estremeció al ver el granero y sacudió un poco las riendas para obligar a «Domingo» a caminar más de prisa. Al cabo de un

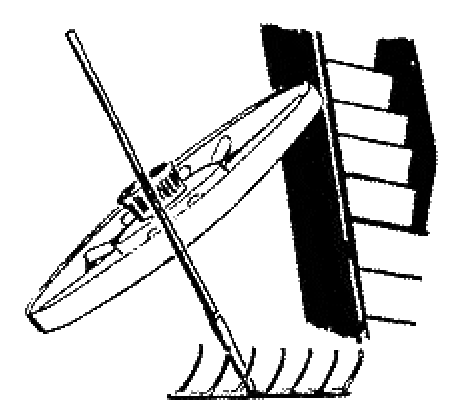
momento, Pam alargó una mano hasta su hermano, diciendo:

—¡Escucha!

Pete detuvo el carro. Y entonces la puerta del granero viejo se abrió lentamente.

El «Ford» antiguo avanzó a través del umbral, pero… ¡no había nadie sentado en el asiento del conductor!

UNA CAÍDA ESTREPITOSA



Pete, Pam y Sue quedaron atónitos cuando apareció ante sus ojos la parte posterior del coche. ¡Ricky y Holly lo estaban empujando! Pete saltó del coche y corrió al lado de su hermano.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —dijo, severamente.

—No es nada —se defendió el pequeño—. Queríamos ver mejor este trasto. Y Holly pensó que el mejor modo era quitar el freno.

—Nos habéis asustado —dijo Pam, riendo—. Creo que todos estamos nerviosos porque se acerca la víspera de Todos los Santos. Será mejor que volváis a meter el coche. Ahora está demasiado oscuro para poder verlo.

—Nosotros os ayudaremos —se ofreció Sue y se ocupó de sujetar la puerta, mientras los otros cuatro empujaban el automóvil al interior del granero. En cuanto cerraron, todos se encaminaron al granero nuevo, en una de cuyas ventanas se veía brillar una luz.

«Zip» llegaba ladrando, detrás de la camioneta del granjero Johnson. Mientras el perro acudía a saludar y lamer las manos a sus amos, Pete y Pam descargaron las cubas de bagazo y las dejaron a la puerta del granero.

—Si las metiéramos dentro —razonó Pete—, «Domingo» y las

cabras podrían comer demasiado y empacharse.

Después que «Domingo» estuvo desenganchado del carro, los niños ayudaron al granjero a dar agua y comida a los animales. Pete habló al señor Johnson del águila sin cabeza y el granjero les dijo que podían dejarla en el granero hasta el sábado.

—No habéis hecho ningún gran prejuicio, si lo devolvéis el sábado.

—Si no se enfada porque le hable de otra cosa, señor Johnson —dijo Ricky, frotándose la nariz con el dorso de la mano—, querría preguntarle una cosa sobre «Lizzie Hojalata». ¿Cree usted que todavía puede andar?

Sonriendo, el granjero alborotó con su gran mano el cabello rojizo del pecoso y repuso:

—Puede que aún quede algo de vida en ese anciano. Vamos, subid al camión que os llevo a casa.

Por el camino, Ricky no dejó de pensar en el viejo coche.

«Es una pena que esté metido en ese granero, donde nadie puede ver lo bonito que es», pensó, con los ojillos brillantes por una súbita idea.



Al llegar a casa, los Hollister encontraron a su madre contando una larga hilera de invitaciones en forma de calabazas, que había colocado sobre la mesa de la sala.

—Vienen casi todos vuestros amigos —dijo, mientras sus hijos se quitaban los abrigos.

—¿Quiénes son los que no vienen? —preguntó Pam.

—Joey y Will.

—¡Hurra! —dijo Ricky a media voz.

—Es una pena —dijo Holly, compasiva—, porque va a ser una fiesta estupendísima. A lo mejor papá nos trae adornos y sorpresas del Centro Comercial. ¿Podrás traernos algo, papá?

El señor Hollister dejó el periódico que estaba leyendo y replicó:

—Lo haré con mucho gusto.

—¡Canastos! —se entusiasmó Ricky—. ¿Qué será, papá?

—Aún no lo sé. Es un secreto.

—Otra cosa —dijo la madre—. A la señora Johnson le gustaría

que Pete, Pam, Ricky y Holly pasaran el fin de semana en la granja. Desde el viernes hasta el domingo.

—¿Yo también? —preguntó Sue, con vocecita suplicante.

—Esta vez no, hijita. Necesito que alguien me ayude a hacer cosas muy importantes.

—¿Pasteles? —dijo en seguida la pequeña.

—Sí —contestó la señora Hollister, haciendo un guiño a los demás—. Y trajes, también.

—¡Qué bien! —exclamó la chiquitina, yendo a abrazar a la madre.

Durante la cena todos hablaron del fin de semana que los mayores pasarían en la granja y que resultaría una aventura magnífica. Estaban acabando los postres, cuando Pam recordó a Pete que debían telefonear al señor Josiah Applegate.

Inmediatamente buscó Pete el número de la fábrica de vasos de papel y telefoneó. Les contestó una voz que parecía pertenecer a un hombre joven y dijo que el vigilante no estaba en la fábrica.

—Yo soy su sustituto. El señor Applegate ha pedido unos días de permiso y no volverá hasta dentro de cinco días.

—¿No sabe usted dónde podríamos encontrarle? —preguntó Pete, preocupado.

—No. Lo siento mucho. El señor Applegate está fuera de la ciudad.

—A lo mejor su familia puede decirnos dónde.

—Ese hombre vive solo.

Desencantado, Pete colgó el auricular, después de dar las gracias al hombre, y contó a su familia lo que había averiguado.

—Ahora sí que se ha terminado una pista —rezongó Ricky—. ¿Qué podemos hacer?

—Buscar otra —decidió Pam.

Pete telefoneó a Dave y quedó de acuerdo para que su amigo fuese a buscarles el sábado a la granja. Entonces, irían a Clareton en sus bicicletas y entregarían el águila en el Ayuntamiento.

—Puede que allí encontremos una pista —dijo Pete.

Una hora más tarde los Hollister tenían preparados cuatro maletines, que contenían cepillos de dientes, mudas, una linterna y otras cosas que podían serles necesarias fuera de su casa.

—Así, mañana por la tarde sólo tendremos que venir a buscarlos —dijo Pam.

El siguiente le pareció a la niña el día de escuela más largo del año. Una vez su maestra la sorprendió mirando distraídamente por la ventana, cuando fue a hacerle una pregunta.

—Lo siento —dijo Pam, poniéndose muy encarnada—, pero es que estaba pensando en un calabazar.

Todos rieron, incluso la maestra que luego volvió a hacerle la pregunta. Esta vez Pam contestó en seguida y bien.

Cuando parecía que no iba a llegar nunca la hora de salir del colegio, sonó por fin el timbre. Mientras todos corrían hacia sus casas, Holly dijo a Jeff Hunter que su padre iba a darles regalos para todos los invitados.

—¿Qué serán los regalos? —preguntó, curioso, Jeff.

—No lo sé. Alguna cosa muy bonita.

Con los ojos chispeantes Jeff repuso:

—Tu padre tiene montones de cuchillos indios en su tienda. ¿Tú crees que los regalos serán algo de eso?

—No sé. Espera y ya lo verás —contestó Holly, encogiéndose de hombros.

En ese momento la niña vio llegar a «Indy», conduciendo la camioneta del señor Hollister, y corrió a saludarle. Se cargaron en el vehículo los maletines y la bicicleta de Pete y todos se marcharon.

—¡Hola, hola! —saludó alegremente la señora Johnson—. Hoy no tenéis que recoger calabazas. Tenemos muchísimas para el puesto. Podéis ir a divertiros. Ya os silbaré a la hora de la cena.

A Pete se le iluminaron los ojos.

—¡Qué suerte, Pam! Podemos ir a inspeccionar el viejo granero. Puede que encontremos una pista de la persona que tocó la bocina del coche el otro día.

—O del tesoro de Adam Cornwall.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, dando saltos de emoción.

Los cuatro cruzaron, corriendo, el patio de la granja y subieron el sendero que se abría entre el bosquecillo de abetos. Se detuvieron ante la puerta del viejo granero, a escuchar.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Ricky, a gritos.

Pam rió nerviosamente y Pete empujó la desvencijada puerta.

Dentro todo estaba más oscuro que nunca. Por el sucio suelo había unas banastas de manzanas, un rastrillo y algunas herramientas rotas. Apoyados en una pared se distinguían grandes bidones de petróleo y un montón de arneses viejos y cubiertos de moho.

—¡Mirad esto! —exclamó Pam, acercándose a un viejo y herrumbroso tractor, en cuyo asiento se instaló.

—Luego me toca sentarme a mí —se apresuró a pedir Ricky.

En aquel mismo instante, un ruido ensordecedor llenó el granero. Holly estaba golpeando uno de los bidones vacíos, como si se tratara de un tambor. Ricky se apresuró a imitarla y el estruendo resultó insoportable.

—¡No hagáis eso, por favor! —rogó Pam.

—¡Somos detectives! ¿No os acordáis? —reprendió Pete—. Dejaos de juegos.

—De acuerdo, jefe —dijo Ricky, dándose aires de importancia.

Empezaron a buscar más silenciosamente; Pam iba de un extremo al otro del viejo granero con los ojos fijos en las oscuras vigas.

«Puede que el tesoro esté colgando del techo, o escondido en una viga —pensaba—. Después de todo, sería un modo de estar en el aire».

El techado estaba agrietado en la parte central y por los resquicios entraba algo de luz, que iluminaba los lugares en que, en otro tiempo, habían vividos algunos animales. En el suelo había un montón de heno apelmazado y algo de grano podrido. Una barra de hierro se encontraba incrustada en un hueco, entre la pared y el pesebre.

«¿Qué será esto?», pensó Holly, y se disponía a examinarlo, cuando oyó gritar a Ricky.

—¡Socorro, Holly! ¡Ayúdame!

La niña se apartó a toda prisa del pesebre para ver a Ricky que corría empujando una rueda de carro, que resbalaba a toda velocidad por el desigual suelo.

—¡No la dejes volcar, que la he puesto en marcha! —gritaba el pequeño, con entusiasmo.

Mientras se acercaba corriendo, Holly vio que la pesada rueda tropezaba en un madero y se ladeaba. Los dos niños dieron un salto

y, por muy poco, evitaron que la rueda les aplastase los pies.

—¡Caramba! —gritó Ricky.

Mientras entre los dos levantaban la rueda, Holly se dio cuenta de que Pam seguía caminando con los ojos fijos en el techo. ¡Y a dos pasos de ella, atravesando en el suelo, había un rastrillo!

—¡Cuidado! —advirtió Holly.

Pero ya era demasiado tarde. Pam dio un tropezón, cayó sobre las púas y el largo mango se levantó y le golpeó la cabeza.

—¡Aaay! —gritó Pam, conteniendo el aliento, mientras sus hermanos acudían a ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó Pete.

Pam se llevó la mano a la cabeza y palpó un bulto.

—¡Carambola! ¡Qué chichón! Ser-detective es muy peligroso —afirmó Holly—. ¿Qué estabas mirando, Pam?

La hermana mayor señaló una escalerilla de madera que llevaba a un altillo. Debajo de éste había una pila de heno que había caído desde arriba, por las maderas rotas.

—A lo mejor el tesoro está allí —dijo Pam, oprimiéndose todavía con la mano el bulto de la frente.

—Me parece que esa escalera está muy vieja —dijo Pete.

Pero Holly declaró:

—Yo peso menos que vosotros. Subiré yo y no se romperá.

—Ten mucho cuidado —aconsejó Pete—. Yo me quedo aquí por si te caes.

Holly llegó a lo alto de la escalera y, riendo alegremente, avanzó por el altillo y desapareció en él. ¡Silencio! Y de pronto se oyó exclamar:

—¡Pam, sube en seguida! ¡Mira! ¡Mira esto! Mi…

Mientras la pequeña hablaba se oyó un gran chasquido y luego un grito y al instante Holly aparecía como por encanto a través del suelo del altillo. Pete se lanzó hacia allí, queriendo recogerla en el aire, pero no llegó a tiempo. Holly aterrizó en la pila de heno, seguida por una lluvia de paja.

—Estoy bien —dijo en seguida, mientras quitaba de su cara las briznas amarillas—. Pero allí hay un paquete muy grande, envuelto en papel.

—¡Zambomba! Puede que sea la pista del tesoro —dijo Pete

echando a correr hacia la escalera.

Puso el pie en el primer peldaño, subió al segundo y ¡eras!

La escalera se rompió en dos pedazos. Al mismo tiempo se oyó un silbido lejano.

—Es hora de cenar. Tenemos que ir en seguida —dijo Pam.

Los cuatro detectives estaban indecisos. No querían marcharse sin ver lo que Holly había encontrado, que podía ser una importante pista. Pero no podían ser desobedientes y acudieron a la llamada. Una vez en la cocina, Pete contó a los Johnson lo que había descubierto.

Echándose a reír, el granjero dijo:

—Estáis decididos a encontrar el tesoro, ¿verdad? Bueno. No me parece mal. Pero tendréis que olvidaros de eso por esta noche. No hay luz en aquel granero y no quiero accidentes.

Antes de servir la cena, la señora Johnson aplicó una bolsa de hielo en la frente de Pam, para que la hinchazón desapareciese rápidamente. Un rato más tarde, cuando comía un pedazo de riquísimo pastel de calabaza con nata, Pam se había olvidado por completo del golpe que recibiera.

A la hora de acostarse la esposa del granjero mostró a las niñas una habitación espaciosa y alegre, en el piso alto. Al lado estaba el dormitorio de los chicos, más grande y con una ventana desde la que se veían los bosques.

Pete abrió la ventana y miró hacia el viejo granero, un momento antes de meterse en la cama, donde quedó en seguida dormido.

A medianoche le despertó el ladrido de «Zip».

Ricky se sentó en la cama de un salto y preguntó a su hermano, en un cuchicheo:

—¿Qué pasa?

Pete tomó la linterna y se acercó a la ventana. Abriéndola, enfocó el haz de la linterna sobre el viejo granero. En una esquina del derruido edificio se distinguían… ¡dos ojos verdes que relucían en la oscuridad!

INDIVIDUOS SOSPECHOSOS



De repente sonaron unos golpes en la puerta y Pam y Holly entraron. Los ojos de Holly estaban abiertos y redondos como platos.

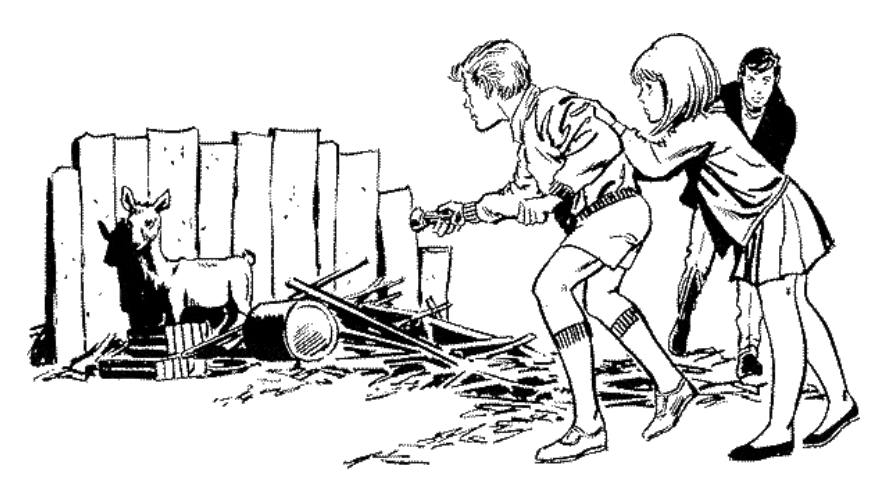
—¿Lo habéis visto? —preguntó Pam con un hilito de voz.

—¡Es un puma peligrosísimo! —declaró Holly.

—Será mejor averiguar qué es —decidió Pete, poniéndose la bata.

Sus hermanos le imitaron y, con Pete abriendo la marcha, los cuatro bajaron en fila india las escaleras y salieron al frío aire de la noche.

A Ricky le castañeteaban los dientes de frío y nerviosismo.



—Puede que haya sido un oso o un lobo que quiera atacar a «Domingo» y las cabras.

—¡Esperad! —ordenó Pete, en voz baja.

Recortándose contra la oscuridad del granero pudieron ver una silueta más oscura. El muchachito rubio enfocó la linterna hacia allí otra vez.

Un pequeño cervatillo se encontraba bajo el círculo de luz.

—¡Un ciervo! —cuchicheó Pam.

—¡Se está comiendo el bagazo! —protestó Holly.

—¡Chist!

Los niños se acercaron con sigilo al animal. El ciervo volvió la testuz; aunque parecía muy cansado, hizo intención de emprender la carrera, pero acabó prefiriendo inclinarse y seguir saboreando el bagazo de manzana.



Pam dio un paso más y rápidamente, pero con mucha suavidad, acarició la testuz del animal. Y entonces fue cuando se dio cuenta de que el animalito llevaba al cuello una cadena con una chapita en la que decía: «Ambrosio, Granja de ciervos Ardina».

—Eres un ciervo travieso —dijo con ternura Pam—. Tendrás que pasar la noche en el granero para que «Ardilla» no tenga que pasarse mañana todo el día buscándote.

Pam tiró del ciervo, apartándole del bagazo para llevarle al granero. Al verles aparecer, «Zip» ladró sonoramente, mientras «Domingo» rebuznaba y balaban las cabras.

Pete tranquilizó al perro y Holly al burro.

—Ricky, trae un poco de bagazo —pidió Pam—. Les daremos a

todos un refrigerio.

El pelirrojo salió a toda prisa y volvió con una cesta llena de residuos de manzana exprimida. Mientras daban puñados de bagazo al burro y al ciervo, Pete y Pam les sujetaron cerca el uno del otro, para que se tomaran confianza. Muy pronto el ciervo y el burro empezaron a comer pacíficamente del mismo cesto, mientras «Zip» saboreaba una galleta que Holly encontró en el bolsillo de su bata.

Pam colocó a «Ambrosio» junto a «Domingo», en el pesebre, ante el que se tumbó tranquilamente «Zip».

Los Hollister salieron, al fin, del granero, y corrieron a la casa. Ricky confesó:

—A mí también me gustaría tomar un refrigerio.

—Y a mí —dijo un vozarrón, desde la cocina, donde se encendió la luz.

En el umbral de la cocina estaba el señor Johnson, cubierto con un albornoz de grandes cuadros rojos.

—Ya estaba a punto de salir a ver qué hacíais —explicó, mientras abría el refrigerador y sacaba de él un pastel de cabello de ángel y una botella de leche—. He oído rebuznar a «Domingo» y me he asomado a ver qué pasaba. Ya me he dado cuenta de que sólo era un ciervo.

—¿Cómo lo ha sabido? —se asombró el pecoso.

—Les conozco bien —repuso el granjero—. Luego he oído crujir las escaleras y os he visto ir al granero.

Después de comer el dulce y sabroso pastel, los Hollister dieron las gracias al señor Johnson y volvieron a la cama.

El sábado, a la hora del desayuno, Pete dijo al señor Johnson que iba a ir Dave y entre los dos le ayudarían a hacer trabajos.

—Bien —dijo el granjero—. Podemos trabajar en el huerto.

—Pero ¿y el paquete que hay en el altillo del granero? —recordó Holly.

El granjero frunció el ceño y repuso:

—No quiero que subáis ahí. Es peligroso. Yo os ayudaré a bajarlo mañana. Además, tenéis que ir a devolver a «Ambrosio».

Aunque estaban impacientes por ver lo que había en el paquete, los Hollister se avinieron a esperar. Cuando Pam, Holly y Ricky salieron de la granja, «Zip» les acompañó, correteando alegremente.

Pam llevaba a «Ambrosio» sujeto por una correa y todos emprendieron el camino a través de los bosques. El ciervo caminaba ágilmente, levantando mucho sus delgadas patas negras.

Cuando pasaron ante el lagar, tía Nettie les dijo adiós desde la puerta de su casa.

Un poco más allá, los Hollister llegaron a una casita de color marrón, situada al final de un caminillo. A un lado había una extensión vallada, con varios cobertizos, en uno de los cuales se veían muchos ciervos con el hocico blanco.

—¡Qué lindos sois! —dijo Holly a los animalitos y corrió a pasar una mano a través de la cerca.

Los ciervos se aproximaron, ladeando sus cabezas cada vez que daban un paso. En aquel momento, «Ardilla» salió de la casa, llevando un cubo de agua.

—¿De modo que habéis encontrado a este tunante? —exclamó —. Llegas a tiempo de desayunar, «Ambrosio».

«Ardilla» acarició repetidamente al ciervo, mientras le llevaba al cercado, y escuchaba a Holly contarle su descubrimiento de la pasada noche.

—Levantó la puerta inferior de la cerca y se escabulló por el agujero —explicó «Ardilla»—. Cuando tenga más terreno le dejaré un espacio amplio para que pueda pastar y así no querrá escaparse.

—Me gustaría que los tuviese usted pronto —dijo Pam.

—Si lo consigo, os lo deberé a vosotros —contestó la joven—. Esta noche voy a ver al señor Johnson para hablar sobre la compra de algunas de sus tierras.

—¡Estupendo! ¡Nosotros estaremos cuando usted vaya! —dijo Holly—. Adiós, «Ardilla».

Cuando volvieron a pasar por el lagar, se detuvieron para saludar a tía Nettie. Durante un rato estuvieron observando cómo la mujer echaba manzanas en la prensa. Luego Ricky dio una vuelta por la gran estancia y asomó la naricilla por la boca de un gran barril.

—¡Canastos! —exclamó a voces, haciéndose oír por encima del ruido de la prensa—. ¡Hay millones de corchos!

Tía Nettie movió afirmativamente la cabeza, sin apartar la vista de la cascada de manzanas.

—Son para las botellas —explicó.

—Pues son muy buenos para poner en las cañas de pescar —comentó el pecoso.

—¿Necesitas alguno? —preguntó tía Nettie—. Puedes coger los que quieras. Tengo muchísimos.

—Gracias —dijo el pequeño, muy contento—. ¡Muchas gracias, canastos!

Y se llenó de corchos los dos bolsillos del pantalón.

Al cabo de un rato los niños dijeron adiós a la dueña del lagar y volvieron a la granja. Cuando llegaron, Pete y Dave se disponían a marchar en sus bicicletas. En el pequeño porta-maletas de la bicicleta de Pete iba un paquete envuelto en papel marrón, por el que asomaba un ala dorada.

Los dos muchachitos pedalearon animosamente y pronto tuvieron, las caras bañadas de sudor. Al llegar al pueblo de Clareton se encaminaron directamente a la plaza mayor.

En el centro se veía la estatua de un soldado y, detrás, un antiguo edificio de piedra en cuya fachada se leía: «Ayuntamiento de Clareton». Los dos muchachos dejaron sus bicicletas apoyadas en la pared del edificio, y Pete cogió el paquete y subió delante de Dave las amplias escalinatas.

En el vestíbulo vieron a un hombre delgado, de mediana edad, con gafas de montura de concha, sentado tras el mostrador de recepción.

Mientras se acercaban a él, Dave dijo a Pete, en un susurro:

—No te olvides de preguntarle si ha oído hablar alguna vez de esa bruja.

El hombre miró a los chicos fijamente por encima de sus gafas.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó.

—Perdone —dijo Pete—, queríamos darle una información.

—¿De qué clase? —preguntó y antes de que los chicos pudieran contestar, añadió—: ¿Qué lleváis ahí?

Pete sacó del paquete el águila sin cabeza.

—¿De dónde la habéis sacado?

—Del asta de la escuela vieja. Podemos explicarle…

—Ponedlo sobre el mostrador y sentaos ahí —ordenó el hombre señalando un banco próximo a una columna de mármol.

Mientras Pete y Dave obedecían, él descolgó el teléfono y habló a media voz, sin apartar la vista de los dos muchachitos.

—No me gusta que nos mire de ese modo —declaró Pete, en voz muy baja.

—Ni a mí —repuso Dave.

Los dos amigos siguieron sentados, pero moviéndose inquietos en el banco, hasta que un policía apareció corriendo por un extremo del vestíbulo. El hombre delgado se puso de pie y señaló a los chicos.

—¡Ahí están! —anunció triunfante—. Ellos deben de ser.

Mientras Pete y Dave se ponían de pie, muy aturdidos, el policía dijo:

—Tendréis que acompañarme, muchachos.

—Pero si nosotros no hemos hecho nada malo… —protestó Pete.

—Tendréis que contestar a algunas preguntas —dijo el oficial—. ¿Cómo habéis conseguido ese águila?

Sin perder tiempo, Pete dijo quiénes eran él y Dave, y explicó que estaban buscando la bruja dorada.

—Si no nos cree, puede usted telefonear a nuestros padres o al señor Johnson. O al oficial Cal Newberry de la policía de Shoreham —concluyó Pete.

El hombre delgado y gafudo fue a su mostrador y marcó un número de teléfono, mientras el policía vigilaba atentamente a los chicos. Pete y Dave estaban muy colorados y nerviosos.

Unos momentos después el recepcionista volvió a acercarse, diciendo:

—Es verdad. El oficial Cal Newberry responde por el muchacho Hollister.

Pete y Dave sonrieron, tranquilizados. El primero preguntó:

—¿No les importa a usted decirnos qué creía que habíamos hecho?

Fue el policía quien respondió, sonriendo:

—La pasada noche, del tejado de una casa deshabitada que hay en la calle Doyster, desapareció una veleta de hierro con la forma de una bruja. Había sido serrada.

El hombre gafudo añadió:

—Por eso, cuando os he oído cuchichear algo sobre una bruja y

he visto ese águila, he creído necesario que se os interrogase.

—¡Zambomba! Pero si nosotros hubiéramos robado el águila no habríamos venido al Ayuntamiento a devolverla —contestó Pete, siempre con muy buenos modos.

—Y si hubiéramos robado la bruja, no habríamos venido a hacer preguntas sobre brujas —razonó Dave.

—Dejaos de tonterías —protestó el flaco—. Consideré que erais individuos sospechosos y se acabó. —Luego se puso muy serio irguiéndose, añadió—: Lo lamento.

Entonces Pete preguntó a los dos hombres si habían oído hablar alguna vez de una veleta en forma de bruja dorada, pero ni el recepcionista gafudo, ni el policía pudieron ayudar a los chicos.

Los dos amigos salieron del Ayuntamiento con amplias sonrisas iluminando sus rostros.

—Dave, siempre he dicho que tú eres un individuo sospechoso —se burló Pete. Pero un momento después se ponía serio y decía—: ¡Zambomba! ¡Esa bruja de hierro podría ser la bruja dorada, pintada de negro!

—Y seguramente el ladrón ha sido Curio-Us —añadió Dave.

Mientras montaban en sus bicicletas, Pete movió de un lado a otro la cabeza, diciendo:

—Éste es un misterio extraño. Si Yagar ha robado esa bruja, y es la bruja dorada, todo ha terminado. Lo más seguro es que no volvamos a ver a Yagar, ni sepamos qué ha sido todo este lío.

Desilusionados, los dos muchachitos volvieron a la granja y pasaron la tarde trabajando en el calabazar. A las cuatro, Dave volvió a montar en su bicicleta para regresar a casa.

Ya había oscurecido cuando, después de cenar, los Hollister fueron al granero para dar de comer a «Domingo», a «Zip» y a las cabras. Volvían los cuatro a la casa, cuando asomó la luna entre las nubes. Pete miró hacia la cuesta por donde se llegaba al pequeño cementerio y se detuvo en seco.

—¡Esperad! He visto algo moviéndose allí.

—¡Canastos! —musitó Ricky, algo inquieto.

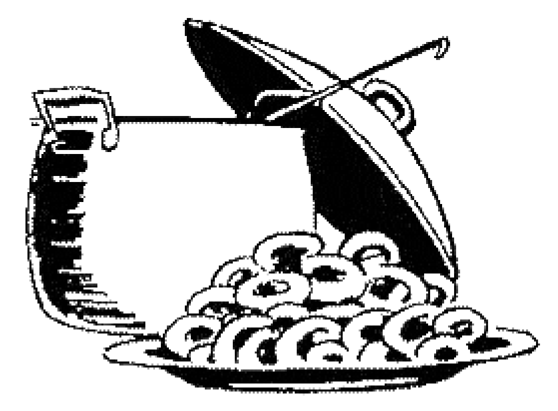
Pero el pecoso fue con los demás, mientras avanzaban sigilosos, escondidos entre las altas hierbas, hasta que estuvieron cerca de la vieja losa. Una extraña silueta se puso en pie y volvió a agazaparse

en el suelo.

A los labios de Pete acudieron dos palabras que no pronunció en voz alta.

«¡Joey Brill!».

RUIDOS EN LA NOCHE



Tendidos en el suelo, los Hollister atisbaron a través de las hierbas, y esperaron. Otra vez asomó la cabeza de Joey y junto a él apareció Will Wilson. Los dos chicos empezaron a hablar en cuchicheos.

—¿Cuándo crees que vendrán? —preguntó Will.

—Me parece que de un momento a otro. ¡Qué susto vamos a dar a los Hollister!

—¿Y cómo sabes que pasarán por aquí? —preguntó Will.

—Ya te lo he dicho —contestó Joey, impaciente—. Ricky dijo que, después de la cena, irían a dar de comer a los animales. Y estuvo presumiendo de que pasarían por aquí sin tener ningún miedo.

Pete, Pam y Holly fueron volviendo las cabezas, en silencio, para mirar a su hermano. El pecoso se había puesto rojo como una remolacha.

—Apuesto algo a que no vienen por aquí —declaró Will—. Yo creo que debemos irnos.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tienes miedo?

—¡Qué voy a tener miedo! —repuso Will, con voz temblorosa.

Pete se apresuró a acercar los labios al oído de Pam y susurrarle un plan.

—Dilo a los demás —concluyó.

Unos momentos después, los cuatro Hollister avanzaban sigilosamente, en círculo, a través de las altas hierbas, para colocarse a espaldas de Joey y Will.

Pete arregló su chaqueta de modo que le cubriese la cabeza, y se arrastró hasta la losa de Adam Cornwall.

—¿Qué ha sido eso? —musitó Will—. He oído algo.

—¡No seas tonto! —rezongó Joey.

Holly dejó escapar un quejido.

Will se agarró, angustiado, al brazo de Joey y los dos chicazos miraron a su alrededor con ojos desorbitados.

—Esta vez estoy seguro de que he oído algo —tartamudeó Will —. Ha sido detrás de nosotros.

Pam imitó el ulular del búho al tiempo que Ricky daba un gruñido. En el momento en que los dos chicos se volvían en redondo, la cosa sin cabeza se elevó por detrás de la losa, agitando amenazadoramente los brazos. La luz de la luna lo iluminaba todo perfectamente.

Dando grandes gritos de terror, Joey y Will echaron a correr. Joey tropezó en la pequeña cerca y cayó de bruces, mientras Will cruzaba la cerca de un salto y seguía corriendo sin volverse a mirar.

Dando gritos suplicantes, para que su amigo le esperase, Joey logró por fin, ponerse en pie, y huyó a toda velocidad, en la oscura noche.

Los Hollister se pusieron de pie, riendo alegremente.

—¡Oooh! —exclamó Holly—. Ha sido divertidísimo.

—Yo casi me atraganto, de tanto aguantar la risa —dijo Pam.

Pete bajó la chaqueta desde su cabeza y encajó bien los brazos en las mangas, mientras decía:

—¡Ha sido algo grande! El pobre Joey se ha asustado de verdad.

Muy alegres por el éxito conseguido, los Hollister se volvieron de frente al aire cortante de la noche y regresaron a la casa. Al llegar vieron un pequeño coche deportivo, de color amarillo, en el patio.

—¡Canastos! ¡Qué bonito! —dijo Ricky, admirativo—. Me

gustaría conocer a la persona que tiene un coche así.

En la cocina encontraron a «Ardilla» sentada a la mesa con el señor Johnson, y mirando un mapa de la granja.

—¿Es de usted ese coche, «Ardilla»? —preguntó Pam.

Y cuando la joven contestó que sí, Ricky declaró:

—Sabe usted elegir las cosas bonitas… para ser una chica.

—Vaya, vaya —dijo, burlona, la señora Johnson—. ¿Qué haríais los hombres, sin las chicas? —Y después de mirar una sartén que humeaba en el fuego pidió—: Pam, Holly, venid y ayudadme; haremos unos buñuelos.

La mujer del granjero dio a las niñas unos delantales y luego extendió un gran pliego de papel blanco sobre la mesa inmediata al fogón. A Holly le entregó un gran bote de metal, con la parte superior llena de agujeritos.

—Tú eres la encargada de azucarar los buñuelos —dijo la señora Johnson.

Holly cogió el bote por el mango para estar preparada.

Pam se sentó ante una mesita más pequeña, al otro lado del fogón. Allí había una bandeja, llena de bolas de masa, y una alambrera en forma de cazuela, casi tan ancha como la sartén.

—Pon unas ocho bolas de masa en la alambrera cada vez —indicó la señora Johnson.

Cuando los buñuelos estuvieron dorados y crujientes, la granjera sacó la alambrera y volcó su contenido en el papel extendido ante Holly. Nueve veces se llenó la alambrera de buñuelos.

Cuando los últimos buñuelos estuvieron fritos y espolvoreados con azúcar, las tres cocineras se encontraban sonrojadas por el calor de la lumbre, y la naricilla de Holly estaba cubierta de azúcar como si se tratase de un buñuelo más.

—Hay seis docenas —anunció la pequeña—. Los he contado.

—¿Cuándo comeremos alguno? —indagó, en seguida, el goloso de Ricky.

—En cuanto se hayan enfriado —prometió la señora Johnson.

—Haremos una celebración con buñuelos —dijo el señor Johnson que se dirigió a su esposa para explicar—: Amí, he acordado con la señorita venderle los pastos próximos a la carretera.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó «Ardilla»—. Allí podré levantar una casa y tendré más espacio para los animales.

—Me parece muy bien —dijo la señora Johnson—. Nos encantará tenerla a usted por vecina.

«Ardilla» estaba entusiasmada.

—Mi abuelo se pondrá muy contento. Ahora podrá venir a vivir conmigo y me ayudará en el trabajo de la granja. Al pobre no le gusta el trabajo de la fábrica, desde que dejó de ser una fundición.

Al escuchar esto, los Hollister aguzaron el oído.

—¿Dónde trabaja su abuelo? —preguntó Pete a la joven.

—En la fábrica de artículos de papel. Se llama Josiah Applegate.

—¡Pero si nosotros le conocemos! —exclamaron a un tiempo Pete y Pam.

Entre los dos explicaron cómo habían conocido al guarda nocturno, haciendo averiguaciones sobre la bruja dorada.

«Ardilla» sonrió, comentando:

—¡Conque la bruja dorada!

—¿Sabe usted algo de eso? —preguntó Pete, muy nervioso.

—Lo he sabido toda mi vida —repuso «Ardilla», riendo.

Viendo que los niños le dirigían un torrente de preguntas, sin darle tiempo a responder a ninguna, «Ardilla» extendió una mano, pidiendo:

—Calma, calma. Yo os diré lo que sé. Hace años, mi abuelo trabajaba en la fundición y solía hablarnos a mis primos y a mí de una veleta especial, en forma de bruja dorada. La persona que la encargó tenía la intención de ocultar en el interior de la veleta un objeto de mucho valor. Las veletas son huecas por dentro, ya lo sabéis.

—¿Qué era ese objeto? —preguntó Holly.

—Nadie en la fábrica lo supo. Cuando llegó el momento de meter el tesoro y soldar las dos mitades de la figura de hierro, un obrero hizo el trabajo en secreto.

—¿Quién era ese obrero? —preguntó Pete.

—Nunca supe su nombre, pero recuerdo que el abuelo nos habló de que había muerto.

La pregunta siguiente la hizo Pam.

—¿Quién encargó esa bruja?* Eso es lo más importante.

—Lo siento, pero tampoco lo sé —repuso «Ardilla».

—No me extraña que Yagar quisiera encontrar la veleta —comentó Ricky—. Seguramente sabía lo del tesoro.

—Puede que ahora ya tenga en sus manos la veleta —dijo Pete, sombríamente—. Si la bruja de hierro que han robado en Clareton era la del tesoro, ya podemos olvidarnos de todo este asunto.

—Pero, como no lo sabemos, debemos seguir buscando —dijo Pam, no queriendo perder las esperanzas.

—No tenemos ninguna pista —se lamentó Ricky—. ¿Cree usted que los buñuelos ya estarán fríos, señora Johnson?

—Algunos lo estarán.

A los pocos minutos la granjera colocaba sobre la mesa una gran bandeja de buñuelos, mientras Pam servía vasos de leche fría.

—¡Hamm! ¡Qué bueno! —murmuró Ricky, dando un gran bocado a uno de los dorados buñuelos.

De repente, «Ardilla» dejó a medio comer un buñuelo y abrió enormemente los ojos.

—¡Lo había olvidado! —exclamó—. A lo mejor yo puedo daros una pista. ¡Los archivos de la fundición!

—¡Diga! ¡Diga! —pidió Pete.

«Ardilla» prosiguió:

—Cuando la compañía Bennet cerró, mi abuelo encontró una parte de los archivos que se había dejado el contable. Mi abuelo escribió a los Bennet, para decírselo, pero le contestaron que podía tirar todos los documentos. Como el abuelo no le gusta tirar nada, dejó en casa aquellos archivos. Ahora están en mi buhardilla.

Pete y Pam ya se habían puesto en pie, dispuestos a trabajar.

—¿Podemos ir ahora mismo a mirar? —preguntó Pam.

—Ahora ya es demasiado tarde —objetó la señora Johnson—. Tal vez mañana…

—Mañana no estaré en casa hasta después de la cena —dijo «Ardilla»— pero entonces os esperaré.

Todos salieron al porche para despedir a «Ardilla», que subió al coche. El motor empezó a runrunear y la joven dijo adiós a todos con la mano, y a los pocos momentos «Ardilla» desaparecía.

Estaban entrando en la casa, cuando Ricky dijo:

—¡Escuchad!

Desde el granero se oía el balido insistente de las cabras.

—Alguna cosa las habrá puesto nerviosas —dijo la señora Johnson—. Entremos, hace frío.

Cuando volvieron a estar en la cocina, Holly tomó otro buñuelo y quedó pensativa. Ella estaba allí, en una cocina acogedora y caliente, comiendo sabrosos buñuelos, mientras en el granero estaban sus amigos los animales, sin ningún mimo ni trato especial.

—Puede que las cabritas tengan hambre. Y también «Zip» y «Domingo». ¿Puedo salir a ver cómo están? —se atrevió a pedir, al fin, a la señora Johnson.

—Claro que sí. Enciende la luz del porche.

Cuando Holly acabó de abotonarse la chaqueta azul, la esposa del granjero le dio unos cuantos buñuelos en una bolsita y añadió:

—No olvides cerrar bien la puerta del granero cuando vuelvas, Holly.

La niña salió de la casa y corrió al granero. «Zip» se acercó a saludarla y las cabras dejaron de balar. Holly dio a cada una de las cabras un trocito de buñuelo y los restantes los repartió entre «Domingo» y «Zip».

El perro pastor restregó cariñosamente su testuz contra su dueña, mientras ella acariciaba a «Domingo» detrás de las orejas.

—Buenas noches, guapitos —se despidió la niña.

«Zip» la acompañó hasta la puerta. Al abrirla, Holly oyó movimientos en la oscuridad, cerca del corral de las gallinas.

—Ven conmigo, «Zip» —dijo en voz bajita.

El hermoso perro corrió al lado de Holly, que cruzó el patio a toda prisa y entró en la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pete.

—Creo que hay alguien escondido junto al corral —dijo Holly, sin aliento.

—Eres una gatita miedosa —se mofó Ricky.

—Te digo que hay alguien escondido —insistió Holly.

—¡Chicas! —dijo Ricky, despectivo y dándose mucha importancia—. Siempre les da miedo la oscuridad.

—Señora Johnson, ¿puede permitir que «Zip» duerma esta noche en nuestra habitación? —pidió Holly—. Me parece que… que el pobre se siente solo.

—Puede quedarse con vosotros, hijita.

Media hora más tarde, Pam y Holly estaban bien abrigadas en la cama y el perro descansaba junto a ellas, en el suelo.

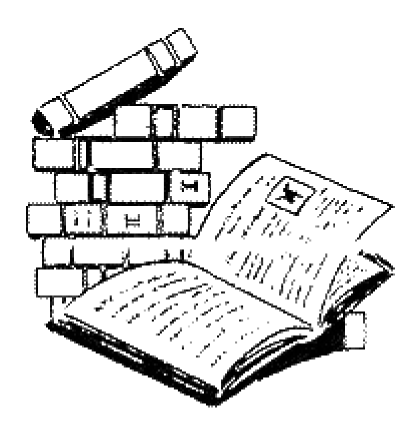
Pero, súbitamente, a media noche, «Zip» empezó a ladrar.

—¡Chist! —ordenó Holly—. Acuéstate y calla, no despiertes a todo el mundo.

«Zip» aulló débilmente, pero en seguida obedeció y todo quedó silencioso hasta el amanecer. A la mañana siguiente, cuando los niños fueron a dar de comer a los animales, Pete encontró la puerta del granero entreabierta.

—¡Mirad! —gritó, acercándose a toda prisa a los pesebres—. Falta una de las cabras.

UN MONTÓN DE LIBROS



—Holly, no debiste dejarte la puerta abierta anoche —reprendió Pete a su hermana.

—¡Te aseguro que no la dejé abierta!

—Entonces, ¿cómo ha podido desaparecer la cabra? —preguntó Ricky.

—En lugar de discutir, yo creo que lo que hay que hacer es buscar a ese animal —dijo, sensatamente Pam.

Mientras Holly y Ricky miraban alrededor del granero, Pete y Pam subieron por la ladera cubierta de escarcha, hasta el principio de los bosques. Abajo, a lo lejos, varios patos se movían lentamente en las aguas de la pequeña laguna, camino de la orilla, donde se elevaban grandes sauces. Cantó sonoramente un gallo, y Pete y Pam se detuvieron a escuchar; hacía tanto frío que el aliento se transformaba en vapor, al salir de sus bocas.

Un momento después pudieron ver a Ricky y Holly apareciendo por la esquina del granero. Los dos pequeños iban abrigados con sus chaquetas rojas y azules. Casi al mismo tiempo que los pequeños, en la ladera se vio aparecer una silueta, corriendo.

—¿Qué es eso? —preguntó Pete.

—La cabra.

—Mira. Ricky está señalando la laguna.

—No puedo ver nada —repuso Pam, guiñando los ojos para protegerse del sol.

Pete y Pam corrieron ladera abajo, llegando a la laguna unos momentos después de que lo hicieran Ricky y Holly.

—Los ruidos sonaban aquí —dijo el pecoso, rascándose la cabeza —. Pero ¿dónde está la cabra?

En aquel momento, el balido sonó directamente sobre las cabezas de los Hollister. Asombrados, los niños levantaron la cabeza y pudieron ver a un cabritillo, atado en una rama, a varios palmos del suelo.

—¡Oh! —murmuró Pam, compasiva—. ¡Pobrecito!

Con la ayuda de Ricky, Pete trepó y desató al animal. Luego, con todo cuidado, tendió el animalito a los tres pares de brazos levantados en alto.

—Hay una nota en su collar —dijo Pam, mientras dejaba al animal en el suelo. Entonces desdobló el papel y leyó el siguiente mensaje, mal garabateado—: «Esto es lo que os habéis merecido por asustarnos».

—¡Han sido Joey y Will! —exclamó Ricky—. Debieron de oírnos reír, después de que les gastamos la broma.

—Por eso los animales estaban tan alborotados anoche —dijo Pete—. Joey y Will debieron de estar husmeando por el granero, antes de llevarse el cabrito.

—Joey no pudo esperar mucho para vengarse —fue el comentario de Pam, mientras conducía al animal hasta el granero.

—Para él cualquier cosa es un motivo del que tiene que vengarse —dijo Ricky—. ¡Pero nosotros le enseñaremos!

Después de dar de comer a los animales, los Hollister se cambiaron de ropa y fueron a la iglesia con los Johnson. Más tarde, Pete, que estaba sentado, permaneció un largo rato silencioso. Pasado un tiempo, se decidió a decir:

—Señor Johnson, creo que si Pam y yo fuésemos hoy a Clareton nos enteraríamos de si merece la pena seguir buscando la bruja dorada.

—¿De qué modo?

—Si Yagar fue quien aserró la veleta negra, seguramente no tardó en averiguar si dentro estaba o no el tesoro.

—¿Quieres decir que rompería la bruja allí mismo? —preguntó el granjero.

—Es una buena deducción, Pete —afirmó la señora Johnson, admirativa—. ¿Quieres más pastel de chocolate, Ricky?

El señor Johnson golpeteó suavemente la cucharita contra la taza de té y dijo, pensativo:

—¿Crees que los trozos de la veleta estarán caídos cerca de donde fue robada?

—Sí. Y, si los encontramos, veremos si ésa era la bruja dorada, pintada de negro. Si lo es, el tesoro ya lo tiene Yagar.

—Pero, si no es más que una bruja de hierro —intervino Pam—, podemos seguir buscando.

Holly arrugó el entrecejo.

—¿Y qué hacemos con el paquete misterioso del granero? —preguntó—. ¿Cuándo vamos a ir a buscarlo?

—¡Canastos! —gritó el alborotador Ricky—. Nos habíamos olvidado de eso.

—Vosotros sí, pero yo no —declaró Holly, echando hacia atrás la cabeza con aire de superioridad.

—No hay problema —dijo la señora Johnson—. Yo llevaré a Pete y Pam a Clareton, mientras los demás vais a ver qué contiene ese paquete misterioso.

Media hora más tarde, la señora Johnson aparcaba su coche en la calle Doyster. Pete y Pam cruzaron hasta el terreno cubierto de hierba, que bordeaba la casa de la esquina.

Pam observó una fuerte enredadera que llegaba casi hasta el tejado.

—Por ahí debió de trepar el ladrón —dijo.

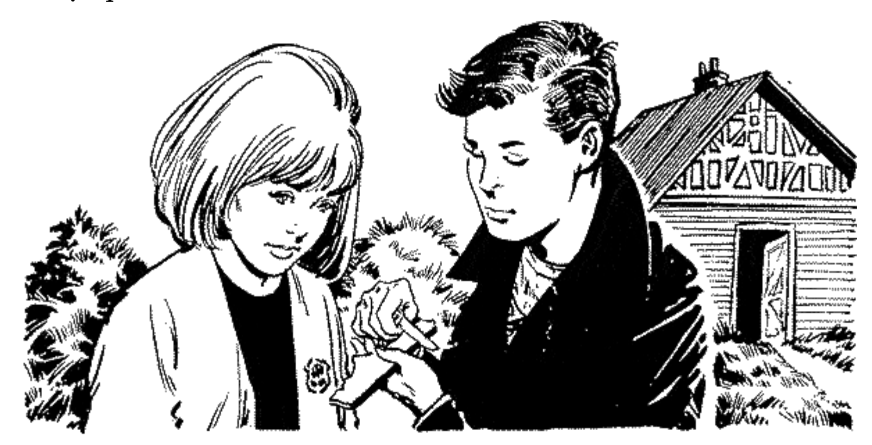
Mientras la señora Johnson se quedaba en el coche, mirándoles, los dos hermanos avanzaron entre la hierba, hasta llegar a un seto desde el que pasaron al patio interior. Tampoco dentro había nadie.

Pete y Pam caminaron de arriba abajo y de abajo arriba, como perros de caza siguiendo la pista de un conejo. De pronto, Pam distinguió una pieza de negro hierro en el suelo.

—¡Es la mitad de la figura de una bruja! —anunció alegremente,

sosteniendo en alto la pieza encontrada.

—¡Aquí está la otra mitad! —anunció Pete.



El chico sacó un cortaplumas de su bolsillo y arañó la superficie de la veleta. Pero, aunque repitió los arañazos en varios lugares, no apareció ningún color dorado por parte alguna.

—¡Tenemos que seguir buscando el tesoro! —exclamó Pam con alegría.

Y los dos hermanos bailotearon grotescamente, como dos indios salvajes. Después de entregar los dos trozos de la veleta de hierro en el ayuntamiento, ambos detectives volvieron a la granja con la señora Johnson.

Allí encontraron a Ricky, Holly, «Zip» y el granjero sentados en la sala en medio de un montón de periódicos viejos. Holly tenía en su regazo un gran libro de recortes de periódico.

—¡Todo esto es lo que había en el paquete! —anunció Ricky.

El pequeño sostenía en alto un periódico amarillento, donde se leía este encabezamiento: «Lindy vuela sobre el océano».

—Adam Cornwall coleccionaba periódicos con títulos de noticias históricas —explicó el granjero, poniéndose en pie.

—Y éste es un libro con recortes de periódico —dijo Holly—. Hay muchos recortes que hablan de los barcos en que el señor Cornwall viajó.

—Cornwall era marinero —dijo el granjero.

—¿Habéis encontrado alguna pista? —preguntó Pete, arrodillándose junto a sus hermanas.

Holly sacudió la cabeza, indicando que no.

—No hay nada que hable de tesoros, ni de brújulas voladoras —contestó.

—Escuchad esto —pidió Pam, empezando a leer en voz alta un recorte de periódico, en el que explicaba que el marinero se había lanzado a las aguas, infestadas de tiburones, del Océano Indico, para salvar a un hombre que se estaba ahogando y que resultó ser un maharajah.

—¡Canastos! Eso es como un rey, ¿verdad? —preguntó Ricky.

—Adam Cornwall debió de ser un hombre muy valiente —comentó Pete—. Y ese maharajah tuvo suerte.

—¡Y qué suerte! —contestó Pam, que contó lo que les había ocurrido aquella mañana.

—Y puede que encontremos una buena pista en casa de «Ardilla», esta noche —dijo Holly, mientras con los demás recogía los periódicos y recortes.

Esto recordó a Pete que debía llamar a su padre para decirle que fuese a buscarles a las nueve a la granja de ciervos, en lugar de ir a casa de los Johnson.

Después de una cena deliciosa, la señora ayudó a los niños a sacar al porche sus maletines.

«Zip» siguió a sus amos, moviendo alegremente la cola.

—Señora Johnson, ¿podría llevarme a «Zip» a hacer una pequeña visita a casa? —pidió Holly.

—Naturalmente. Puedes llevártelo.

—Lo traeremos mañana —prometió la niña, mientras «Zip» saltaba al asiento trasero del coche de los Johnson.

—¿Podremos llevarnos también algunas manzanas al lagar? —preguntó Ricky.

Le contestaron que podía llevarlas.

En casa de «Ardilla», el porche estaba encendido y la joven llevó a sus visitantes a su coquetona salita.

—Quitaos las chaquetas y nos pondremos a trabajar sobre ese misterio vuestro —dijo «Ardilla», señalando una hilera de libros, colocados en un ángulo del escritorio—. Los he sacado de la buhardilla esta mañana.

Cada uno de los Hollister tomó un grueso libro y empezó a

buscar alguna anotación indicadora de que la fundición había recibido el encargo de fabricar una bruja dorada.

—¡Ojalá supiera yo cuándo fue hecha! —dijo «Ardilla»—. Pero no lo sé. De modo que tendremos que mirar libro tras libro, hasta que encontremos lo que nos interesa.

—¡Zambomba! Esta caligrafía de hace años es difícil de entender —dijo Pete.

Encontraron varias entradas de cobros hechos sobre brujas de hierro, pero ninguna hablaba de una veleta cuya bruja tuviese un baño de oro. Estuvieron largo rato hojeando libros y libros, hasta que se empezaron a fatigar.

De pronto, el silencio que todos guardaban quedó roto por un sonoro ladrido de «Zip», que corrió a la puerta.

—¿Qué le pasará? —se extrañó Pete.

—Puede que haya alguien fuera —dijo «Ardilla».

Pam levantó la cabeza del libro, arrugó la frente, y volvió a la lectura. Sus hermanos y «Ardilla» acudieron junto a «Zip», pero Pam siguió enfrascada en el libro de entradas, donde intentaba descifrar una extraña escritura.

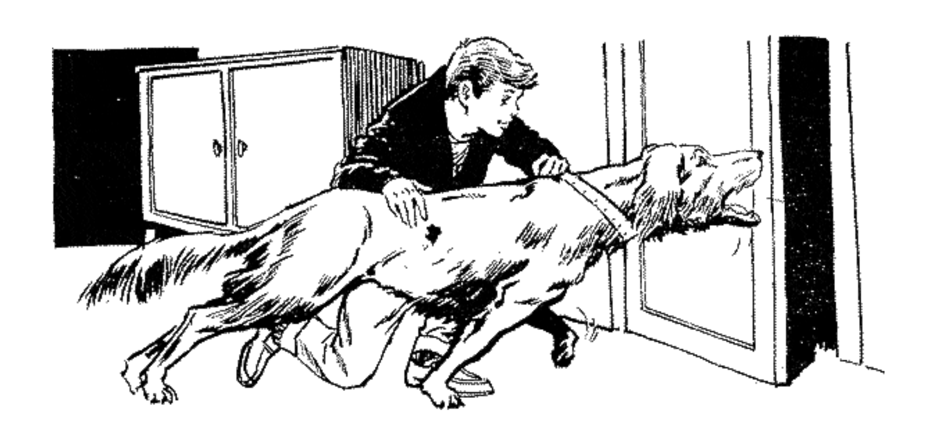
Pete sujetó a «Zip» por el collar, mientras «Ardilla» abría la puerta. La luz de la sala iluminó un trecho del exterior, pero el resto estaba envuelto en sombras. «Zip» dio un salto hacia delante y gruñó, agresivo.

—Suéltale —pidió el pecoso a su hermano mayor—. Si hay alguien escondido, «Zip» le encontrará.

—¡No! —protestó Holly—. ¡Podrían hacerle daño al pobre «Zip»!

Antes de que el pelirrojo pudiera contestar, se oyó gritar a Pam:

—¡La bruja! ¡Aquí está! ¡Lo he encontrado!



NADIE EN CASA



Al oír las palabras de Pam, «Ardilla» y los otros giraron sobre sus talones, mudos de asombro.

—¡Aquí está! —siguió gritando Pam—. ¡La anotación de la venta! La bruja dorada la compró un hombre que se llamaba Fineas Mazorca, de Shoreham.

—¡No nos gastes bromas! —dijo Ricky, acercándose.

—¿Fineas, qué? —preguntó Holly, mientras se sentaba en cuclillas, junto a su hermana.

—Fineas Mazorca —repitió Pam—. Mirad aquí.

Con letra enrevesada y de rasgos muy delgados estaba registrada en el libro de entradas la venta de una bruja con un baño dorado; debajo se veía otro cobro especial por el trabajo de encerrar un objeto en la veleta.

—¡Es esto! ¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡No podíamos haber encontrado una pista mejor!

—Puede que Fineas Mazorca ya no viva, pero podríamos encontrar a alguien de su familia —dijo Pam—. ¿Conoce usted a algún Mazorca, «Ardilla»?

—No, pero quizá mi abuelo sí. Se lo preguntaré cuando le vea, el

martes.

—¿No está en casa, todavía? —preguntó Holly, impaciente, mirando al teléfono colocado en una mesita cercana.

La joven explicó que su abuelo no regresaba hasta el lunes por la noche.

—Y hasta el martes por la mañana no podré hablar con él.

—Está bien —dijo Pete—. Nosotros empezaremos a trabajar ahora mismo sobre esa pista, si usted nos permite que usemos su teléfono.

—Claro que sí. Entre tanto, os prepararé algo para tomar.

La amable joven desapareció en la cocina y, cuando volvió con galletas y leche, Pete estaba en el escritorio, rodeado de sus hermanos.

—Hemos encontrado cuatro Mazorcas en el listín telefónico —anunció Pam.

—Pete ya ha llamado a dos, pero ninguno era el que nosotros buscamos —explicó Ricky.

—¡Chist! —dijo Holly, viendo que Pete pedía silencio—. Está comunicando con otro.

Todos escucharon sin aliento, mientras el mayor de los Hollister preguntaba si el que contestaba era de la familia de Fineas Mazorca. Se oyó una risa al otro extremo del hilo, luego una contestación áspera y por fin el auricular al ser colgado violentamente.

—¿Qué te han dicho? —inquirió, inmediatamente, Holly.

Pete hizo un gesto de malhumor al contestar:

—Ha dicho: «Aquí no vive ningún Fineas Mazorca, pero tenemos a su hermano, Mazorca de Maíz».

Todos prorrumpieron en exclamaciones de descontento.

—¡Qué bromista tan pesado!

—Querrás decir tan «panochoso» —se burló Holly, intentando hacer cosquillas a su hermano.

Los dos corrieron alrededor de una silla, riendo, divertidos.

—Basta ya —reprendió Pete—. No hemos solucionado nada todavía.

—Aún falta un número —les recordó Pam—. Ése puede ser el que buscamos.

Pete hizo otra llamada telefónica, pero esta vez nadie contestó.

—Tendremos que probar mañana, otra vez —dijo el muchachito, mientras colgaba.

—Creía que estábamos muy cerca del final y ahora me parece que está muy lejos —dijo Pam, con un suspiro—. Es muy difícil esperar.

Mientras los cuatro hermanos comentaban cuál podría ser el tesoro escondido en la veleta, «Ardilla» les hizo comer pastelillos de avena mojados en leche. Acababa Ricky de saborear el último pastelillo «extra» cuando llegó el señor Hollister en la furgoneta.

A la mañana siguiente, Sue fue la primera en bajar a desayunar. Después apareció Holly que corrió a abrazar a su hermanita.

—¿Habéis hecho mamá y tú un vestido para la fiesta?

—Sí, claro —contestó Sue.



—Vamos a verlo.

—Lo hemos quemado.

—Vamos, Sue —dijo Pam, mientras subía a su hermanita en volandas para sentarla en la silla—. Ya sabes que no es verdad.

—Sí, es verdad. Sí, es verdad —insistió la pequeña—. Lo hemos quemado, ¿verdad, mamita?

—Verdad —asintió la madre—. Hasta el último trocito.

—¿No os gustó? —preguntó Ricky, arrugando con incredulidad su nariz pecosa.

—Nos gustó mucho —aseguró la señora Hollister, mientras colocaba sobre la mesa, una fuente llena de tostadas con

mantequilla—. Y ya podéis dejar de hacer preguntas, porque no vais a enteraros de nada más.

—Bueno… —rezongó Ricky, sin el menor enfado—. Tiene que ser alguna broma. Seguro.

Pero Sue no hizo más que sonreír dulcemente.

Camino del colegio, los cuatro hermanos no hacían más que pensar en lo que podía querer decir aquel juego de palabras de la hora del desayuno.

Cuando llegaron al patio del colegio, vieron que Joey Brill y Will Wilson les estaban esperando en la esquina del edificio.

—¡Eeeh! —llamó Joey—. Queremos deciros una cosa.

—Pero es posible que nosotros no queramos oír esa cosa — replicó Pete, fríamente.

—Deberíais estar avergonzados por haber atado aquel pobre cabrito al árbol —les reconvino Pam, muy seria.

—¿No sabéis acaso aguantar una broma? —preguntó Will, con una sonrisa burlona.

Holly, roja dé indignación, repuso:

—No es ninguna broma hacer daño a un pobre animal.

—Bueno. Es una lástima, porque lo que queríamos deciros es que habíamos decidido ir a vuestra fiesta —dijo Joey.

—Eso es —añadió Will—. Creímos que seríais más tratables.

Tomados por sorpresa, los Hollister miraron a los camorristas con incredulidad. Al fin, fue Pam la primera en hablar para decir:

—Está bien. Os invitamos y no vamos a rectificar.

—Pero os lo advierto —añadió Pete, muy serio—. Nada de bromas pesadas.

Más tarde, durante el recreo, Pam y Holly contaron a Ann Hunter lo que les había sucedido en la granja y la sorpresa que habían tenido al saber que Joey y su amigo aceptaban la invitación.

—Ann, ¿por qué crees tú que esos chicos habrán cambiado de idea? —preguntó Pam.

—No lo sé. A lo mejor Jeff sabe algo. Ahí está. ¡Eh, Jeff!

El niño se acercó a ellas y contestó en seguida a la pregunta de su hermana.

—Claro que lo sé. Joey y Will quieren ir a la fiesta porque Jimmy Cox les ha dicho que habría regalos para todos.

—¿Y por qué ha dicho eso? —preguntó Pam, empezando a preocuparse.

—No lo sé. Yo lo único que le dije a Jimmy es que el padre de Holly iba a regalar cuchillos de explorador a todos los chicos.

—¡Cuchillos de explorador! —repitió Holly, furiosa y roja como un tomate maduro—. ¡Yo no te he dicho nunca eso, Jeff! Sólo te contesté: Ya veremos.

—Cómo se exageran las cosas en cuanto las repiten dos personas —murmuró Pam, malhumorada.

Al mediodía, los Hollister corrieron a su casa, impacientes por llamar al número con el que no pudieron comunicar la noche anterior. Esta vez había en casa una mujer que dijo a Pam que no había nadie con aquel nombre en su familia.

—Tenemos un Felipe y un Francisco —dijo con voz risueña—, pero sintiéndolo mucho, no tenemos ningún Fineas.

—Gracias —dijo Pam. Y colgó. Se volvió a sus hermanos con el ceño fruncido, para decir—: Tiene que haber otros Mazorca en Shoreham. Podemos preguntar a tía Nettie y a los Johnson si conocen a alguien con ese apellido.

Después del colegio, los primeros en volver a casa fueron Ricky y Holly, deseosos de llegar cuanto antes a la granja. Cuando, un poco después llegaban Pete y Pam, encontraron detenido, a la entrada de la casa un coche de la policía. Ricky y Holly estaban apoyados en la ventanilla del conductor.

—¡Zambomba! ¿Qué habrá pasado? —exclamó Pete.

Él y Pam se acercaron al coche y vieron que la persona con quien hablaban los pequeños era su amigo, el oficial Cal.

—Ya me he enterado de que estuviste a punto de ser arrestado en Clareton —dijo el policía, sonriendo.

—Ya lo creo. Gracias por responder por mí.

—Le hemos contado todo lo de los archivos viejos al oficial —anunció Holly.

Y Pete preguntó al policía:

—¿Conoce usted a alguien que se llame Mazorca?

—Conozco a dos solteronas con ese apellido. Viven a una milla más arriba del lagar de tía Nettie.

—¡Es estupendo que usted las conozca! —dijo, con alegría, Pam

—. Seguro que no tienen teléfono.

El oficial contestó que no y luego se ofreció a llevar a los niños a la granja en su coche, ya que tenía que hacer un viaje en aquella dirección. Pete y Pam corrieron a la casa a dejar sus libros.

Al verles marchar, la señora Hollister dijo:

—En el vestíbulo hay una botella de sidra vacía. Hacedme el favor de devolvérsela a los Johnson.

Pam llamó a «Zip» y todos entraron en el coche de la policía. Cuando los cuatro hermanos estuvieron instalados en el vehículo, el oficial Cal sonrió, diciendo:

—Es una suerte que hoy no viaje en motocicleta.

Durante el trayecto, los Hollister pusieron al corriente al policía de todas las pistas que habían encontrado. El oficial les escuchó con mucha atención y, finalmente, dijo:

—Procuraremos localizar de nuevo a ese Yagar.

—Yo pienso que a lo mejor vuelve a ponerse en contacto con nosotros —dijo Pete.

—Espero que no —fue la contestación del oficial—. Puede ser un hombre peligroso. Bueno. Ya hemos llegado a la granja.

Los niños encontraron al señor Johnson en el granero, colocando un montón de botellas de sidra, vacías, en el carro de «Domingo». «Zip» ladró alegremente, saludando al burro, y luego corrió al prado, con las cabras.

Mientras ayudaba al granjero a cargar sacos de manzanas en el carro, Pete explicó al señor Johnson que deseaban hacer una visita a las señoritas Mazorca y le dijo por qué motivos.

Mientras Pam metía su botella de sidra en una de las alambreras para botellas, el granjero repuso:

—Está bien. Podéis visitarlas, pero sin entreteneros mucho.

Los niños subieron al carro, el señor Johnson dio una palmadita a «Domingo»; y carro, burro y niños se pusieron todos en camino.

Mientras el carro traqueteaba por el caminillo, a través de los árboles, Holly dijo alegremente:

—¡Pronto sabremos dónde está la bruja dorada!

—No estés tan segura —le aconsejó Pete—. Puede que éstos no sean los Mazorca que buscamos.

Pero la verdad era que también él se sentía emocionado con

aquella nueva pista.

Cuando llegaron al lugar, Pete y Ricky transportaron las cestas de manzanas al cobertizo, mientras Pam y Holly se encargaban de descargar las botellas vacías y llevarlas al interior del edificio. Allí estaba tía Nettie, con la blusa remangada, llenando botellas con la sidra de un gran barril.

—¡No puedo entretenerme! —dijo a gritos—. Tengo dos docenas más de botellas por llenar. —Colocó una botella bajo la espita del barril, la abrió y brotó un chorro de dorada sidra—. Me alegra que me hayáis traído botellas vacías.

—Y manzanas también —informó Ricky.

—Bien —contestó la mujer con su voz de trueno—. ¿Os apetece tomar un poco de sidra? Tomad aquellos cubiletes grandes que están en la estantería.

—Gracias, pero no podemos quedarnos —dijo Pam.

Pero Ricky no quiso perderse la sidra.

—Yo me quedo —declaró, yendo a buscar un cubilete.

—Y yo también —dijo Holly, caminando tras el pecoso—. ¿Podemos ayudarle a llenar botellas, tía Nettie? A mí me gustaría mucho abrir ese grifo.

Quedó acordado que los dos pequeños se quedasen a trabajar con tía Nettie, mientras que Pete y Pam irían a casa de las señoritas Mazorca.

—La encontraréis fácilmente —dijo tía Nettie, que estaba llenando el cubilete de Holly—. Es una casa pintada de verde oscuro, con las persianas blancas, que se encuentra a la izquierda del camino. Hay una granja al lado.

—¡Qué raro que «Ardilla» no supiera nada de las Mazorca! —comentó Ricky, con los ojos fijos en el cubilete que se estaba llenando.

—Ricky se refiere a la señorita Ardina —explicó Pam a tía Nettie.

—Es que la pequeña Ardina se crió al otro lado de Shoreham —contestó la amable mujerona—. Hace sólo seis meses que vive aquí. Además —añadió tía Nettie, con una risilla—, las hermanas Mazorca son muy reservadas.

Pete y Pam se marcharon a toda prisa, preguntándose cómo

serían aquellas hermanas. Pete cogió las riendas de «Domingo» y, en cuanto hubieron recorrido una milla, vieron la casita verde. Pete detuvo al burro frente al porche y él y su hermana se acercaron a la puerta.

Cuando Pete levantó una mano para oprimir el timbre, una voz gritó:

—¡Fuera!

Pete y Pam intercambiaron miradas de perplejidad. La voz parecía llegar desde detrás de los visillos de la ventana inmediata a la puerta. Pam se acercó a la ventana y dijo en voz alta:

—Nosotros no venimos a vender nada. Sólo queremos hablar.

—¡Nadie en casa! ¡Nadie en casa! —dijo la voz ronca.

—Un momento —cuchicheó Pete a su hermana.

Se acercó, apoyó la cara en el cristal, y miró tras los visillos.

—¡Es un loro! —anunció al momento.

También Pam miró a través de los cristales y pudo ver un gran pájaro verde y rojo, metido en una jaula. Pete volvió a tocar el timbre varias veces, hasta convencerse de que el pájaro tenía razón. No había nadie en la casa.

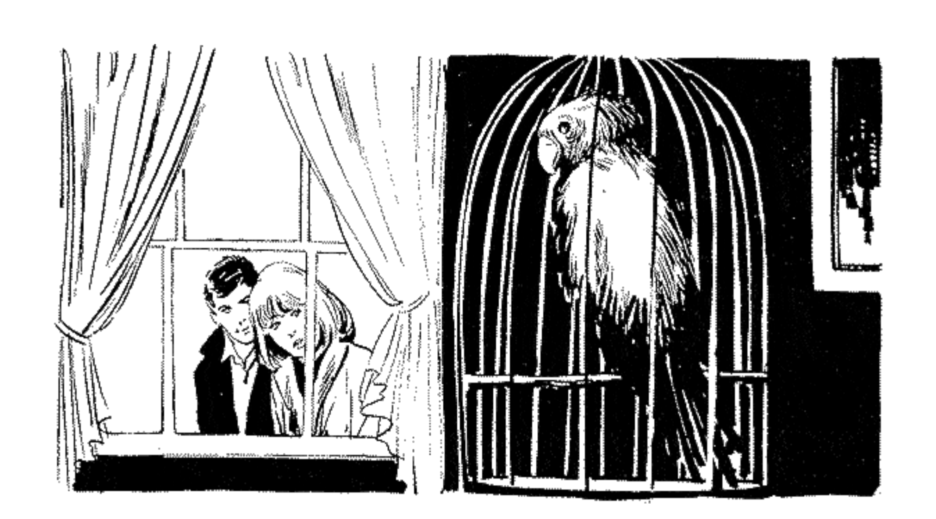
Desencantados, los dos hermanos subieron al carro y regresaron al lagar. A la puerta les esperaban Ricky y Holly con tía Nettie.

—Id inmediatamente a casa —dijo la mujer a Pete—. Se os ha hecho muy tarde. No deberíais cruzar los bosques después de anochecido.

Pete prometió regresar a toda prisa. Pero, cuando llegaron a lo alto del montículo, toda claridad diurna había desaparecido. Aún cantaban algunos pajaritos en las copas de los árboles. Sin embargo, mientras descendían por el otro lado de la montaña, los bosques fueron quedando totalmente silenciosos. A ambos lados del estrecho camino se elevaban los árboles, semejando tremebundos gigantes. Los niños fueron dejando de hablar y todos, secretamente, empezaron a temer el momento en que iban a tener que pasar ante el granero viejo.

Se estaban acercando al destruido edificio cuando, de improviso, una silueta surgió en el camino.

—¡Alto! —ordenó una voz áspera.



COMERCIANDO CON SECRETOS



—¡Señor Curio-Us! —exclamó Pete, mientras el hombre se acercaba al carro—. ¡Nos ha asustado usted!

—Bien, bien —replicó Yagar, sin ninguna amabilidad—. Sólo quería que supieseis que estoy dispuesto a hacer negociaciones con respecto a la bruja. ¿La habéis encontrado ya?

—No, señor.

—Creíamos que la había encontrado usted —dijo Pam.

—¿Qué queréis decir?

Los Hollister le hablaron de la veleta que había desaparecido en la casa de Clareton.

—No sé nada de eso —replicó Yagar, y añadió, en tono confidencial—: Mirad; por ciertos motivos, no me es posible buscar personalmente, con insistencia, esa veleta. Pero vosotros, que sois niños, podéis hacerlo, sin que nadie os preste atención. ¿Por qué no os encargáis de buscar la veleta y os ganáis un buen dinero?

—Muy bien —contestó Pete, como si el otro le hubiera convencido—. Pero, si encontramos a la bruja, ¿dónde podemos avisarle a usted?

—No podéis avisarme. Pero yo puedo acudir a veros en

cualquier momento que me interese. Tendréis noticias mías dentro de un par de días.

Bruscamente, retrocedió y desapareció en la negrura de los bosques. Durante unos momentos los niños permanecieron callados, estremecidos aún por el susto que acababan de pasar.

—¡Canastos! Ha saltado sobre el camino igual que un muñeco de resorte —murmuró Ricky, que fue el primero en hablar.

—¡Adelante, «Domingo»! —ordenó Pete.

Cuando llegaron al granero, los niños contaron su aventura al señor Johnson.

—Ha sido suficiente —dijo el granjero—. Se acabaron los viajes en carro.

—Pero tenemos que ir, por lo menos una vez más —dijo Pete, suplicante—, porque las señoritas Mazorca no estaban hoy en casa.

—Ya veremos qué dicen vuestros padres —repuso el granjero.

Él llevó a sus ayudantes a su casa y entró a hablar con los padres de los Hollister. Los niños escucharon con atención.

Pasado un momento, Pete dijo a sus padres:

—No creo que Yagar vuelva a molestarnos. Tiene que dejarnos tiempo para buscar la bruja.

—Está bien. Pero no haréis más que otro viaje a través de los bosques —dijo el señor Hollister.

—Pero teniendo la precaución de estar de regreso antes de que anochezca —les advirtió la madre—. Y gracias, señor Johnson, por haber cuidado tanto de mis ángeles.

—¡Menudos ángeles! —dijo el travieso Ricky, haciendo reír a carcajadas al señor Johnson.

—En tal caso, mañana volveremos a vernos, detectives —dijo a los niños, antes de estrechar la mano al señor Hollister y marcharse.

A la mañana siguiente, los cuatro hermanos fueron a la escuela pensando constantemente en las hermanas Mazorca, a las que tenían que visitar aquella tarde. Además, Ricky estaba haciendo planes particulares y secretos. Al mediodía corrió a casa a comer; lo hizo a toda prisa y a los postres se llevó dos manzanas en la mano y se dirigió al garaje. De allí sacó un barreño metálico que arrastró al patio, lo llenó de agua con la manguera y echó en ella las dos manzanas. Hecho esto se sentó en los escalones de la entrada,

esperando para ver pasar a Jeff Hunter.

Tan pronto como apareció el muchachito Hunter, Ricky le llamó:

—¿Te gustaría jugar a pescar manzanas, Jeff?

—Estupendo.

Estaba Jeff a punto de arrodillarse, cuando levantó la cabeza y vio a Holly observándoles, desde el porche. La niña movió de un lado a otro la cabeza, sacudiendo las trenzas, y Jeff titubeó.

—Vamos, Ricky —decidió, al fin—. Enséñame a pescarlas.

—Pues es muy fácil —dijo el pecoso, y arrodillándose bajó la carita hasta el agua.



Holly atravesó el patio, veloz como una flecha, y antes de que Ricky supiese lo que iba a ocurrir, la niña le hundió la cara en el agua.

Mientras el pelirrojo se ponía en pie, escupiendo agua, Jeff rió a carcajadas y Holly prorrumpió en risillas.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Ricky, indignadísimo.

Jeff y Holly se miraron, abriendo los ojos con aire inocente.

—Habrá sido un espíritu de la noche de Todos los Santos —dijo Holly, muy seria.

Ricky apretó los labios y entró en la casa para secarse. Mientras se envolvía la cabeza en una toalla, se prometió gastar la bromita alguna vez a otro.

Aquella tarde los Hollister fueron a la escuela en bicicleta y, al

salir, pedalearon directamente hacia el camino de la granja. El señor Johnson tenía a «Domingo» y el carro preparados y esperándoles en el granero, y todos se pusieron en camino inmediatamente hacia la casa de los Mazorca.

—No olvidéis regresar antes de que oscurezca —les gritó el granjero, mientras se alejaban.

Mientras «Domingo» traqueteaba por el caminillo del bosque, Holly daba alegres saltitos en el asiento.

—¡Ooh! ¡Cómo me gustaría poder ir más de prisa!

—A mí también —dijo Pam, con los ojos brillantes de nerviosismo.

—Esperad a que lleguemos a la carretera —dijo Pete, prometiendo aumentar la marcha.

Al pasar ante el lagar sacudió las riendas y «Domingo» emprendió un trotecillo. Emocionado, Ricky gritó:

—¡Adelante, soldados, estamos a punto de ganar la batalla!

—Eso esperamos —dijo Pete, sensatamente—. Pero no cantes victoria, todavía.

Cuando llegaron a la casita verde y blanca, Pete detuvo el carro a un lado del patio. Todos corrieron al porche delantero y Ricky, que iba el último, al pasar bajo un arce oyó un siseo y levantó la cabeza. En una alta rama había un gatazo gris, que les miraba con ojos relucientes y malignos.

Los otros niños no prestaron atención, porque habían visto que alguien arreglaba el visillo de la ventana.

—Nos están mirando desde allí —siseó Holly, al llegar al primer escalón del porche.

Pete abrió la marcha por las escaleras y tocó el timbre. El visillo se movió, pero nadie acudió a abrir. Pete llamó de nuevo. Por fin, se oyó moverse el pestillo y la puerta se abrió ligeramente.

Una mujer delgada, con un vestido de algodón color de rosa, asomó la cabeza. Su cabello blanco iba recogido en la coronilla, formando sedosos bucles. Los brillantes ojos castaños de la mujer miraron tímidamente a los Hollister.

—¿La señorita Mazorca? —preguntó Pete.

—Sí. ¿Qué ocurre? —dijo ella, hablando muy dulce y lentamente.

—Nada. Es que nos gustaría hablar con usted —dijo Pete, presentándose él y después a sus hermanos.

—¿Qué pasa? —preguntó una vocecita desde dentro de la estancia.

La mujer de la puerta volvió la cabeza para decir:

—Son unos niños. Quieren hablar con nosotras.

—Por favor, permítanos… —suplicó Pam—. Es muy urgente.

—Está bien —accedió la señora del vestido rosa—. Entrad.

La señora abrió más la puerta y, cuando los Hollister entraron, se apresuró a cerrar con el pestillo. Entonces, condujo a los jóvenes visitantes a través de una arcada, hasta la salita.

La estancia se encontraba atestada de muebles antiguos y las pantallas de las lámparas estaban cubiertas con volantes de encaje. Delante de la ventana había una gran jaula de latón, y dentro de la jaula un loro rojo y verde. Al lado de la jaula se veía una mujer bajita, con cabello gris, corto, y lentes con montura de plata.

—¿Son ellos los que nos gastaron la broma? —preguntó con dulce vocecita la mujer del cabello corto.

Entonces, la del vestido rosa miró a los Hollister con el ceño fruncido e inquirió:

—¿Vinisteis aquí anoche y subisteis nuestra escalera de mano al tejado?

—Las bromas en Todos los Santos son muy naturales —dijo la dama del cabello gris—, pero no será divertido para nosotras bajar esa escalera.

Los Hollister quedaron con la boca abierta al oír aquella acusación injusta.

—No, no. Nosotros no les hemos gastado ninguna broma —aseguró Pam.

A Pete le pasó por la mente una idea, pero no dijo nada a los demás. Por el contrario se ofreció cortésmente a prestar su ayuda.

—Nosotros les bajaremos la escalera.

Las dos damas se miraron.

—No creo que hayan sido ellos los bromistas —dijo la del vestido rosa.

—No. Vosotros parecéis niños educados. ¿Cómo os llamáis? —preguntó la señora del cabello gris.

Pete se lo dijo y la señora del vestido rosa se presentó a los Hollister, diciendo:

—Yo soy la señorita Delora Mazorca. Y ella es mi hermana, la señorita Sylvia.

—¡Nadie en casa! ¡Nadie en casa! —gritó el loro, haciendo reír a los Hollister.

Las damas invitaron a sus visitantes a que se quitasen las chaquetas y se sentaran. Luego la señorita Delora se acercó a la ventana y apartó los visillos. Después de dirigir una rápida ojeada al exterior, fue a sentarse en el sofá, junto a su hermana.

—¿Hay algún indicio? —preguntó en voz muy bajita la señorita Sylvia.

La otra movió lentamente la cabeza y murmuró:

—No.

Holly y Ricky no pudieron disimular su extrañeza y se miraron con ojos atónitos, pero Pam y Pete aparentaron, cortésmente, no haber oído nada de lo que las señoras acababan de decir.

Pete carraspeo y empezó a explicar la historia de la bruja dorada. Y concluyó diciendo:

—A nosotros nos gustaría saber si son ustedes parientes de Fineas Mazorca.

Las dos mujeres se miraron, con expresión de recelo, y la señorita Delora dijo, hablando con lentitud:

—Fineas era nuestro tío.

—¡Oh, qué suerte hemos tenido! —exclamó Pam con entusiasmo —. Ustedes son las Mazorca que buscábamos.

—¿Saben ustedes dónde está la bruja dorada? —preguntó Pete, sin poder apenas dominar su nerviosismo.

—N… noo —repuso la señorita Delora, como siempre con voz dulce y pausada.

—Qué lástima —murmuró Pam—. Pero, de todos modos, tal vez ustedes puedan darnos alguna pista sobre la bruja.

—Naturalmente —dijo la dama del vestido rosa—. Nosotras conocemos el secreto de la bruja, ¿verdad Sylvia?

Su hermana se volvió a mirar nerviosamente por la ventana, antes de responder:

—Es cierto. Nos enteramos de ello cuando éramos niñas.

—No ha de ser ningún perjuicio hablaros de ello —añadió la señorita Delora—. Sylvia y yo estábamos jugando en casa, detrás de las cortinas del salón, cuando vino tío Fineas y le habló de aquello a mi padre. Nosotras lo oímos, sin poderlo evitar.

—Mirad, niños —dijo ahora la señorita Sylvia—. Tío Fineas no era más que un intermediario. Él compró la bruja para un hombre que no quería que nadie conociese su nombre.

—Y ese hombre no era nadie de nuestra familia —informó la señorita Delora.

—¿Dijo su tío quién era ese hombre? —preguntó Pete.

—¡Sí, claro! —dijeron a un tiempo, las hermanas Mazorca.

—¿Quién era? —preguntó, sin rodeos, Ricky.

Las dos damas parecieron sorprendidísimas.

—¡Por Dios! Eso no podemos decirlo —contestó la señorita Delora muy dulcemente.

—No —concordó su hermana—. Eso es parte del secreto.

Las hermanas explicaron que su padre las había encontrado detrás de las cortinas y las hizo prometer que nunca dirían el nombre de la persona que había encargado la bruja.

—Y nunca lo hemos dicho —dijo gravemente la señorita Delora.

—Ni lo diremos —añadió su hermana, con firmeza.

Los Hollister quedaron momentáneamente mudos por la desilusión y a Pam se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Ahora que estábamos tan cerca», pensó.

La señorita Delora se puso en pie y dijo:

—Ahora tendréis que marcharos, niños, porque nosotras tenemos que buscar a nuestro gato. Hace varias horas que ha desaparecido. Probablemente habréis observado que mi hermana y yo estamos preocupadas. Tenemos que encontrarle.

—Si supiéramos en dónde buscarle —murmuró con tristeza la señorita Sylvia.

En aquel momento se sorprendieron todos al oír decir a Ricky:

—Yo sé dónde está.

—¡Oh! —exclamó la señorita Delora—. ¿Dónde está?

El pequeño respiró profundamente y luego declaró:

—Es un secreto. Les cambio mi secreto por el de ustedes.

—¡Ricky! —reprendió Pam, muy enfadada.

También Pete miró severamente a su hermano, aconsejándole:

—Será mejor que lo digas.

—Lo diré si ellas lo dicen —declaró el pecoso, testarudo.

—No puedes hacer eso, Ricky. No es de personas educadas —dijo Pam.

Poniéndose tan rojo como su cabello enmarañado, Ricky contestó:

—Seguramente el hombre que compró la bruja se murió hace tiempo. Ya no le importaría nada lo que se diga de él. En cambio, a nosotros sí nos importa.

Ricky se volvió a mirar a Pam y las palabras siguieron saliendo de sus labios como el agua de una fuente.

—Tú y Pete habéis estado trabajando mucho para encontrar la bruja y procurar que no se quede con ella el hombre malo.

Y sin dejar hablar a nadie, Ricky se volvió a las hermanas Mazorca, para decirles:

—¡Pam se ha puesto tan triste que por poco se echa a llorar con lágrimas gordísimas!

En ese momento, el pecoso dejó de hablar y se mordió los labios. También a él le quemaban las lágrimas en los párpados.

Mientras las hermanas Mazorca le miraban con amorosa perplejidad, Ricky inclinó la cabeza y balbució:

—Bueno, no importa. Perdónenme. —Y encaminándose a la puerta, decidió—: Voy a buscarles su gato.



—¡Espera! —le llamó la señorita Sylvia.

—El niño tiene razón —afirmó su hermana—. ¡Os lo diremos!

Ricky dio una vuelta en redondo y gritó, contentísimo:

—¡Canastos!

En medio de la algarabía que formaron sus hermanos, dando una y otra vez las gracias a las damas, Ricky salió de la casa. Los demás, desde la ventana, le vieron trepar por el tronco del árbol, hasta llegar a la rama más baja.

Un cuarto de hora más tarde volvía a aparecer en la rama más baja, sujetando a un gatazo que se contorsionaba, queriendo

soltarse. Entonces, cuando estaba a más de un metro y medio del suelo, Ricky saltó del árbol, mientras las dos hermanas Mazorca ahogaban un grito.

—¡Qué niño tan valiente! —exclamó, emocionada la señorita Sylvia.

—Eres sencillamente espléndido, jovencito —gritó la señorita Delora, cuando entró Ricky, cubierto de morados y arañazos de las ramas.

—Ahora diremos nuestro secreto —dijo la señorita Sylvia.

—¡«Enriquito Mazorca»! —exclamó con deleite la señorita Delora, al tiempo que agarró al gato de los brazos de Ricky.

Los Hollister se miraron, atónitos.

—¿Ése es el nombre de aquel hombre? —preguntó Pam.

—¡No, hijita! —contestó la señorita Sylvia—. «Enriquito Mazorca» es nuestro gato. El hombre que compró la bruja era Adam Cornwall.

UN MOTORISTA TEMERARIO



Todos a un tiempo, como si las palabras hubieran salido de una sola boca, los niños repitieron:

—¿Adam Cornwall?

Las dos hermanas se mostraron sorprendidas.

—¿Sabéis algo sobre él? —preguntó la señorita Sylvia.

Después que sonó otro coro de atolondradas respuestas, Pete explicó toda la historia sobre la losa con la brújula con alas y añadió lo que sabían sobre la bruja dorada que estaban buscando.

Las solteronas se pusieron huecas de placer, viendo que estaban contribuyendo a aclarar el misterio.

—¿La bruja dorada estaba en el granero viejo? —preguntó Pam.

—Naturalmente. Pero desapareció durante una gran tormenta.

Y la señorita Delora siguió explicando que muchos años antes un rayo había caído en el granero, haciendo que una parte de la techumbre se derrumbase.

—¡Aquel trueno! —recordó la señorita Sylvia—. ¡Fue aterrador!

—Yo siempre dije que la tormenta fue demasiado para Adam Cornwall —dijo su hermana—. El pobre anciano murió aquella misma noche.

—¿Y qué ocurrió con la veleta? —preguntó Holly.

Las dos hermanas contestaron que no lo sabían.

—Puede que la encontrasen los herederos del señor Cornwall —reflexionó Pete.

—No, hijito —replicó la señorita Sylvia—. Cornwall no dejó familia.

Y añadió que el siguiente propietario de la granja había sido el señor Johnson.

—Pero el señor Johnson no ha encontrado la bruja. Tiene que estar todavía allí —afirmó Pete.

—¿Qué cosa pensáis que puede ser el tesoro? —preguntó la señorita Sylvia.

—Puede que la brújula —dijo Pam.

—¡Zambomba! ¿Cómo va a ser eso un tesoro? —dijo Pete.

—Queridito, queridito —murmuró la señorita Delora, abrazando a «Enriquito Mazorca»—. Todo vuestro trabajo de detectives por una vieja brújula…

De repente, el loro empezó a aletear y dar gritos, dentro de su jaula, mostrándose muy asustado. Todas las miradas se dirigieron a la ventana, desde la cual les observaba un cervatillo.

El gato saltó como un cohete del regazo de la señorita Delora, y aterrizó en la jaula del loro. Las dos hermanas dieron un grito.

—¡Fuera! ¡Fuera! —chilló la señorita Sylvia, sacudiendo los brazos ante la ventana.

El ciervo dio un salto y desapareció, en el mismo momento que Holly exclamaba:

—¡Es «Ambrosio»!

—¡Es verdad! —concordó Ricky—. Otra vez se ha escapado. Tenemos que cazarle.

Los dos pequeños cogieron sus chaquetas y corrieron a la puerta. Al salir, Holly gritó:

—¡Nos encontraremos en el lagar!

—Está bien —contestó Pete, que ya estaba ayudando a Pam a apartar al gato de la jaula del loro.

Pero «Enriquito» se soltó de las manos de los niños y corrió a esconderse debajo del sofá.

—¡Ahora no saldrá de ahí en un siglo! —se lamentó la señora

Delora, con un suspiro.

—Yo le sacaré —se ofreció Pete.

Se arrastró bajo el sofá y acarició suavemente al gato. Un momento después, asomaba con «Enriquito», que runruneaba feliz.

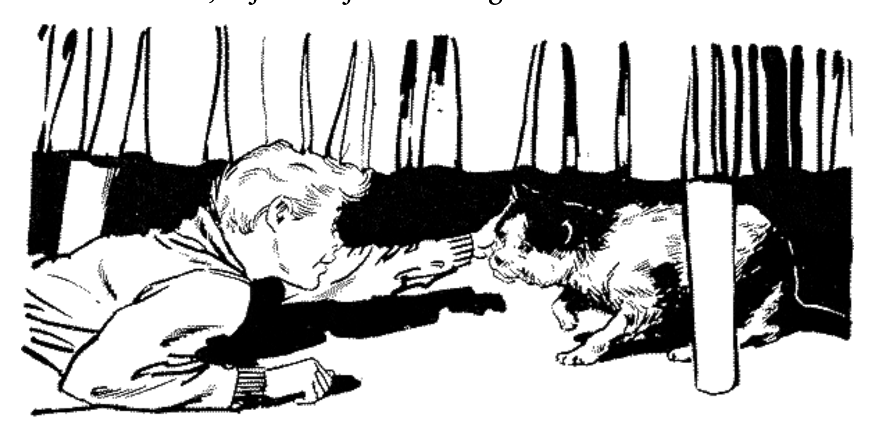
—Gracias. Sois unos niños muy buenos —dijo la señorita Sylvia.

—Nosotras no estamos acostumbradas a tantas emociones —confesó su hermana, mientras Pete y Pam se ponían sus chaquetas.

—No os olvidéis de venir a decírnoslo, si encontráis la brújula dorada —pidió la señorita Delora.

Su hermana ayudó a Pam a ponerse la manga y cuchicheó:

—La escalera, hijita. Dejadla en el granero.



Pete y Pam prometieron hacerlo y, después de dar las gracias a las hermanas Mazorca, se marcharon. Salieron al patio trasero donde había un gallinero; pasado éste, llegaron a un pequeño granero. Apoyada en una pared había una escalerilla de madera, y al lado una bomba de agua, de mano.

—Cuidado —advirtió Pam—. Está húmedo y mohoso.

Estaba Pete apoyando las manos en la escalera de mano cuando, mirando hacia abajo, exclamó:

—¡Mira eso, Pam!

En el lodo aparecían varias huellas de pies… dejadas por unos zapatos de punta estrecha y tacón plano.

—Parecen pisadas de un hombre —dijo Pam, mirando con atención las huellas.

—Sí —contestó Pete—. ¿Ya que no sabes quién lleva zapatos de esa forma? ¡Yagar!

Pam se puso muy seria.

—¡Oh! ¡Es terrible! Ahora se ha enterado de todo sobre las señoritas Mazorca… y ha sido por culpa nuestra. Puede que fuese la persona que andaba husmeando alrededor de la casa de «Ardilla» y me oyó decir ese nombre.

Pete miró hacia el granero.

—Seguramente Yagar pensó que la veleta pudo romperse y quedar sobre el tejado.

Entre los dos hermanos cogieron la escalerilla y la llevaron al granero. Desde la ventana, las hermanas Mazorca les dijeron adiós, muy sonrientes.

—¿Crees que debemos hablarles de esas huellas? —preguntó Pam, a su hermano.

—No. Sólo serviría para asustarlas. Además, no creo que Yagar vuelva por aquí.

Bajo la mortecina luz del día, Pete y Pam descendieron por la desierta carretera, en dirección al lagar. Continuamente Pete y Pam miraban a uno y otro lado, buscando a Ricky, Holly y el ciervo. Pero no les vieron por ninguna parte.

De repente, frente a los niños se produjo un ruido ensordecedor. Extrañados, miraron a lo lejos. De la oscuridad, y avanzando directamente hacia el carro de los niños, había surgido una motocicleta con los faros apagados.

—¡Vamos a chocar! —exclamó Pam, escalofriada.

Pete intentó apartar a «Domingo» de la carretera, pero el aterrorizado burro, en lugar de obedecer, emprendió el trote.

En aquel momento, el motorista aumentó la velocidad, produciendo un zumbido aterrador al acercarse al carro. Lleno de pánico, «Domingo» saltó a un lado de la carretera y corrió por un trecho cubierto de rastrojos.

—¡Detente! ¡Para! —gritó Pete, tirando con fuerza de las riendas.



El carro se ladeó peligrosamente y estuvo a punto de lanzar al suelo a Pam, antes de que el burro se detuviese en un sembrado.

Pam bajó para ir a acariciar al trémulo «Domingo».

—Vamos, vamos. Ya está todo arreglado —dijo la niña, dulcemente.

—Por suerte no se nos ha roto ninguna rueda —observó Pete.

Con Pam sosteniendo las bridas y Pete las riendas, los niños condujeron a su burro nuevamente a la carretera.

El imprudente conductor de la moto no aparecía por parte alguna, ni se oía el ruido de su máquina.

—Luz verde —bromeó Pete, sonriendo—. Ya podemos seguir hasta el lagar.

—¡Qué motorista tan imprudente! —dijo Pam, mientras «Domingo» marchaba, ya tranquilo, por la carretera—. ¿Has visto qué aspecto tenía, Pete?

—No. Iba demasiado de prisa.

Cuando llegaron a la puerta de la granja de ciervos, encontraron a «Ardilla» dando de comer a sus animalitos.

—¿Han venido Ricky y Holly para traerle a «Ambrosio»? —preguntó Pete.

—No. No les he visto.

Aquella respuesta hizo notar a Pam una horrible sensación de mareo.

«Dios quiera que no estén todavía por el bosque, buscándolo», pensó la niña.

—Tenemos buenas noticias que darle más tarde —dijo Pete a

gritos, antes de hacer que «Domingo» reanudase la marcha.

La próxima parada la hicieron los dos hermanos ante el lagar. Pero tampoco allí se veía a ninguno de los pequeños.

—No les he visto —dijo tía Nettie—, pero he oído voces en el bosque. Parecían de personas que ascendían por la ladera.

Aquello hizo que Pete se sintiese algo tranquilizado. Ya el carro subía, chirriando, por la colina, cuando Pam dijo:

—Creo que sería de muy buena educación invitar a tía Nettie y a «Ardilla» a nuestra fiesta.

—Sí. Y al abuelo de «Ardilla», también —añadió Pete—. Pero tendremos que decírselo de palabra, porque es demasiado tarde para hacer más invitaciones. Mañana es la noche de Todos los Santos.

Pam dio un suspiro de felicidad.

—Me parece que no podré esperarme.

—Y yo creo que no puedo esperar ni un minuto más a encontrar a la bruja —declaró Pete.

—¡Hoy sí que es un día de buenas noticias! —sonrió Pam.

—Todo estará aclarado mañana, que es la noche de los fantasmas —dijo Pete, alegremente.

Pero a pesar de todo, Pete y Pam miraban ansiosamente a uno y otro lado del camino. Si Curio-Us les salía ahora al encuentro, ¿qué contestarían a sus preguntas? Sin duda, tendrían que decir la verdad sobre la bruja dorada.

Pete se tranquilizó bastante cuando, por fin, dejaron atrás el viejo granero. Al llegar a la granja de los Johnson, los dos hermanos estaban rebosantes de felices pensamientos. A toda prisa desengancharon a «Domingo» y recogieron el carro. Luego corrieron alegremente a la casa.

Al verles entrar en la cocina, sonrojados y risueños, el señor y la señora Johnson parecieron muy tranquilizados.

—¡Al fin llegáis! —exclamó la granjera.

—Señor Johnson —dijo Pete, sin aliento—, ¿qué le parecería enterarse de que tiene usted un tesoro en la granja?

Pero los rostros del matrimonio estaban sombríos. Ni el granjero, ni su mujer, parecieron oír la pregunta.

Por el contrario, el señor Johnson preguntó muy severo:

—¿Dónde están Ricky y Holly?

COSITAS FLOTANTES



En aquel momento, en lo alto de la ladera boscosa, Ricky y Holly se detenían para mirar al fondo de una pequeña hondonada de abajo. Y creyeron distinguir la silueta de un pequeño ciervo.

—Está ahí —dijo Holly, jadeando—. ¡Es «Ambrosio»!

En silencio, los dos pequeños fueron bajando por la ladera. El ciervo volvió la cabeza, al oír que se aproximaban, pero no intentó huir. Cuando estuvo a pocos pasos del animal, Ricky alargó una mano y cogió al ciervo por la cadena.

—Ya lo tengo —anunció el pecoso.

—¡«Ambrosio», guapito! —murmuró, tiernamente, Holly, mientras el animal le lamía la mano. Y luego advirtió—: Está cansado el pobre.

—Yo también. ¡Canastos, cuánto hemos corrido!

Tropezando y tambaleándose, los niños condujeron al ciervo fuera de la hondonada. Una vez en el camino decidieron ir directamente a la granja de los Johnson y devolver el animalito a «Ardilla» al día siguiente.

—Ya es de noche —murmuró Ricky, con acento de culpabilidad —. Todos estarán preguntándose en dónde nos hemos metido.

—Sí. Vamos a tener una regañina, y todo por culpa tuya, «Ambrosito» —regañó Holly.

El ciervo caminaba dócilmente junto a los niños y se detuvo cuando Holly preguntó:

—¿Cuál es la dirección de la granja, Ricky?

El pequeño se rascó la cabeza, algo inquieto.

—¿Es por ahí? —preguntó, señalando a la izquierda.

—Soy yo quien lo pregunta —dijo Holly—. Yo no lo sé.

—Ni yo —tuvo que admitir Ricky—. Hemos dado tantas vueltas…

Los niños permanecieron inmóviles y silenciosos, buscando algo conocido, que les sirviese de pista para encontrar el camino. En alguna parte se oía el gorgoteo de agua, pero no había camino entre los árboles para llegar hasta el lugar de donde llegaba el murmullo. Súbitamente empezó a soplar un viento cortante que arrastró una lluvia de hojarasca sobre los niños, y los pinos se estremecieron, produciendo ruidos semejantes a quejidos y suspiros. Estremecida, Holly cerró entre los dedos los bordes de sus mangas.



Ricky quiso proteger sus manos del frío, metiéndolas en los bolsillos, pero éstos se encontraban llenos de corchos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Holly.

—Déjame pensar un momento —repuso su hermano, haciendo un esfuerzo para que no se notase temblor en su voz.

—Nos hemos perdido —gimoteó, de repente, Holly—. ¡Nunca van a encontrarnos!

Pero, de repente, Ricky tuvo una idea.

—No llores —dijo, consolador—. Ya sé lo que podemos hacer.

—¿Qué? —preguntó la niña, sin poder contener los hipidos.

Ricky tomó la mano de su hermana, diciendo:

—Toma a «Ambrosio» y vamos; tengo un plan.

Mientras tanto, en la granja Pete había telefoneado a su casa y a los amigos de los Hollister, para averiguar si los dos pequeños estaban allí. Cuando se supo que nadie les había visto, por teléfono se organizó un grupo de búsqueda. Antes de transcurridos quince minutos empezaron, a brillar faros de coche en las tierras de los Johnson y los exploradores fueron aparcando sus coches en el patio de la granja.

Llegó el oficial Cal con otros dos policías a los que presentó, diciendo que se llamaban Roberts y Mullaney. Éstos se llevaron aparte a Pete y Pam y les hicieron varias preguntas rápidas.

¿Cuándo habían visto a Ricky y Holly por última vez? ¿En qué dirección iban? ¿Estaban familiarizados con los bosques? ¿Llevaban linternas?

Cuando todas las preguntas estuvieron contestadas, Pete se separó de los policías y fue a acercarse a sus padres, que estaban hablando con los señores Hunter y los Meade. Sue se asía fuertemente a la mano de su madre.

—¿Cómo creen que debemos iniciar la búsqueda? —preguntó el señor Meade.

El oficial Cal se encargó de dar la respuesta:

—Ascenderemos a la colina por parejas. —Miró entonces a los presentes y añadió—: Roberts y Mullaney; Pam y Dave Meade; Pete y Ann Hunter; Jeff irá con su padre; los señores Meade y los Johnson pueden ir juntos.

El policía hizo una pausa para recobrar el aliento, y después de pasar la mirada por los presentes de nuevo preguntó:

—¿Quién falta? ¡Ah, sí!

Dijo que podían formar otro grupo la señora Hunter y el matrimonio Martin con Donna, que, según hacían suponer sus ojitos enrojecidos, había estado llorando.

—Señora y señor Hollister, ustedes y Sue vendrán conmigo.

Los grupos fueron alineándose con una distancia entre cada uno

de metro y medio. «Zip», que había sido sacado del granero, estaba al lado de Pete.

—Que cada uno vaya bien cerca de su compañero. No nos interesa que nadie más se desvíe y haya que buscarle —dijo Cal, con voz sonora.

Mientras él hablaba se oyó rugir un motor en la ladera. Dos faros iluminaron el viejo camino de carros, efectuando luego una desviación para atravesar los pastos y llegar al patio. Con fuerte rechinar de frenos, un «Jeep» fue a detenerse en medio de los coches. Del vehículo salieron tía Nettie y «Ardilla», que se unieron a las gentes preparadas para efectuar la búsqueda.

—Nosotras vamos con ustedes —anunció el vozarrón de tía Nettie—. Yo puedo valer menos que un comino, pero tengo fuerte la voz.

—Muy bien. Ustedes formarán otro grupo —decidió Cal—. Hay algo que quiero advertirles a ustedes. A veces, la gente perdida en el bosque se deja dominar por el pánico y pierde la habitual sensatez. Se han dado casos en que han huido de las personas que acudían a salvarles. Debemos tener mucho cuidado de no asustar a los niños y provocar que huyan de nosotros.

Luego, a una orden de Cal, todos iniciaron la búsqueda. Cada uno de los grupos llevaba una linterna.

Mientras subían por el caminillo de coche, el señor Meade enfocó la linterna arriba y abajo de la ladera. Y cuando el haz de la luz pasó sobre el estanque, Sue gritó:

—¡Mirad! ¡Hay un montón de cosas chiquitinas!

La señora Hollister, que estaba demasiado preocupada para prestar atención, repuso:

—Puede que sean patos.

—No, mamita. Son cosas chiquitinas, que «foltan» —afirmó la pequeña, apretando la mano de la señora Hollister.

Al oír a Sue, el señor Meade volvió a enfocar su linterna sobre la laguna.

—No es nada, hijita —dijo, entonces, la señora Hollister—. Sólo un montón de corchos.

Pero Pete y Pam, que también acababan de ver los corchos, se acercaron a mirar, con sus respectivos acompañantes.

—¡Son los corchos de Ricky! —exclamó Pete.

Y Pam añadió:

—Se los regaló tía Nettie.

—Es cierto. Yo le dije que los tomara —recordó la mujerona. Y alzando su potente voz, ordenó—: ¡Que se detenga todo el mundo!

Todos los presentes se reunieron en torno al agua.

—Estos corchos no estaban aquí al atardecer —aseguró el señor Johnson.

Pete señaló varios corchos que descendían por el arroyo, yendo a parar a la laguna, y dijo:

—Van llegando de arriba. Ricky debe de estar tirándolos al arroyo para darnos una pista. Seguramente él y Holly están en alguna parte de la orilla de este riachuelo.

—Tu deducción es sensata —afirmó el policía Cal—. Avanzaremos por la orilla del agua.

El grupo empezó a ascender por ambas orillas del pequeño río. Pronto penetraron en el bosque y el ascenso fue resultando más penoso. Poco a poco, empezó a hacerse más grande la separación entre cada grupo, pues era preciso dar rodeos en torno a peñascos y precipicios.

Pam y Dave iban los últimos, cuando el chico se detuvo y enfocó la linterna en un estrecho arroyuelo lateral.

—Podría ser que tus hermanos estuviesen en alguna parte de este afluente —dijo.

—¿Por qué no vamos a ver? —propuso Pam.

Durante un rato, los dos avanzaron con dificultad por la orilla rocosa. Pero pronto comprobaron que el arroyo desaparecía bajo tierra.

—Bueno… Se acabaron las esperanzas —murmuró Dave, desilusionado.

—¡Chist! Creo que he oído algo —murmuró Pam.

Quedaron un momento inmóviles, escuchando, pero los únicos sonidos que distinguieron fueron el aullido del viento y las exclamaciones de los otros grupos que buscaban a los pobres pequeños.

Dave dio media vuelta, dispuesto a regresar, pero Pam le asió por la manga, diciendo:

—¡Escucha! ¡He vuelto a oírlo!

Esta vez, también Meade lo oyó. A poca distancia de ellos se produjo una sacudida de ramas.

—¡Ricky! ¡Holly! —llamó Pam.

Pero se levantó una fuerte ráfaga de viento y los niños esperaron, en vano, una respuesta de los pequeños.

—Vamos. ¡Hay que acercarse más! —dijo Dave, avanzando con toda la velocidad posible.

Pam corrió tras él, tambaleándose.

—¡Dios quiera que sean Ricky y Holly! —murmuró Pam, temblando.

—No te hagas muchas ilusiones —respondió Dave—. Puede que sólo haya sido un animal.

Pronto volvieron a detenerse a escuchar. Y una vez más oyeron sacudidas de hojas ante ellos. Pam y Dave gritaron al unísono:



—¡Ricky! ¡Holly!

El ruido cesó. Los niños volvieron a llamar a voces. Y entonces se produjo de nuevo el ruido, esta vez alejándose.

Dave y Pam intercambiaron miradas de alarma.

—Si son Ricky y Holly, se han asustado y huyen, como ha dicho el oficial Cal.

Dave admitió que era posible.

—Iremos tras ellos con todo el sigilo que sea posible.

Durante un cuarto de hora los niños siguieron en la dirección de aquellos sonidos, procurando no hacer ruido. Dave llevaba la

linterna enfocada verticalmente y la cubría con la mano para disimular el resplandor. Pronto niño y niña se encontraron en el viejo camino de carros. Todo estaba silencioso.

—¿Qué dirección seguimos ahora? —preguntó Pam.

La respuesta llegó del otro lado del camino, donde se oyeron crujir hojas y ramas, como si alguien anduviese a paso rápido, sobre ellas.

De nuevo reanudaron los niños la persecución, deslizándose entre los árboles. A los pocos minutos, Pam tomaba del brazo a Dave y señalaba un lugar, situado en frente. A través del arbolado podía distinguirse el oscuro contorno del granero viejo.

Dave apagó la linterna y los niños se acercaron a toda prisa hasta el borde de un claro, iluminado por la luna. Estaban escuchando cuando, de repente, se oyó rechinar algo metálico, dentro del medio derruido edificio. Esto hizo que Pam se sintiese muy tranquilizada.

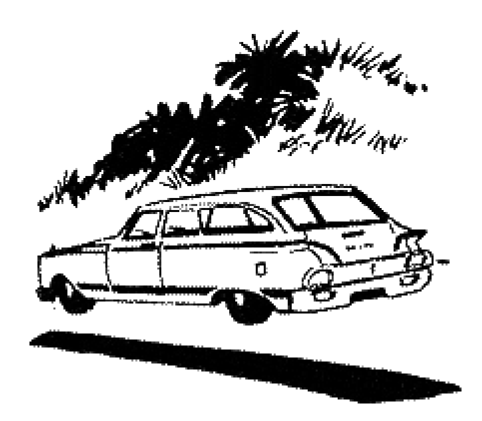
—Tienen que ser Ricky y Holly —afirmó, hablando en un murmullo—. Ningún animal habría podido abrir la puerta. Es muy pesada.

Pam y su compañero atravesaron el claro a todo correr, hasta llegar a la desvencijada puerta, Entonces Dave apoyó las dos manos en el herrumbroso picaporte, lo que hizo que su linterna se golpease sonoramente contra el hierro. El muchachito empujó y la puerta quedó abierta de par en par.

Pam se disponía a entrar, mientras el chico sostenía la puerta, cuando se detuvo en seco y dio un grito ahogado. Dave, por su parte, quedó mudo y como clavado en el suelo.

La luz de la luna penetraba por la rota techumbre, iluminando el «Lizzie Hojalata». En el asiento del conductor había una silueta, sentada muy erguida. En aquel momento, sin decir una palabra la silueta se puso en pie.

EL VIAJE DE LIZZIE



Pam dio un grito y echó a correr, seguida de Dave. Ninguno de los dos se detuvo hasta llegar al camino de carros, en donde Pam se apoyó en un árbol, jadeando.

—Lo siento, Dave. No he debido de ser tan cobarde, pero aquello tenía un aspecto tan horrible…

—¿Cómo voy a creerte yo cobarde, si he huido tan de prisa como tú? —contestó Dave.

—Parecía un fantasma, pero sé que no podía serlo —declaró Pam, mientras su respiración se iba normalizando.

—Tiene que haber sido una persona viva —concordó Dave—. Debemos volver y ver quién es.

—Ya sé que deberíamos volver, pero a mí todavía me tiemblan las rodillas.

—A mí también. De todos modos, esa persona ya ha debido de marcharse. Ha tenido que oír tu grito.

Utilizando la linterna de Dave, los dos niños echaron a andar por el camino para reunirse con los demás. Al cabo de un rato oyeron voces en el bosque, a su izquierda, y se encaminaron allí a toda prisa. Frente a ellos pudieron ver los haces de muchas linternas

enfocadas junto al arroyo.

—¿Qué pasa? —preguntó Pam al acercarse, seguida de Dave.

—¡Chist! —contestaron varias voces.

—¡Miren! —exclamó Pete, al tiempo que el grupo se separaba, para dejarle paso.

Bajo un gran árbol se encontraban Ricky y Holly, profundamente dormidos. El dócil ciervo «Ambrosio» les servía de cálida almohada.

La señora Hollister sacudió dulcemente a los exhaustos pequeños y «Zip» ladró varias veces, antes de que ellos se despertasen.

—¡Mamita! —gritó Holly, apresurándose a abrazar a su madre.

—¡Qué contentos estamos de veros! —añadió Ricky, mientras se ponía en pie y miraba a su alrededor, adormilado—. ¡Canastos! ¡Si está aquí toda la ciudad!

Después que el señor y la señora Hollister se aseguraron de que ninguno de los dos pequeños se había herido, el oficial Cal dijo:

—Fue una buena idea la de dejar caer los corchos en el arroyo, Ricky.

—Me alegro de que haya servido. ¡Holly y yo teníamos un miedo de que no nos encontrasen…!

—¿Y por qué no bajasteis por la orilla del arroyo, hasta la laguna? —preguntó el señor Johnson.



—Pensamos hacerlo —contestó Holly, mientras acariciaba a «Ambrosio»—. Pero todo estaba muy oscuro y oíamos miles de ruidos raros…

—Por eso creímos que era mejor quedarnos junto a este árbol y esperar a que nos encontrasen.

«Ardilla» cogió a «Ambrosio» por el collar.

—Ven aquí —dijo, con un suspiro—. Ya has provocado bastantes complicaciones por esta noche.

—Todo listo. ¡En marcha! —llamó Cal.

—También nosotros hemos pasado un buen susto —dijo Pam.

Y mientras el grupo se encaminaba al camino, ella y Dave contaron lo que les había ocurrido en el granero.

Cuando llegaron al claro todo el mundo aguardó mientras el oficial Cal y los otros policías buscaban en el ruinoso granero y el bosque circundante. No había signo alguno del intruso.

—Tengo la corazonada de que ha sido Yagar —dijo Pete—. Se habrá enterado de que la bruja dorada estuvo en el granero de Cornwall.

—¿Cómo se enteraría? —preguntó Pam.

—Las hermanas Mazorca no se lo habrían dicho por nada del mundo —opinó Ricky—. Por poco no nos lo dicen ni a nosotros…

—Es verdad —tuvo que admitir Pete.

Entonces, viendo la mirada interrogante de los Johnson, Pete habló al matrimonio sobre el tesoro.

—¡Precisamente en nuestra granja! —exclamó la señora Johnson —. ¡Qué emocionante! Convendrá que empecemos a buscar mañana mismo, porque, si Yagar lo sabe, tal vez nos tome la delantera.

—No podemos buscar mañana —dijo Pam, preocupada—, porque tenemos que adornar el granero para la fiesta. Y al día siguiente es víspera de todos los Santos y no tendremos tiempo tampoco.

El oficial Cal se echó a reír, diciendo:

—No creo que ese intruso se atreva a venir en busca de la bruja cuando esté todo esto invadido de chiquillos.

Pete propuso que se atase a «Zip» a la entrada del viejo granero, hasta que se hubiera encontrado el tesoro.

—Ladrará, avisándonos, si Yagar vuelve por aquí —aseguró el muchacho.

—No cabe duda de que lo hará —concordó el señor Hollister, que llevaba en brazos a la adormilada Sue.

Todos fueron marchándose a sus casas, pero antes de despedirse de «Ardilla» y tía Nettie, Pam las invitó a la fiesta.

—Que venga también su abuelo —añadió Pam.

—Le gustará mucho venir —afirmó «Ardilla»—. Y a mí también.

—Yo no faltaré —vociferó la amable tía Nettie—. Y traeré sidra.

—Vamos a tener muchos invitados —comentó alegremente, Pam.

—Y mucha sidra, también —declaró tía Nettie—. Tendremos cántaros y cántaros de mi estupenda sidra.

—¡Y montones de buñuelos! —ofreció la señora Johnson, dando unas palmadas a Pam—. Yo los haré.

Los niños dieron las gracias a las dos mujeres y la señora Hollister prometió contribuir a la fiesta con grandes cantidades de helado.

Mientras «Ardilla» colocaba a «Ambrosio» en el pesebre del burro, Pete ató a «Zip» en el granero viejo, junto a la puerta. Dejó al lado del perro un cazo con agua, unas galletas para perro, y extendió en el suelo la manta de «Domingo», para que pudiese dormir sobre ella.

—Vigila bien, muchacho —dijo al perro y «Zip» dio un gruñido de asentimiento.

Luego Pete fue a reunirse con su familia, que ya le estaba esperando en la furgoneta. En la parte posterior se habían colocado las bicicletas de los niños.

Durante el trayecto a casa, Ricky y Holly quedaron dormidos y se despertaron tan sólo los minutos necesarios para desvestirse y meterse en la cama.

Por la mañana, la señora Hollister les sirvió de desayuno montones de pestiños, untados con mantequilla y bañados en almíbar. Ricky y Holly comieron tres veces más que los otros.

—Es a cambio de la cena de anoche —explicó el pelirrojo.

Mientras iban a la escuela, los Hollister hicieron planes con sus amigos para decorar aquella tarde el granero de los Johnson. Además de Dave, Pete reclutó como ayudantes a Ned Quinn y a Jimmy Cox, que tenían la edad de Ricky. Durante la comida, la señora Hollister dijo a sus hijos que «Indy» se encargaría de llevarles en coche hasta la granja.

Un cuarto de hora después de haber sonado el timbre de salida, los emocionados niños se encontraban en el camino del jardín de los Hollister, acomodados en la furgoneta. Sue y la madre les despidieron desde el porche.

—No os olvidéis de nuestras cinco calabazotas —les recordó a voces la pequeñita.

—¡Dios mío! ¡Si no lo dices tú, ya no vuelvo a acordarme!

«Indy» detuvo la furgoneta y Pam y sus hermanos corrieron al garaje para recoger las calabazas, que colocaron en la parte trasera de la furgoneta, junto a tres grandes cajas de cartón donde se leía «Adornos», y otra caja alargada en la que decía «Recuerdos».

—¡Canastos! Me gustaría saber qué hay ahí dentro —declaró Ricky, impaciente.

—¿Por qué no viene Sue?

La pequeñita y su madre movieron negativamente la cabeza.

—Tenemos que hacer mi traje —informó Sue.

—¿Para quemarlo otra vez? —preguntó Pete.

En la carita de la sonriente Sue se formaron dos graciosos hoyuelos. Al mismo tiempo, la señora Hollister repuso:

—No. Éste lo conservaremos.

Los Hollister saltaron a la furgoneta que en seguida salió del jardín. El aire cortante y la emoción de la próxima fiesta hicieron que los niños llegasen a la granja con las mejillas sonrosadas.

—Volveré a buscaros a las cinco y media —anunció «Indy», mientras los viajeros saltaban de la furgoneta.



A toda prisa descargaron las cajas y calabazas y el indio se marchó en el vehículo.

Holly corrió inmediatamente al granero viejo para acariciar a «Zip», mientras Pam ayudaba a Ann a transportar las cajas de caramelos que el señor Hunter había regalado para la fiesta. Los chicos se encargaron de trasladar las cajas grandes y las calabazas al granero nuevo.

—Escuchadme todos —gritó Ricky—. Tengo una buena idea para «Lizzie Hojalata».

—Yo también —afirmó Pete—. ¿No sería estupendo sacarla mañana en el desfile de la fiesta?

—¡Canastos! ¡Eso mismo iba a decir yo! —declaró el pecoso—. ¿Podré ser yo el conductor?

—¿Por qué no? —contestó Dave Meade.

Ricky prorrumpió en un penetrante silbido y dio una voltereta, mientras los otros chicos hablaban atolondradamente sobre el modo de llevarse el viejo «Ford» a la ciudad.

—«Domingo» puede tirar de él como si fuese un carro —propuso Jeff Hunter.

—Está bien —concordó Pete—. Sin embargo, tendremos que ayudarle. Ya sabéis que el pobre es pequeño.

—Hoy podremos ayudarle. Pero ¿cómo tirará del coche mañana? —preguntó Ann Hunter.

Pete sonrió al responder:

—Tengo una idea.

Luego se acercó a murmurar algo al oído de Dave, los dos estallaron en carcajadas y se alejaron a todo correr. Encontraron al señor Johnson cerca del puesto de la carretera, donde acababa de colocar una gran cesta con pollos vivos.

—El hombre que los ha comprado vendrá de un momento a otro a recogerlos con su camioneta —explicó el granjero—. ¿Qué queréis, muchachos?

A toda prisa le explicó Pete su plan para «Lizzie Hojalata», y él y Dave aguardaron la respuesta con gran nerviosismo.

El señor Johnson quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Muy bien. Puede resultar divertido y poco peligroso si conseguís hinchar los neumáticos. Encontraréis una bomba de aire

en el granero. —Y añadió con una risilla—: ¡Ojalá tengáis suerte!

Los dos chicos se encaminaron al viejo granero, y por el camino llamaron a las niñas.

Pero ellas estaban demasiado ocupadas, para prestar atención al coche viejo. Pam, subida en una escalera, iba colgando de la viga papeles rizados, de muchos colorines, que Ann se encargaba de darle. Holly se afanaba inflando globos.

A un lado se veía una mesa que había improvisado el señor Johnson con dos caballetes y una puerta vieja. Después de cubrirlo con un bonito mantel de papel, Donna empezó a abrir sobre el tablero las grandes bolsas de confeti anaranjado y negro.

—No hagas eso todavía —aconsejó Ann—. Se desparramará por todo el suelo.

—Puedes llenar de caramelos los cucuruchos de papel, y doblar las servilletas, Donna —indicó Pam.

—¿Por qué no abrimos las cajas de las sorpresas? —propuso Holly—. Me muero de ganas de saber lo que hay dentro.

—Eso no lo haremos hasta el momento de la fiesta —contestó Pam—. ¿Por qué no recortáis gatos?

—Está bien —asintió Holly—, pero nos gustaría tener un caramelo en la boca, mientras trabajamos.

—Podéis tomarlo, pero sólo uno —advirtió Ann.

Cuando Holly fue pasando una cajita de caramelos ante cada una de las niñas, Donna se puso muy encarnada.

—Yo ya he tomado dos —confesó.

—¡Muy bien! Entonces a nosotras nos tocan tres —decidió Holly, aprovechando la ocasión.

—Y ni uno más —ordenó Pam.

Mientras el caramelo se fundía en su boca, dejándole un delicioso sabor a licor, Holly dibujó dos grandes gatos sobre una cartulina y empezó a recortarlos. Les hizo luego unos espléndidos ojos oblicuos y les dio unas pinceladas de goma arábiga. De ese modo los dos animalitos quedaron relucientes y Holly los sujetó, con chinchetas, a dos postes del granero.

Entre tanto, Pam y Ann estaban cambiando todas las bombillas del granero por otras anaranjadas que les había dado el señor Hollister.

Por último, todas las niñas se retiraron a una pared para ver el efecto que hacía su trabajo.

—Hace falta poner algo fantasmal —opinó Pam.

—Sí. Algo como una bruja feísima —añadió Holly.

Pam arqueó las cejas y dijo, en seguida:

—Eso me da una idea. Ven, Holly.

Las dos hermanas salieron corriendo y volvieron al poco rato cargadas con un maniquí de sastre, sin cabeza, y unos trozos de tela negra.

—Se me ocurrió pensar que la señora Johnson podía tener uno de estos maniquíes en su desván —dijo Pam, con voz entrecortada por el cansancio de la carrera que acababa de hacer.

—¡Servirá para hacer una bruja preciosa! —exclamó Pam.

—Usaremos una de las calabazas como cabeza —declaró Holly, que ya había empezado a dibujar una horrible cara en la más grande de las calabazas.

Mientras tanto, Pam hizo un alto y puntiagudo gorro de cartulina y entre Ann y Donna colocaron al maniquí una larga camisa y una toquilla.

Al poco rato, junto a la puerta del granero, como preparada para dar la bienvenida a los invitados, había una espantosa bruja que reía maléficamente, mostrando sus dientes afilados.

—¡Uff! —exclamó Holly, feliz—. ¡Qué horrorosa es!

—Va a servir para que todo el mundo se asuste y se vaya —declaró Donna, entre alegres risitas.

—¡Ahora haremos otras cuatro carotas cómicas y todo listo! —dijo Pam.

Las laboriosas niñas dibujaron extrañas caras en las calabazas, que luego vaciaron.

—Yo voy a hacer una que parezca malísima —notificó Holly.

Y frunciendo el ceño, gravemente, empezó a dibujar una boca con las comisuras hacia abajo.

—Y yo también —afirmó Donna.

Cuando las carotas estuvieron concluidas, Pam cogió un puñado de caramelos y fue llenándolas.

—Las pondremos en hilera —propuso Ann.

Las dos calabazas sonrientes quedaron colocadas en una

estantería cerca de la puerta, con las calabazas enfadadas en medio.

—A la mía la llamaré Joey —anunció Holly, con una risita traviesa.

—Y el mío será Will —informó Donna, y las dos pequeñas rieron alegremente.

De repente se oyó un fuerte golpeteo en la puerta. Pam abrió.

¡En el umbral estaban Joey y Will, cargados con una cesta!

Los ojitos de Holly giraron vertiginosamente en sus órbitas, haciendo una indicación a Donna, tras lo cual se posaron, fijamente, en las calabazas. Donna fue poniéndose roja, roja como un pimiento morrón, mientras se esforzaba por contener la risa.

—Traemos unas manzanitas para la fiesta —dijo Joey, al tiempo que él y Will apartaban a codazos a Pam y entraban.

Dejaron la cesta en el suelo y se inclinaron sobre ella. A toda prisa Joey rompió las ligaduras de la tapa con su navaja.

—¿Qué haces? —protestó Holly—. Eso no son…

De repente, cuando los chicos levantaron la tapa, el granero se llenó de sonoros cacareos. De la cesta salieron, precipitadamente, infinidad de gallinas. Will sacudió los brazos, gritando:

—¡A divertirse, gallinitas!

Y las aves revolotearon enloquecidas y se enredaron en los lindos colgantes de papel.

Una gallina aterrizó en la cabeza de Donna, que gritó, aterrada. Otras se subieron a las vigas. Una dio un tropezón y fue a caer sobre la mesa, produciendo una rociada de confeti.

Holly corrió al exterior para llamar a sus hermanos y a Dave, pero los chicos no estaban por allí. Fue el señor Johnson quien respondió a los gritos de socorro de Holly. El granjero se presentó en el granero y cogió por el cuello de la camisa a Joey y a Will. Dio una orden tajante, reconvino a los intrusos y les obligó a recoger a las asustadas gallinas.

—Y ahora ayudaréis a las niñas a arreglar los adornos —dijo severamente.

Los camorristas hicieron lo que se les había ordenado y luego se fueron. Pero Pam creyó adivinar que Joey se sonreía burlón.

Entre tanto, los chicos se encontraban con el viejo coche a medio camino de Shoreham. Mientras el burro tiraba del «Ford»,

Pete y Dave empujaban por detrás, Ricky empujaba con Ned por uno de los lados, y Jeff hacía lo mismo por el otro. A Jimmy le había llegado el turno de ir al volante.

Los muchachitos daban soplidos de cansancio, cuando llegaron a lo alto de la colina.

—Debemos detenernos —ordenó Pete.

Y Jimmy utilizó el volante para dirigir el vehículo a un lado de la carretera. Luego saltó del coche y fue a sentarse en la cuneta, diciendo alegremente:

—¡A ver si me dejáis conducir en paz!

Sus compañeros se echaron a reír y fueron a sentarse a su lado, mientras Pete y Dave desenganchaban el burro, antes de iniciar el descenso. Estaba Dave llevándose a «Domingo» hacia la cuneta, cuando tropezó en una piedra y cayó, dándose un golpe contra el coche.

«Lizzie Hojalata» empezó a moverse.

—¡Eeeeh! —gritó Pete, y todos los muchachos se abalanzaron en dirección al coche.

Pero a pesar de su vejez, el viejo «Ford» ganó velocidad y empezó a descender por la colina.

UN TIGRE SILENCIOSO

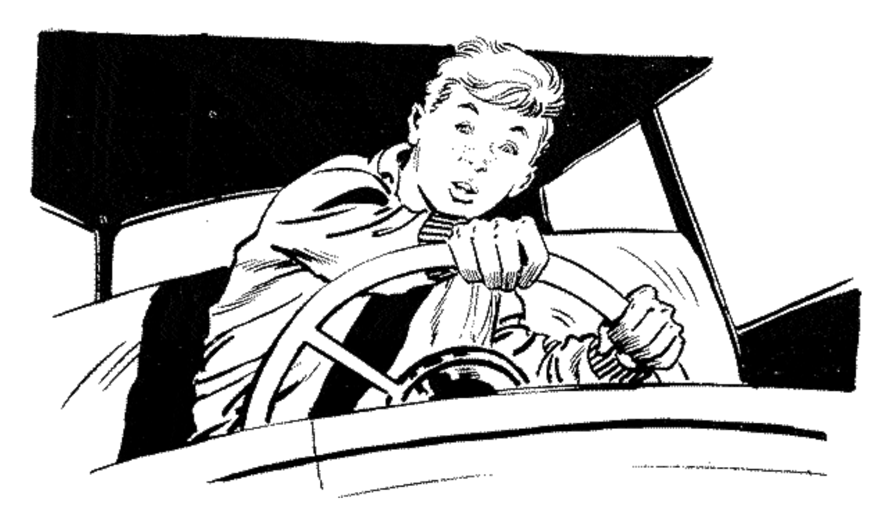


—¡Hay que alcanzarlo! —gritó Pete.

Pero «Lizzie» iba cada vez más de prisa. Corriendo más que un conejo asustado, Ricky pudo saltar al asiento del conductor. El coche zigzagueaba vertiginosamente, mientras el pequeño se esforzaba por controlarlo.

—¡Cuidado! —gritó Dave Meade, desde detrás—. ¡Ahí viene otro coche!

Ricky se retorció en el asiento del conductor y logró poner un pie sobre el freno. Esto le hizo rozar con la barbilla el volante. Pero el freno no funcionó. Desesperado, el pecoso se agachó hacia el freno de emergencia. Pero en el momento de tocarlo se rompió, igual que si fuera una fusta de jinete.



El pequeño conductor se pasó la lengua por los labios, y valerosamente cogió el volante y lo mantuvo bien sujeto; así logró pasar sin ningún problema junto al otro coche, cuyo conductor miró a Ricky con ojos desorbitados. Pero los apuros de Ricky aún no habían terminado. Al pie de la colina, la carretera cruzaba un estrecho puente. Otro coche descendía por la ladera opuesta… ¡en dirección al puente!

«Tengo que detener este coche», pensó Ricky. «Es absolutamente necesario que lo detenga».

Volvió un momento la cabeza para mirar por encima del hombro y vio que los otros chicos corrían tras él, pero iban quedando cada vez más alejados. La cuneta de su derecha era ahora una suave cuesta que llevaba a un huerto. El pequeño tomó una decisión. Valiéndose de todas sus fuerzas, hizo girar el volante. El «Ford» se desvió de la carretera, camino arriba, y fue a detenerse fuera de la carretera, a dos palmos de un manzano.

—¡Vaya! —exclamó Ricky, mientras bajaba del asiento.

Cuando llegaron a su lado, los demás chicos le dieron palmadas de afecto y admiración.

—¡Has estado imponente! —dijo Pete a su hermano.

—¡Magnífico! —añadió Dave.

Y los dos muchachitos mayores confesaron que habían olvidado probar los frenos.

—Tendremos que sostener a «Lizzie Hojalata» por detrás, el resto

del camino —dijo Pete, y envió a Jimmy a enganchar el burro.

A los pocos minutos se había reanudado el viaje a Shoreham. Era casi hora de cerrar cuando los jóvenes aventureros llegaron al Centro Comercial. Unos cuantos clientes que salían miraron con asombro el burro que tiraba del viejo «Ford». La comitiva penetró por el callejón y dio la vuelta en la esquina, hasta la entrada posterior.

Pete bajó del asiento del conductor y entró a buscar a su padre.

—Tenemos una sorpresa para el desfile —dijo.

Por un momento, el señor Hollister quedó demasiado asombrado para poder hablar. Al poco, sonrió, preguntando:

—¿Cómo habéis logrado traerlo, muchachos?

—No ha sido fácil —repuso Dave, haciendo un guiño a sus compañeros.

Mirando los viejos neumáticos, el señor Hollister sacudió la cabeza y murmuró:

—Es un milagro que hayáis podido inflarlas.

Después ayudó a desenganchar a «Domingo» y le llevó al interior de la furgoneta. Después de dejar a cada uno de los amigos de sus hijos en sus respectivas casas, el señor Hollister condujo en dirección a su hogar. Cuando llegaron encontraron a «Indy» que acababa de llegar con la camioneta, para acompañar a las niñas.

A la hora de la cena, Pam y Holly hablaron de Joey, Will y las gallinas.

La señora Hollister se rió de tan buena gana que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Realmente ha sido una diablura, pero muy graciosa —dijo—. Confío en que las pobres gallinas que cayeron al suelo no se hicieran mucho daño.

—¡Ni un poquito! —aseguró Holly—. Sólo perdieron algunas plumitas de la cola.

—¡Canastos! ¿Verdad que ha sido buena idea la del «Ford»? —preguntó Ricky, cambiando de conversación—. Yo seré el conductor en el desfile. ¿Podré llevar un sombrero de paja y unos bigotazos, como en los tiempos antiguos?

—Creo que podré ayudarte en eso —prometió la señora Hollister, riendo.

—¿Y nosotras? —preguntó Pam—. ¿También Holly y yo podremos ir en coche?

—Yo iba a ser un monstruo peligroso —informó Holly—, pero ahora preferiría ser una señorita antigua.

—Yo también —confesó Pam.

Después de la cena llegó Dave, cargado con un enorme hato. El chico hizo una seña a Pete y los dos desaparecieron en el sótano. Mientras ayudaban a fregar y secar la vajilla, los demás niños pudieron oír cómo los dos chicos reían ahogadamente, abajo.

En cuanto quedaron limpios los platos, las niñas y Ricky subieron al desván, con su madre. Al bajar lo hicieron cargados de vestidos viejos. Holly llevaba tres sombreros en la cabeza.

Los niños Hollister desfilaron por la habitación de sus padres, donde Sue se había instalado en la cama, para contemplar cómo sus hermanos iban probándose las ropas. Con dedos ágiles, la señora Hollister iba poniendo alfileres y dando tijeretazos en los lugares precisos, para que lo vestidos ajustasen.

Cuando sonaron las nueve de la noche, Pam y Holly se encontraban ante el gran espejo de su madre, ataviadas con largas y amplias faldas de color rosa, y blusas de inmensas mangas, que se llamaban en otro, tiempo, «manga de jamón». Se cubrían las cabecitas con lindos sombreros de ala ancha, cubiertos de tules que se anudaban, vaporosamente, bajo la barbilla. Ricky se contoneaba, muy orgulloso, con sus pantalones largos, chaqueta de rayas y un elegante sombrero de paja.

El señor Hollister hizo girar vertiginosamente las niñas de sus ojos, al tiempo que daba un silbido de admiración.

—¡Caramba! ¿Qué es esto? Me hacéis sentir deseos de participar en el desfile, hijos.

Prometió proporcionar, al día siguiente, antifaces a las niñas y a Ricky un precioso bigote de guías. Todo ello lo encontraría en el Centro Comercial.

Sue empezó a dar alegres saltos en la cama, gritando:

—Sólo yo «sabo» de qué va a ser mi traje. Nadie lo sabe. ¡Viva, viva!

—Tampoco sabe nadie lo que Pete y Dave piensan ser —dijo el padre—. En el sótano está el gran secreto y no me han dejado bajar

a verlo.



Holly estaba convencida de que no podía esperar a que llegase el día. Iba a ocurrirle algo si las horas no pasaban más de prisa. Aquel día la escuela terminó al mediodía y a las dos empezaba el desfile en la plaza del Ayuntamiento.

A la una y media, el señor Hollister hizo subir a «Domingo» en la parte trasera de la furgoneta, mientras Pam, Holly y Ricky, con sus lindos trajes antiguos, se instalaban en los asientos. En aquel momento, al ver abrirse la puerta principal de su casa, Holly dio un

chillido penetrante.

¡Acababa de ver aparecer un burro con zapatos marrones y largas orejas de cartón!

El cuerpo lo formaba un gran pedazo de paño oscuro y sobre la cabeza iba una arpillera con grandes agujeros para los ojos. El extraño animal, que tenía un corto rabo de cuerda, que oscilaba constantemente, se puso torpemente a cuatro patas y trotó hacia la furgoneta.

—¡Son Pete y Dave! —exclamó Pam, con deleite, viendo que el lomo del burro se hundía y de debajo del paño oscuro surgía Dave, sonriendo ampliamente.

—Pete y yo ayudaremos a «Domingo» a tirar del carro —explicó Dave.

—¡Ja, ja! ¡Qué par de borricos! —exclamó Ricky, quitándose el sombrero, para hacer un cortés saludo.

Estaban todos riendo alegremente, cuando en el porche apareció la señora Hollister, llevando a Sue de la mano. La pequeña llevaba leotardos de color marrón y una blusa ajustada, adornada en los puños con una gran pulsera de hojas. Sobre la cabeza lucía una enorme maraña de hojas de colores. La chiquitina bajó las escaleras, corriendo, y una vez abajo levantó los brazos, anunciando a voces:

—¡Soy un árbol! ¡Soy un árbol!

Los demás rieron y aplaudieron.

—Mamita me hizo un sombrero de prueba y luego lo quemó, para que nadie supiera de qué iba a ser mi traje —exclamó la pequeñita con su vocecita cantarina.

—Además, me interesaba que hoy las hojas fuesen frescas —añadió la señora Hollister.

—¡De modo que se trataba de eso! ¡Muy ocurrente! —declaró Ricky, imitando a alguna persona mayor y luchando por hacer girar el sombrero entre sus dedos.

El señor Hollister condujo la furgoneta hasta el Centro Comercial, y aparcó en la parte posterior. A toda prisa entró en el establecimiento para tomar las máscaras y el bigote de guías. Mientras unos se adornaban con aquellos artículos, las dos partes del singular borrico se unieron a toda prisa. Una vez todo preparado, Sue abrió la marcha con «Domingo», y todos se

encaminaron al lugar en donde se estaba formando el desfile.

Se oían tantos gritos alegres y tantas risas como si cien clases de párvulos hubiesen salido, juntas, al recreo. Fantasmas, duendes e infinidad de otros disfraces de vistosos colores, aparecían por todas partes.

Por encima de todos los chiquillos disfrazados destacaba una gran bruja, con máscara dorada y sombrero puntiagudo.

—Es la misma que vimos desde la ventana, aquella noche —recordó Ricky.

—El que va disfrazado así es Joey, con zancos —adivinó Pam.

—Es un disfraz muy bueno. Puede que gane el premio —admitió Pete.

Justamente detrás de la bruja iba el viejo «Ford», al que «Indy» acababa de empujar hasta su puesto. El señor Hollister enganchó a «Domingo» y al burro formado por los dos chicos, al coche, mientras Pam instalaba encima a Sue. Luego Pam, Ricky y Holly se colocaron en sus puestos.

Al sonar el silbato, los componentes del desfile se volvieron a mirar hacia la tribuna de los jueces, situada en el centro de la plaza. Hablando por un micrófono, el juez principal indicó a los niños que debían dar una vuelta alrededor de la plaza. Sonó de nuevo el silbato y empezó el desfile. Habían hecho la mitad del recorrido, cuando el burro humano que tiraba del «Ford» junto a «Domingo» sufrió un fuerte empellón, propinado por un domador que llevaba un tigre, sujeto con una cuerda.

—¡Eh, ten cuidado! —chilló la parte posterior del burro atacado.

Al fin todos se detuvieron y el juez principal dio un paso al frente, para decir, con voz sonora:

—El ganador es aquella enorme bruja. El premio consiste en una caja de caramelos, cedida por la casa comercial Sedax Shoppe.

Se rogó al ganador que se acercase. Cuando la bruja se volvió hacia la tribuna, el domador sacudió su látigo sobre las largas faldas que cubrían los zancos.

Dando un grito, la alta silueta de la bruja cayó de espaldas. La desgraciada bruja se sentó torpemente en el suelo. Su sombrero picudo había saltado por los aires y había resbalado la máscara de sus ojos.

—¡Pero si es Ann Hunter! —exclamó Pam—. Yo había creído que… ¡Tiene gracia!

Ann se echó a reír, viendo la cara de asombro de Pam. Declarando que no se había hecho daño, la bruja remangó sus largas faldas y acudió a la tribuna de los jueces. Estaba Ann solicitando su premio, cuando el domador se levantó la máscara y sacó la lengua a los Hollister.

—¡Es Will Wilson! Podíamos habérnoslo imaginado —dijo Ricky, de mal humor.

—¡Ja, ja, ja!

Estas carcajadas salían de la boca del tigre.

—Y éste es Joey —afirmó Pete—. Cuidado, tigre, o te cortamos el rabo.

Unos minutos más tarde, la bruja había vuelto a colocarse sobre sus zancos y el desfile se puso en marcha hacia la calle Mayor. Al final del itinerario esperaban el señor y la señora Hollister, acompañados de Indy. Se metió a «Domingo» en la camioneta y el indio se encargó de llevarle a casa.

Entre tanto, el señor Hollister enganchó al viejo «Ford» en la parte trasera de su furgoneta. Todos los niños que cupieron se colocaron muy juntos, alrededor de Pete, que iba al volante de «Lizzie Hojalata». Los otros, incluidos Joey y Will, que llegaron corriendo, en el último momento, entraron en la furgoneta.

Cuando la caravana llegó a la granja, el señor Johnson ayudó al señor Hollister y los chicos a desenganchar el «Ford», y entre todos lo llevaron al viejo granero. Pete desató a «Zip», que descendió alegremente por la cuesta, junto a su amo. Cuando llegaron al granero, de nuevo pudieron escuchar las exclamaciones de entusiasmo de los invitados, emocionados al ver el granero bañado en luz color naranja.

La señora Hollister y la granjera estaban sirviendo bandejas de buñuelos sobre la mesa y «Ardilla» colocaba garrafones de sidra. La joven dijo a Pam que tía Nettie llegaría más tarde con más bebida.

Al ver a Josiah Applegate echando manzanas en un gran barreño con agua, Pete y Ricky corrieron a ayudarle. En aquellos momentos las niñas estaban abriendo las cajas con los recuerdos; de las que sacaron unas lindas linternas, colgadas de un llavero. El tigre alargó

una mano para cogerlas, y preguntó:



—¿Eso es todo lo que nos van a regalar?

—¿Qué esperabas, Joey? —contestó Pam, riendo—. ¿Un cuchillo de explorador?

—Muy graciosa —gruñó el chico, despectivo, alejándose de su domador.

Aunque casi todos los niños se habían quitado las máscaras, Joey continuaba con su cabeza de tigre. Al cabo de un rato, Pam notó que Will había desaparecido.

—Es raro —comentó la niña, con Holly y «Ardilla»—. Esperemos que no esté planeando alguna travesura.

Pam se acercó al tigre para preguntar:

—¿Dónde está Will?

Como el tigre no contestó, Pam, muy enfadada, le dijo:

—Te crees muy listo, Joey, pero te advierto que voy a estar vigilándote todo el tiempo.

Sin embargo, diez minutos más tarde, Pam se estaba divirtiendo tanto que se había olvidado completamente de Joey. De repente se acordó de los dos camorristas y les buscó por todas partes. ¡También el tigre había desaparecido!

Muy preocupada, Pam fue a decírselo a Pete, Holly y «Ardilla».

—Tú quédate aquí y sigue ocupándote de la fiesta —dijo «Ardilla» a Pete—. Tus hermanas y yo iremos a buscarles.

Cuando las tres salieron del granero, vieron aproximarse la luz

de unos faros por el viejo camino de carros.

—Debe de ser tía Nettie —dijo Pam—. A lo mejor ella ha visto a Joey y a Will.

Las niñas se acercaron corriendo al camino, y el «jeep» se detuvo frente a ellas. Antes de que Pam hubiera tenido tiempo de hablar, tía Nettie soltó una risotada, diciendo:

—¡Chicas, tengo la vista peor cada día! ¡Habría jurado que he visto un gatazo montés, amarillo, entrando en el viejo granero!

—¡Estoy segura de que sí le ha visto usted, tía Nettie! —exclamó Pam.

Y después de pedir disculpas, apresuradamente, «Ardilla» y las dos niñas echaron a correr hacia el ruinoso edificio.

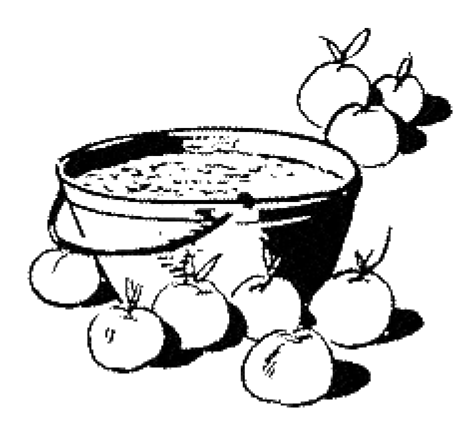
Pam y «Ardilla» abrieron la puerta de un empujón. En la semioscuridad pudieron ver al tigre hurgando en un montón de paja.

—¿Qué estás haciendo, Joey Brill?

El tigre giró en redondo. Echó a andar, lentamente, hacia las niñas y de repente, echó a correr, abriéndose paso a codazos. Ya estaba casi en la puerta cuando Pam y Holly le agarraron por la cola.

—¡No te muevas! —le ordenó Pam—. ¡Ahora te hemos atrapado!

EL PRIMO RENEGADO



Entre Pam y «Ardilla» sujetaron al forcejeante tigre, mientras Holly le quitaba la cabeza del disfraz.

—Ahora, Joey Brill —empezó a decir la pequeña, mientras tiraba de la cabeza—, basta de broman y.

¡Pero el tigre no era Joey Brill!

—¡Señor Yagar! —exclamó Pam, atónita.

—¡Qué ha de ser Yagar! —protestó «Ardilla»—. ¡Su nombre no es ése!

—¿Acaso le conoce usted? —preguntaron a coro las dos hermanas Hollister.

«Ardilla» parecía muy disgustada.

—Es mi primo, Fred Ragay —dijo—. Ya puedes dejar de fingir, Fred.

El tigre dejó caer los hombros, anonadado, y Holly corrió a buscar a los demás. A los pocos minutos regresó, acompañada de sus hermanos y su padre, Dave, el señor Johnson y Applegate.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Pero si éste es el traje de tigre de Joey! ¿Cómo lo ha conseguido usted? ¿Dónde está Joey?

—¡Hable! —ordenó, severamente, el granjero Johnson.

Ragay tragó saliva y explicó que había visto a Joey en el desfile.

—Le llevé aparte y le ofrecí dinero para que me dejase ponérmelo durante la fiesta. Él y su amigo, el del traje de domador, estuvieron de acuerdo, pero se empeñaron en venir primero. Al cabo de un rato se escabulleron, y Joey me dio el traje de tigre.

Pam preguntó:

—¿Era usted a quien yo pregunté por Will?

Ragay asintió.

—No sé dónde pueden estar ahora esos chicos, ni por qué quisieron venir antes que yo a la fiesta.

—Yo lo sé —afirmó Pam—. No querían perderse los regalos.

—Y nosotros sabemos lo que tú querías —dijo Josiah Applegate a su nieto—. Querías la bruja dorada.

Ragay no fue capaz de mirar a su abuelo a la cara. Confesó que había estado intentando buscar la bruja dorada varias veces, en el granero.

—Pero siempre me interrumpieron —se lamentó—. Ayer, los críos estuvieron por aquí, poniendo adornos. Por la noche dejaban al perro. Por eso decidí que lo mejor era buscar, mientras todos estuvieran celebrando la fiesta en el otro granero. Si alguien me veía, con este traje, me creerían uno de los niños.



Josiah Applegate meneó la cabeza con tristeza.

—Freddie, cuando eras niño te hablé muchas veces de la bruja dorada. Nunca pensé que intenta rían robar el tesoro.

Pete se volvió a Ragay, para preguntar:

—¿Por qué no pidió usted ayuda a «Ardilla» y a su abuelo? Ellos tenían los archivos.

—¿Los tenían? —rezongó Ragay—. Yo no lo sabía. Me trasladé a Ohio mucho antes de que se cerrase la fábrica.

—Ustedes tres podían haber buscado junios el tesoro —reflexionó Pete—. Si su verdadero propietario no lo tenía ya, ustedes se lo habrían encontrado.

—Y habrían hecho una buena obra —añadió Pam—. Además, el dueño del tesoro les habría, dado una comisión.

—Yo quería todo el tesoro para mí —masculló Ragay.

—Siempre fuiste muy avaricioso —le reprochó «Ardilla».

Y Pam añadió:

—Debería darle vergüenza hablar así.

Holly lanzó la cabeza del tigre hacia Ragay, que la asió al vuelo y la sostuvo bajo el brazo. Luego quedó inmóvil y con su propia cabeza agachada.

—Nadie sabe cuánto he deseado encontrar esa bruja siempre —murmuró con amargura—. Hace un par de semanas me di cuenta de que no podía seguir esperando. Por eso vine aquí y empecé a buscar en los graneros viejos y en los tejados. Tuve que hacerlo secretamente, para que mi abuelo y mi prima no se enterasen de nada. Encontré una bruja en Clareton, pero no era la que me interesaba.

—También estuvo buscando en el almacén de la antigua fundición —recordó Pete.

Ragay se mostró sorprendido.

—¿También eso lo sabéis? —preguntó—. Pensé que allí estaban los archivos viejos. Pero no me llevé nada. Acababa de entrar por la ventana, cuando oí ruidos y tuve que salir por el mismo camino y a toda prisa.

—Nosotros fuimos los que entramos entonces —dijo Pete—. Y luego informamos de lo que ocurrió a la policía.

—Sí. Ya me dijo el recepcionista del hotel que un policía había hecho preguntas sobre mi identidad. Eso me preocupó. De modo que me trasladé a un motel y cambié de nuevo mi nombre.

Con una risilla, Ricky dijo:

—Supongo que sería un nombre mejor que Yagar. ¡Canastos! ¡Si es Ragay, leído al revés! ¡Qué tontería!

Ragay tuvo que aguantar la broma y siguió diciendo:

—Para conseguir que la policía me perdiese la pista, devolví mi coche alquilado y alquilé una motocicleta.

Pete y Pam se miraron significativamente.

—¿Fue usted quien estuvo a punto de chocar con nuestro carro, anteanoche? —preguntó Pam.

Ragay asintió con la cabeza, murmurando al mismo tiempo:

—No lo hice con intención. Como no llevaba, faros, no os vi hasta el último momento.

—¡Pero si la moto tenía faros! —repuso Pete—. ¿Por qué no los encendió usted?

—No quería atraer sobre mí la atención de nadie, más de lo necesario. Me dirigía a la casa de las Mazorca para buscar la bruja otra vez. Había estado allí la noche antes y trepé al tejado para ver si la veleta había caído allí.

—Nos lo imaginamos —dijo Pete—. Y también imaginamos que fue usted el que estuvo merodeando por la granja de «Ardilla». Usted oyó a Pam decir que Fineas Mazorca había comprado la veleta, ¿verdad?

El hombre tuvo que admitir que era así.

—¿Qué hacías, rondando alrededor de mi casa? —preguntó «Ardilla», muy enfadada.

—Tuve la intención de entrar a verte —le contestó su primo—. Mi búsqueda de la bruja no me llevaba a ninguna parte, y pensé que tú podrías tener alguna pista. Pero temía que descubrieses lo que yo intentaba.

Como los jóvenes detectives siguieron atosigándole a preguntas, el detenido tuvo que confesar que en su segunda visita a casa de las señoritas Mazorca había dejado estacionada la motocicleta entre los árboles de un lado de la carretera, desde donde se deslizó sigilosamente hasta el granero. Las hermanas estaban entonces fuera de la casa, metiendo las gallinas en el cobertizo, para que pasasen la noche.

—Las pobres mujeres estaban tan nerviosas —añadió Ragay— que no cesaron de hablar sobre el secreto que os habían confiado a

vosotros. Por eso supe que la vieja veleta tenía que estar en alguna parte de este granero. ¡Y pensar que ya lo había estado buscando aquí, hace dos domingos!…

—Entonces, ¿fue usted quien tocó la bocina? —adivinó Holly.

—Sí. Tuve la corazonada de que la veleta debía haber caído en el viejo «Ford». Me senté en él para buscar y, sin querer, rocé la bocina. Entonces oí que alguien se acercaba y hui.

—Apuesto a que era usted el fantasma que Pam y yo vimos sentado en el «Ford» —dijo Dave.

—Sí. Tan pronto como oí a las hermanas Mazorca decir que Adam Cornwall había comprado la bruja, cogí las herramientas de mi motocicleta y vine a pie, a este granero. Tenía intención de buscar centímetro a centímetro. Incluso desmontar el coche, si era necesario.

—Aquella noche, Pam y yo le seguimos a usted —dijo Dave— creyendo que los ruidos que usted hacía eran de Ricky y Holly.

Ragay movió la cabeza afirmativamente.

—Creí que os había despistado, pero se me cayó la llave inglesa sobre la cubierta del motor. Esto debió de delatarme, porque en seguida oí que intentabais abrir la puerta. Como no tenía posibilidad de escapar, decidí asustaros.

Cuando acabó de explicarse, Ragay fue mirando con angustia al rostro de cada uno de los presentes.

—¿Qué van a hacer ahora conmigo? —preguntó.

—Entregarle a la policía, como es natural —contestó el señor Hollister, muy indignado—. En primer lugar, usted entró en la fundición por una ventana, sin permiso para hacerlo.

Ragay se puso muy pálido.

—Yo no soy un ladrón —murmuró—. ¡Nunca he sido arrestado!

Y, mientras se lamentaba con aquellas frases, re torcía una contra otra sus zarpas de tigre. Viéndolo a ni Pam dijo dulcemente:

—No se ha llevado nada, papá.

—Lo que ha hecho es peor —interrumpió el señor Johnson—. Por citar un detalle, estuvo a punto de provocar un accidente, yendo sin luces y a toda velocidad, cuando pasó junto a vosotros.

—La verdad es que nosotros tampoco llevábamos luces —declaró Pete, deseoso de querer ayudar al desgraciado.

—¿Y qué nos dice de la veleta que destruyó usted en Clareton? —preguntó Dave.

—La pagaré con mucho gusto —contestó, roncamente, Ragay—. Lamento infinito todo lo que ha ocurrido.

Holly se acercó a su hermana mayor para decirle al oído:

—Ese hombre está igual que un tigre de juguete con el relleno salido.

—¡Chiist!

—Muy bien —dijo el señor Johnson—. Le llevaré al cuartelillo de policía. Cuénteles lo ocurrido y prometa ser más sensato en adelante. Creo que no serán muy duros con usted.

Ragay asintió con un triste cabeceo.

—Entre tanto, nosotros buscaremos la bruja un este granero —decidió alegremente Ricky—. Todos los invitados pueden ayudar.

Holly corrió a llamar a los demás niños y el señor Johnson agarró a Ragay por una manga.

—Me gustaría quedarme a ayudarles —murmuró el joven—. De lo contrario nunca sabré qué era el tesoro.

—Déjenle que se quede —pidió la compasiva Pam, y todos accedieron.

En seguida volvió Holly con todos los alegres invitados detrás. Diminutos haces de luz iluminaron todos los rincones, mientras los jóvenes buscadores enfocaban la linternitas que acababan de recibir como recuerdo de la fiesta.

—Puede que esa bruja esté en la parte de fuera.

Pero Pete estaba convencido de que la veleta cayó dentro del granero, al hundirse la techumbre.

Sue intentó escarbar en la pila de paja.

—«Nesecito» una herramienta —dijo a Ricky.

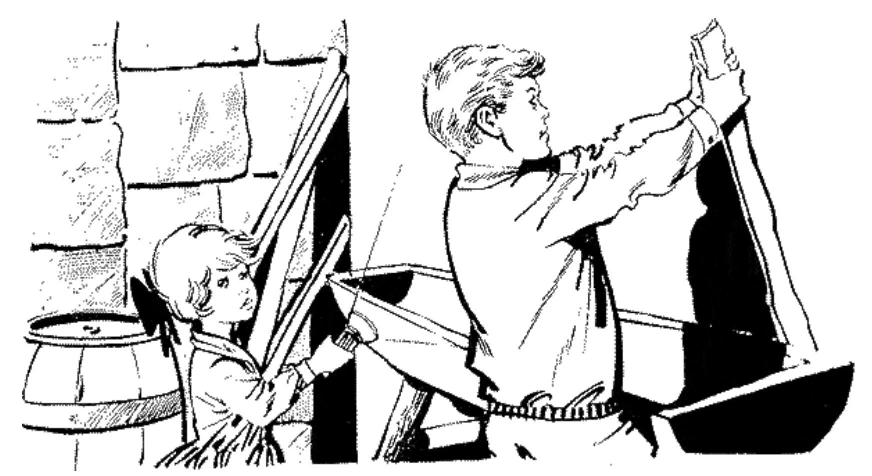
Y muy decidida, empezó a buscar una. A los pocos minutos volvió junto a Ricky y empezó a tirar de él, llevándole hasta el pesebre. Incrustada entre la pared del granero y la parte posterior del pesebre había una barra de hierro.

Ricky la sacó, de un fuerte tirón y Sue la iluminó con su linterna.

—¡Canastos! —exclamó el chiquillo—. Aquí hay una uve doble. ¡Mirad! ¡Sue ha encontrado un hierro de marcar vacas!

—No seas tontín —dijo Sue—. Aquí no hay vaqueros.

—Eso no es un hierro de marcar. ¡Es un trozo de una veleta! —dijo Pete—. ¿Dónde la habéis encontrado?



Sue y Ricky le mostraron el lugar y Pete puso boca abajo un cubo viejo, se subió en él y enfocó el haz de la linterna en el espacio que había entre la pared y el pesebre.

—¡Vaya! ¡Parece que está aquí! —gritó, al tiempo que sacaba un objeto metálico, muy polvoriento, cabalgando sobre una escoba.

El rostro de Pam se iluminó de alegría.

—¡Pete! ¿Es… es la bruja? ¿La bruja dorada?

Su hermano se apresuró a frotar la figura con su manga y todos la vieron relucir, inmediatamente.

—¡Es la bruja dorada! ¡La bruja dorada! —canturreó eufóricamente Holly.

—¡Y la ha encontrado Sue! —exclamó Pum—. ¡La profecía de la losa ha resultado cierta!

Pam abrazó con fuerza a su hermanita y todos los invitados empezaron a bailotear.

—Ésta es la barra de hierro que estuve a punto de sacar, el otro día, cuando exploraba el granero —dijo Holly.

Por encima de la barahúnda que acababa de formarse, se oyó la voz del señor Johnson, gritando:

—¡Atención todos! Llevaremos esa bruja al otro granero y la abriremos. Tengo herramientas allí.

—Yo haré ese trabajo —se ofreció Josiah Applegate.

Pete, con la bruja en sus manos, abrió la marcha y todos se encaminaron al cálido y bien iluminado granero nuevo, donde se apresuraron a instalarse en torno al banco de carpintero.

Mientras el viejo fundidor trabajaba hábilmente, derritiendo la soldadura que sujetaba unidas las dos mitades de la bruja, los Hollister miraban fijamente con el corazón latiéndoles de inquietud y esperanza. Ragay consiguió colarse delante de tía Nettie, para mirar desde primera fila.

—Vamos a ver —dijo al poco el señor Applegate, dejando a un lado el ardiente soldador.

Con toda precaución colocó la bruja en el tablero, sobre uno de los lados, y levantó el otro como si se tratase de una tapa.

¡En el picudo sombrero había una brújula! Y en cada uno de los cuatro extremos resplandecía una gema: un diamante, un rubí, una esmeralda y un zafiro.

De los labios de los presentes salió un coro de exclamaciones de asombro.

—¡Oooh! ¡Aaah!

Con mucha precaución, Pam sacó del sombrero el tesoro.

—¡Qué lindo es! —murmuró.

—Así que era una brújula… —dijo Holly.

Pam dio la vuelta al objeto.

—¡Hay una inscripción! —anunció. Y leyó en voz alta—: «Para Adam Cornwall del maharajah de Himalayapore».

—Seguro que le hizo ese regalo al señor Cornwall por haberle salvado la vida —dijo Ricky a los niños, quienes no estaban enterados de nada y les habló de los recortes de periódico que hablaban de Adam Cornwall, el marinero.

Pam entregó al señor Johnson la brújula, diciendo:

—Usted es, ahora, su propietario, porque estaba en sus propiedades.

—Pero vosotros, los Hollister, la habéis encontrado, gracias a vuestra gran labor detectivesca. Os merecéis una recompensa. ¿Qué os parece la bruja dorada?

—Será un regalo de Todos los Santos —dijo la esposa del granjero.

Sue palmoteo, diciendo:

—¡Papaíto puede poner la, bruja en lo alto de nuestro garaje, para que todo el mundo pueda verla!

—¡Una gran idea! —vociferó la bonachona tía Nettie—. Propongo tres burras.

Mientras los demás gritaban alegremente, el señor Johnson acompañó al ceñudo Ragay fuera del granero. Los Hollister se acercaron a la puerta y vieron el abatido tigre que caminaba lentamente junto al granjero. Cuando los dos hubieron desaparecido en la oscuridad, Pete y Pam entraron en el granero. Holly y Ricky empezaban a cerrar la puerta cuando se oyeron ruidos, junto al corral de las gallinas. Entre las sombras pudieron verse dos siluetas que se aproximaban.

—¡Eh! —llamó Joey, tímidamente.

Holly se puso en jarras y dijo:

—Tú no entrarás, Joey Brill. Y tú tampoco, Will Wilson.

—Estamos muy arrepentidos —murmuró Will—. Y aquí fuera hace un frío…

—Espera, Holly —intervino el pecoso—. Yo creo que debemos perdonarles.

—Buee… bueno. Como quieras —accedió Holly.

El diablillo pelirrojo abrió de par en par la puerta, diciendo:

—Adelante, chicos. Pasad a pescar manzanas.

